



RAINER MARIA RILKE

Los cuadernos de Malte Laurids Brigge



«Los cuadernos de Malte Laurids Brigge» inauguran en la obra de Rainer Maria Rilke (1875-1926) una etapa caracterizada por la búsqueda de una nueva forma de expresión. Evocación literaria de la figura del noruego Sigbjörn Obstfelder, el libro es, sin embargo, mucho más que una mera semblanza biográfica: así, contiene el universo entero del Rilke poeta, del hombre que sometió su existencia entera a su vocación, del esteta puro, y, además, todas las claves de su obra: la soledad, el

sentido de la naturaleza, el amor y,
por encima de todo, la muerte.



Rainer Maria Rilke

**Los cuadernos de
Malte Laurids
Brigge**

ePub r1.0

AlNoah 05.03.14

más libros en epubgratis.net

Título original: *Die Aufzeichnungen des Malte Laurids Brigge*

Rainer Maria Rilke, 1910

Traducción: Francisco Ayala

Retoque de portada: AlNoah

Editor digital: AlNoah

Correcciones y revisión: Blok

ePub base r1.0

Introducción

EN Praga vieron la luz algunos de los más singulares espíritus de la literatura contemporánea en lengua alemana: Franz Kafka, Gustav Meyrink, Franz Werfel, Max Brod. En la misma ciudad nació Rainer María Rilke el 3 de diciembre de 1875. Pero aunque la atmósfera poética y legendaria de la ciudad del Golem —el fantasma rabínico que ambula por las calles del ghetto— tenga lejanos reflejos en la obra rilkeana, ésta y él espíritu de su creador son supranacionales, europeístas. Rilke

encarna en un momento dado —por sus desplazamientos continuos, por sus amistades internacionales, por su don idiomático y la versión de su obra a diversos idiomas— el tipo del intelectual europeo, del «buen europeo», evadido de los nacionalismos asfixiantes, sin ataduras fronterizas, que postulaba Nietzsche. Precisamente, yo he pensado si su creciente y avasalladora gloria póstuma no le vendrá en buena parte de esta condición de símbolo europeísta —fraguado cuando por lo mismo que tal ideal se sentía muy en peligro, pero no deshecho, era posible

entregarse a él utópicamente— tanto o más que por su cualidad de lírico puro. Si bien la segunda hipótesis es asimismo plausible, con alguna restricción. Pues el asombro que a veces manifiesta el mundo ante un gran poeta ¿no será una forma de remordimiento más que de admiración?

En todo caso, la vida de Rilke, no vulgar, cierto es, pero tampoco constelada de peripecias extraordinarias, nos ha sido descrita tan larga y beatamente, con tal fervor y minuciosidad por sus numerosos biógrafos y exégetas —en particular por J. F. Angelloz (R. M. R. L'évolution

spirituelle du poète)— que al reducirla ahora a algunos datos y fechas desnudas, tememos que se volatilice. Y esta vida, sin embargo, está tan íntimamente ligada al secreto y al encanto de su obra, que fuerza es considerar ambas conjuntamente. Pues Rilke mismo, a semejanza de su venerado Kierkegaard, había hecho de su vida una experiencia, «un ensayo definido y voluntario de existencia poética». Y para él «crear ante todo, era crearse».

Antes que Praga, ciudad a la sazón bajo el dominio austríaco, donde vivió sus primeros años, y a la que luego no

ahorró ironías, su verdadera patria, como la de muchos poetas, era su infancia. «Porque tal vez —escribió Rilke ya maduro— no se es de ningún país, más que del país de su infancia». Procedía —aunque este abolengo haya sido discutido— de una antigua familia corintia y no estaba exento de ciertas ínfulas genealógicas, lo que se tradujo no en su obra —orientada parcialmente a exaltar la humildad, la pobreza— sino en su predilección por ciertos medios y amistades aristocráticas. Rilke, enteramente desasistido de fortuna, realizó él milagro de vivir casi como un príncipe. Cierto que, al cabo,

su máximo lujo fue —líricamente— la soledad.

A los diez años fue destinado por su familia a la carrera militar, que en modo alguno se acomodaba con sus gustos y aptitudes. De ahí los cinco años amargos —y su impronta imborrable—, desde 1886 a 1891, que hubo de pasar en las escuelas de cadetes de Sankt-Pôlten y de Weisskirchen. Después abandona esas academias, inicia vagos estudios, nunca terminados, y comienza a escribir y a viajar, yendo en primer término a Munich y a Berlín. A los diecinueve años publica su primer libro

en verso —luego repudiado— Vida y canciones. Siguen luego Ofrenda a los lares y éste de rótulo chocante: Las achicorias salvajes, cantos ofrecidos como regalo al pueblo, que en efecto distribuyó gratis, pues la influencia de Tólstoi hacía furor entonces. Y otros libros continuaban regularmente: Corona de sueño, Adviento, Para festejarme. Por las mismas fechas, bajo la influencia evidente de Maeterlinck, publica algunos dramas, sin mayor relieve en él conjunto de su obra: Sin presente, La princesa blanca, La vida cotidiana. Además, dos tomos de cuentos y novelas cortas: Al hilo de la

vida, Dos historias de Praga. *Producción de tanteo toda la anterior, que luego Rilke superó y con la que cierra su primera etapa. Por algo escribió años más tarde que los versos deben ser el fruto de la experiencia y no del sentimiento.*

Luego pasa las fronteras y va a Italia, recalando en Viareggio y en Florencia. Son después de dos meses en Moscú —acompañado por Lou Andréas-Salomé, la que había sido prometida de Nietzsche—, adonde vuelve el año siguiente, recorriendo la Rusia meridional, aprendiendo él idioma, y rindiendo una visita a Tolstoi

en Iasnaia-Poliana. Estos dos viajes fueron un acontecimiento capital en la vida errabunda de Rilke. «Rusia — escribiría luego— fue, en cierto sentido, la base de mi experiencia y de mi receptividad, del mismo modo que a partir de 1902 París fue él substrato de mi actividad creadora». Otro viaje y otra influencia marcan asimismo una honda impronta en su espíritu: El conocimiento de Suecia y Dinamarca, con la lectura de Hans Peter Jacobsen, haciendo de Niels Lyhne su libro de cabecera.

Reside, a comienzos de siglo, en una colonia de artistas, instalada en

*Worpswede, en las landas de
Luneburgo, cerca de Bremen.
Habitan allí varios pintores jóvenes,
luego famosos, como Otto Modersohn y
Paula Becker. También una joven
escultora, Clara Westhoff, con la cual
Rilke se casa en 1901. Fue un intento
de romper su innata e incorruptible
soledad, al que pronto renunció, pues
él resto de sus días siguió viviendo
sólo, aunque mantuvo las mejores
relaciones y una constante
correspondencia con su mujer. En
aquél mismo año abre Rilke la segunda
época de su producción, ya más
cernida y personal, con El libro de*

horas donde aparecen los ternas místicos, su nostalgia de Dios, seguido por El libro de imágenes.

En 1902, atraído por Rodin —su mujer había sido discípula del gran escultor— llega a París, para escribir sobre él una monografía crítica, sirviéndole unos meses de secretario. Rememorando luego sus primeras visitas a Rodin, confesaba Rilke en una carta: «No llegué hasta usted solamente para hacer un estudio; era para preguntarle: ¿Cómo hay que vivir? Y usted me respondió: Trabajando. Lo comprendo bien. Siento que trabajar es vivir sin morir». En

París, profundizando en su soledad, hecha de ansias y expectativas irresolutas, comienza Rilke a componer él que había de ser su libro capital y más famoso: Los cuadernos de Malte Laurids Brigge, que sólo terminó y dio a la estampa en 1910. En prosa había dado antes otro libro significativo: las Historias del Buen Dios. Sucesivos viajes le llevan otra vez a Venecia — con Eleonora Duse—, a África del Norte, a España. Y en ésta, dos ciudades le imantan particularmente: Toledo y Ronda. Pasó por Madrid, por el Prado, «para saludar al Greco con entusiasmo, a Goya con asombro, a

Velázquez con toda la cortesía posible». Así escribe en una carta a la princesa de Thurn y Taxis, en cuyo castillo de Duino, cara al Adriático, cerca de Trieste, pasó algunas temporadas y donde comenzó otra de sus obras capitales: las Elegías de Duino. Después de la guerra —durante su transcurso, y aunque vivió obligado a permanecer en Alemania, no mostró hacia ella la menor adhesión, ya que en él fondo se consideraba «más latino que germánico»— dirígese a Suiza, errando por sus diversas ciudades, hasta encontrar un reposadero definitivo en el castillo de Muzot, que

un amigo habla comprado para él. Tratábase, en realidad, de un caserón señorial, pero destartalado, «terriblemente solo —escribe Paul Valéry, quien le visitó allí— en un vasto panorama de montañas bastante tristes», quedando asombrado de «semejante abuso de intimidad con él silencio».

Corta con algunas escapadas a París sus reclusiones en Muzot. Allí escribe las dos obras que marcan la cima de su evolución poética: los Sonetos a Orfeo y las Elegías de Duino, comenzadas diez años antes. En francés publica una pequeña serie de

poemas, Vergers y perfila traducciones de Valéry: Eupalinos y sus poesías. De este idioma había también vertido El centauro, de Maurice Guérin, y La vuelta del hijo pródigo, de André Gide.

Por cierto que él capítulo de sus traducciones merecería más amplia mención, y no sólo como un complemento bibliográfico, sino para subrayar su plurilingüismo y la línea afín de sus preferencias a través de muchas literaturas. La devoción por un autor llevábale a aprender su lengua. Así —al igual que nuestro Unamuno— aprendió el danés para traducir a Kierkegaard; asimismo el ruso para

verter a Dostoievsky y Pushkin. Otras de sus restantes traducciones fueron las Cartas de Mariana Alcoforado y los Sonetos de la portuguesa, por Elisabeth Barret-Browning.

Su muerte acaece al comenzar la plena irradiación de su obra, el 29 de diciembre de 1926. Un día, recogiendo rosas para ofrecer un ramo a una amiga que le había anunciado su visita, se hirió con una espina. El pinchazo le ocasionó una infección, complicada con una leucemia. «Quien había cantado —glosa Angelloz— la grandeza de la mujer y la belleza de la rosa, parecía por el pinchazo de una

rosa, cogida para una mujer. Por doloroso que sea, este fin era el que Rilke hubiera podido escoger para morir de su propia muerte». Y otros recuerdan cómo Rilke, en sus últimos días, al negarse a las inyecciones que pretendían administrarle, exclamaba: «No; déjenme morir de mi propia muerte. No quiero la muerte de los médicos».

La idea de la «muerte propia» es por lo demás no sólo una obsesión rilkeana; ha sido reconocida como uno de los leit-motivs que señorean su obra. Su precedente está en Jacobsen, quien había escrito: «Yo creo que todo

hombre vive su vida propia y muere su muerte propia». En su Libro de horas Rilke acertó así a poetizar esta idea: «¡Oh, Señor!, da a cada uno su muerte propia. — Una muerte que derive de su vida, — en la cual hubo amor, comprensión, y desinterés. — Pues sólo somos la corteza y la hoja. — Y la gran muerte que cada uno lleva en sí — es el fruto en torno al cual todo gravita».

Los restos del poeta fueron depositados en el cementerio de Rarogne, en lo alto de una cumbre, casi en las nubes, y en su tumba fue grabado este epitafio que él mismo habla compuesto: «Rosa, ¡oh, pura

contradicción!, voluptuosidad de no ser el dueño de nadie bajo tantos párpados». Pero ya antes, en la primera página de los Cantos del alba había estampado un poema que resume auténticamente el sentido de su vida: «Ésta es la nostalgia: habitar en las nubes — y no tener nunca patria en él tiempo. — Y éstos son los deseos: diálogo en voz baja — de la hora cotidiana con la Eternidad. — Y ésta es nuestra vida: una hora solitaria — entre todas las horas se eleva desde la víspera; — una hora que sonríe de modo diferente a sus hermanas — y se calla ante lo eterno».

En cuanto al hombre, quienes mejor le conocieron, desde Rudolf Kassner a Paul Valéry, desde su traductor francés Maurice Betz (Rilke vivante) hasta Edmond Jaloux (Rainer Maria Rilke), más el testimonio muy valioso de las mujeres que frecuentó (pues parecido en esto, y en su nomadismo, a Lawrence, Rilke no podía vivir sin sentir la atmósfera de la mujer y en ellas dejó una estela admirativa), como la princesa de Thurn y Taxis, Lou Andréas-Salomé, Monique Saint-Hélier, Katherina Kippenberg, la mujer de su editor, nos han dejado de él imágenes parejas, saturadas de fervor. De todo

ese material devoto colegimos la imagen de un Rilke humanamente sencillo, modesto (Superviene me ha referido que estuvo hablando con él en una reunión, durante una hora, sin identificarle hasta más tarde) pero deslumbrante, cuya seducción personal —hecha de distinción, extremada cortesía y lirismo envolvente— igualaba o superaba la de su obra. Léanse, en comprobación, estos perfiles trazados por Edmond Jaloux: «Comprendí mejor a Malte Laurids Brigge cuando vi a Rainer María Rilke, con su rostro alargado bajo una hermosa frente, con su esbelta talla

menuda, sus ojos claros y pensativos, su cortesía, de gran estilo que hacía de él un hombre de otra época. Llevaba con él su atmósfera propia, lo que significa que una hora pasada con Rainer María Rilke, como una hora pasada con Proust, no se parece en nada a una hora transcurrida con otro hombre, aunque fuese de tan gran inteligencia o igual talento. Cuando comencé a hablar con Rilke me pareció que era la primera vez que hablaba con un poeta. Quiero decir que los demás poetas a quienes me había acercado, por grandes que fuesen, no eran sin embargo poetas más que por él

espíritu; fuera de su labor, vivían en el mismo mundo que yo, con los mismos seres; mi sorpresa al escucharlos sólo era de orden intelectual. Pero Rilke, a medida que discurría, me introducía en un universo que era el suyo, y en él cual sólo se me admitía a penetrar por una especie de milagro. Bajo sus palabras nació lo feérico, lo fantástico; con él me evadía, en fin, del infierno de la lógica, del laberinto de lo posible».

Emociona la devoción y aun la ternura —sin agregar nunca, siquiera como contraste, la menor sombra— con que hablan del hombre Rilke todos

aquéllos que le trataron. Y análogo tono apologético prevalece en las numerosísimas críticas sobre su obra. Hablar, pues, de Rilke en otro tono más comedido y cauteloso, como estaríamos tentados de hacer —ya que cierto virtuosismo verbal, en que finca parte de su genio, se nos escapa—, parecería a estas horas poco menos que una irreverencia, un atentado a su gloria. Por lo demás, plenamente legítima o algo desmesurada, esta gloria confirma cierta finísima adivinación de Rilke, expuesta en unas frases suyas sobre Rodin: «Rodin era solitario antes de su gloria, y la gloria que vino le ha hecho

más solitario todavía, pues la gloria no es finalmente más que la suma de todos los equívocos que se forman en torno a un nombre nuevo».

En todo caso lo que aquí nos corresponde señalar es cómo este casi endiosamiento, discreto y rigurosamente minoritario en vida del poeta, ha ido creciendo póstumamente hasta alcanzar dimensiones cada vez más vastas y apologéticas. La señal de partida fue dada por aquél cuaderno Reconnaissance à Rilke, publicado en París en 1926 por los Cahiers du Mois, y que constituía un florilegio internacional, pues tras los elogios de

numerosos ingenios franceses, encabezados por Paul Valéry, seguían diversos testimonios de numerosos escritores de otros países. Continuaron luego apareciendo, tras la muerte de Rilke, libros de recuerdos personales, de minuciosa exégesis crítica; él ejemplo más acabado de este último género es la obra ya citada de Angelloz. En tal volumen exhaustivo la bibliografía registra no menos de una veintena de obras consagradas enteramente a Rilke —sólo en alemán y en francés—, amén de docenas de artículos. Por cierto que la tarea de consignar las aportaciones rilkeanas

en nuestra lengua —particularmente las de América, muy numerosas—, incorporándolas a tan copioso repertorio, aún está esperando su bibliógrafo entre nosotros. En la mayor parte de los casos se trata de traducciones —más bienintencionadas que felices—, salvo algunas excepciones, tales como las realizadas por Marcos Fingerit (Poemas de la pobreza y de la muerte, Antología), Carlos Mastronardi, L. di Lorio, A. J. Battistessa, en la Argentina; I. Pino Saavedra (Poesías) en Chile; Emilio Oribe, Carlos Benvenuto, Juan Carlos Weigle, en el Uruguay; esto por lo que

conciérne a la obra poética. Eduardo García Maynez, en México, nos ha dado una versión de la Melodía del amor y la Muerte del Corneta Cristóbal Rilke, librito que ya había vertido asimismo al castellano, años atrás, entre nosotros, Luis Saslavsky; las ediciones Hipocampo de La Plata han publicado recientemente una selección narrativa bajo el título Los sueños y otros relatos; él Instituto de Estudios Germánicos de Buenos Aires editó las admirables Cartas a un joven poeta, traducidas por Guillermo Thiéle y L. di Lorio. Y en cuanto a los comentarios críticos, cabe recordar, en primer

término, diversos artículos de Azorin, un ensayo de Antonio Marichalar, en España; un prólogo de Xavier Vulaurrutia, en México; y en la Argentina sendos comentarios de Carlos Astrada, José Blanco y Marcos Victoria.

¿Acaso la poesía en sus últimos, en sus más puros reductos, no tiene algo de esencialmente inefable, de fatalmente incomunicable? Pero Rilke, como todo creador afortunado, posee entre sus numerosos libros una obra clave, cuyo encanto es pluralmente asequible, a cambio de la penumbra en que hayan de permanecer —confinadas por la

incomunicabilidad de toda poesía, y particularmente de la tuya, al cambiar de lengua— ciertas magias, ciertos misterios no revelados de otras obras. Y esta obra es Los cuadernos de Malte Laurids Brigge. El protagonista habíase presentado a su imaginación, cuando hizo el viaje a Escandinavia, evocando la figura del joven escritor noruego Sigbjörn Obstfelder, muerto prematuramente. ¿Se trata, empero, de una autobiografía simbólica, como algunos han pretendido, con trasposición de personaje? Angelloz lo niega. El caso, con todo, es que en Malte hay mucho de Rilke, y que

precisamente las partes del libro que más nos afectan son aquellas en que el autor se escapa de las pequeñas fabulaciones novelescas y da rienda suelta a su agudeza introspectiva. Sobre todo, cuando combina sus exploraciones del mundo interior con las visiones del mundo circundante. En este sentido, la visión rilkeana de París, por desolada e infrecuente, impresiona. Revela una sensibilidad desollada, «familiar de lo inefable», como él mismo escribió en un poema, abierta al misterio de los seres y las cosas más oscuras. Y, como siempre en toda efusión rilkeana, la presencia del

misterio indiscernible, la presencia de la muerte, planea sobre él libro. Esta idea de la muerte, unida al estado de angustia que hay en su génesis, determina que muchos hayan buscado un enlace de Rilke con la filosofía existencial. Advirtamos, sin embargo, que no es en los Cuadernos sino en las Elegías de Duino donde cabe notar plenamente esa relación. Se cuenta que al leer esa última obra Heidegger reconoció cómo en sus páginas él existencialismo había alcanzado su más feliz expresión poética.

Mas puntualizar los temas que se despliegan o se entrecruzan

caprichosamente en estos Cuadernos exigiría un análisis más dilatado. Señalemos únicamente una de sus más profundas ideas poéticas: él amor sin respuesta de las que él llamó «las grandes infortunadas». El amor de ciertas mujeres excepcionales, que se nutre de sí mismo; mujeres que crean y fomentan su pasión por encima del sujeto amado. De ahí la devoción de Rilke por mujeres como una Gaspara Stampa, una Mariana Alcoforado, cuyo nombre vuelve con frecuencia en muchos de sus escritos. «Ser amada quiere decir consumirse en la llama. Amar es irradiar una luz inextinguible.

Ser amada es pasar, amar es durar» — escribe Rilke—. «He podido experimentar que me erais menos querido que mi amor», llegó a escribir heroicamente la monja portuguesa en una de sus cartas a Chamilly. Unamuno la apellidó «mustia flor del tiesto conventual», viendo en ella un singular caso de donjuanismo femenino. La prolongación de esta idea rilkeana, la transferencia a ciertas grandes enamoradas de la virtud donjuanesca —en su pura dimensión espiritual, aclaremos—, abre perspectivas intactas a un tema que parecía hartamente exprimido.

Hay un rasgo singular en la personalidad de Rilke que ya habrá advertido quizás el lector, pero que merece ser subrayado objetivamente: su puro esteticismo, su alejamiento deliberado de los rumores del mundo en pugna. Y en este aspecto se le ha comparado oportunamente con Proust, quien habiendo alcanzado las congojas del tiempo bélico, por sus raíces y por la atmósfera de su obra se mantuvo ajeno a él. Por ello no debe extrañarnos que un historiador, Arthur Eloesser (Contemporary German Literature), califique a Rilke como un tardío sobreviviente del romántico

individualismo. En el caso de Rilke las delimitaciones cronológicas, las clasificaciones de tendencias no son lo que mejor puede definirle. Con todo, recordemos que según Ricarda Huch, historiadora del romanticismo alemán, los tres caracteres de una vida típica de poeta romántico son: ausencia de familia, ausencia de patria, ausencia de profesión. Rilke encarna cabalmente esos tres caracteres.

En relación con otras grandes figuras poéticas de su época y de su lengua, Rilke sólo podría relacionarse con Stefan George. Pero éste quedó siempre algo prisionero en su

esteticismo simbolista y en su patria. De suerte que la relación de ambos poetas es casi puramente cronológica. Más cerca, por encima del espacio y del tiempo, está Rilke de ciertos grandes poetas iluminados: un Novalis, un Blake, un Rimbaud.

El autor de Los cuadernos de Malte Laurids Brigge reencarna en nuestro tiempo casi un mito: el poeta inspirado —para él hay que superar el miedo a esta palabra— que habiendo escrito un día sus dos primeras Elegías, tardó diez años en encontrar la inspiración para terminarlas en doce días; él solitario, al acecho de las voces

misteriosas; el escritor menos «voluntario» —en él sentido que da a esta palabra otro gran poeta, Juan Ramón Jiménez— que sólo consideraba posible escribir cuando este deseo —según aconsejó a Kappus en las Cartas a un joven poeta— hundía sus raíces en lo más profundo de su ser. Tales cartas desprenden, por lo demás, en varios pasajes, una sutilísima lección estética, y en ellas se lee esta frase que debiera grabarse en el pórtico de toda crítica: «Una obra de arte es buena cuando ha nacido de una necesidad. Se juzga por la naturaleza de su origen. No hay otro juez».

GUILLERMO DE TORRE

Buenos Aires, abril de 1941.

PARÍS, 11 setiembre, rue Toullier.

¿De modo que aquí vienen las gentes para seguir viviendo? Más bien hubiera pensado que aquí se muere. He salido. He visto hospitales. He visto a un hombre tambalearse y caer. Las gentes se agolparon a su alrededor y me evitaron así ver el resto. He visto a un mujer encinta. Se arrastraba pesadamente a lo largo de un muro alto y cálido y se palpaba de vez en cuando, como para convencerse de que aún estaba allí. Si, allí estaba. ¿Y detrás del muro? Busqué en mi plano: Maison d'accouchement.^[1] Bien. Dará a luz, eso

es natural. Más lejos, rue Saint-Jacques, un gran edificio con una cúpula. El plano indica: Val de Grâce, Hôpital militaire. Ciertamente, no necesitaba saberlo, pero no está de más. La calle empieza a desprender olores por todas partes. En lo que puede distinguirse, huele a yodoformo, a grasa de *pommes frites*, a angustia. Todas las ciudades huelen en verano. Después he visto una casa extrañamente cegada. No figuraba en el plano, pero he visto encima de la puerta una inscripción aún bastante legible: Asile de nuit. Al lado de la puerta estaban escritos los precios. Los he leído. No eran caros.

¿Después? He visto a un niño en un cochecito parado: estaba grueso, verdoso, y tenía una erupción muy visible en la frente. Parecía que sanaba ya y que no le dolía. El niño dormía con la boca abierta, respirando yodoformo, *pommes frits*, miedo. Así era y nada más. Lo importante era que se vivía. Sí, eso era lo importante.

No puedo dormir sin la ventana abierta. Los tranvías ruedan estrepitosamente a través de mi habitación. Los autos pasan por encima de mí. Suena una puerta. En algún sitio cae un vidrio chasqueando. Oigo la risa de los trozos grandes de cristal y la leve risilla de las esquirlas.

Después, de pronto, un ruido sordo, ahogado, al otro lado, en el interior de la casa. Alguien sube la escalera. Se acerca, se acerca sin detenerse. Está ahí, mucho tiempo ahí, pasa. Otra vez la calle. Una chica grita: «*Ah! tais toi, je ne veux plus!*». El tranvía eléctrico acude, todo agitado, pasa por encima, más allá de todo. Alguien llama. Hay gentes que corren, se agolpan. Un perro ladra. ¡Qué alivio! Un perro. Hacia la madrugada hay hasta un gallo que canta, y es una infinita delicia. Después, de pronto, me duermo.

Hay los ruidos. Pero hay algo aún más terrible: el silencio. Creo que en los

grandes incendios sobreviene a veces un momento de máxima tensión: los chorros de agua declinan; los bomberos no trepan ya; nadie se mueve. Silenciosamente, una negra cornisa de desprende desde arriba, y un alto muro, tras del que salen las llamas, se inclina sin ruido hacia adelante. Todo está inmóvil y espera, encogidos los hombros y juntas las cejas, el tremendo desplome. Así es aquí el silencio.

Aprendo a ver. No sé por qué, todo penetra en mí más profundamente, y no permanece donde, hasta ahora, todo terminaba siempre. Tengo un interior que ignoraba. Así es desde ahora. No sé lo

que pasa.

Hoy, al escribir una carta, me ha chocado el hecho de que estoy aquí solamente desde hace tres semanas. Otras veces tres semanas, en el campo por ejemplo, parecían un día; aquí son años. Por lo demás, no quiero escribir más cartas. ¿Para qué decir a nadie que cambio? Si cambio, ya no soy el de antes, y si soy otro que el que era, es evidente que ya no tengo relaciones. Y por lo tanto no quiero escribir a extraños, a gentes que no me conocen.

¿Lo he dicho ya? Aprendo a ver. Sí, comienzo. Todavía va esto mal. Pero

quiero emplear mi tiempo.

Sueño, por ejemplo, que todavía no había tenido conciencia del número de rostros que hay. Hay mucha gente, pero más rostros aún, pues cada uno tiene varios. Hay gentes que llevan un rostro durante años. Naturalmente, se aja, se ensucia, brilla, se arruga, se ensancha como los guantes que han sido llevados durante un viaje. Éstas son gentes sencillas, económicas; no lo cambian, no lo hacen ni siquiera limpiar. Les es suficiente, dicen, y ¿quién les probará lo contrario? Sin duda, puesto que tienen varios rostros, uno se puede preguntar qué hacen con los otros. Los conservan.

Sus hijos los llevarán. También sucede que se los ponen sus perros. ¿Por qué no? Un rostro es un rostro.

Otras gentes cambian de rostro con una inquietante rapidez. Se prueban uno después de otro, y los gastan. Les parece que deben de tener para siempre, pero apenas son cuarentonas y ya es el último. Este descubrimiento llevo consigo, naturalmente, su tragedia. No están habituados a economizar los rostros; el último está gastado después de ocho días, agujereado en algunos sitios, delgado como el papel, y después, poco a poco, aparece el forro, el no-rostro, y salen con él.

Pero la mujer, la mujer: estaba toda entera caída hacia adelante, sobre sus manos. Era en la esquina rué Notre-Dame-des-Champs. En cuanto la vi me puse a andar despacito. Cuando las pobres gentes reflexionan no se las debe molestar. Quizá lleguen a encontrar lo que buscan.

La calle estaba vacía; su vacío se aburría, retiraba mi paso debajo de mis pies y chasqueaba con él, al otro lado de la calle, como con un zueco. La mujer no asustó, se arrancó de sí misma. Demasiado de prisa, demasiado violentamente, de manera que su cara quedó en sus dos manos. Pude verlo, y

ver su forma vaciada. Me costó un esfuerzo indescriptible quedarme en esas manos, no mirar hacia aquello de que se había despojado. Me estremecí al ver un rostro tan de dentro, pero me daba más miedo la cabeza desnuda, desollada, sin rostro.

Tengo miedo. Hay que hacer algo contra el miedo cuando se apodera de nosotros. Sería demasiado terrible caer aquí enfermo, y si alguien tratase de hacerme llevar al Hôtel-Dieu, seguramente moriría. Este hotel es un hotel agradable, muy frecuentado. No se puede mirar la fachada de la Catedral de París sin correr el riesgo de dejarse

aplastar por uno de los numerosos coches que atraviesan el atrio, lo más de prisa posible, para penetrar dentro. Ómnibus pequeños que tocan sin cesar. El duque de Sagan mismo tendría que hacer detener su carruaje si uno de estos pobres moribundos se empeñara en entrar directamente en el Hotel de Dios. Los moribundos son testarudos, y todo París modera su marcha cuando Madame Legrand, *brocanteuse* de la rúe des Martyrs, viene en coche hacia cierta plaza de la Cité. Hay que hacer notar que estos cochecitos endiablados tienen vidrios opacos terriblemente intrigantes, detrás de los cuales se pueden

representar las más bellas agonías; es suficiente la fantasía de una *concierge*. Si se tiene más imaginación y se la deja desarrollarse en otras direcciones, el campo de suposiciones es verdaderamente ilimitado. Pero he visto también llegar coches de alquiler abiertos, coches por horas, con la capota levantada, que marchaban a la tarifa habitual: a dos francos la hora de agonía.

Este distinguido Hotel es muy antiguo. Ya en la época del rey Clodoveo se podía morir en algunos lechos. Ahora se muere en quinientas cincuenta y nueve camas. En serie, naturalmente. Es

evidente que, a causa de una producción tan intensa cada muerte individual no queda tan bien acabada, pero esto importa poco. El número es lo que cuenta. ¿Quién concede todavía importancia a una muerte bien acabada? Nadie. Hasta los ricos, que podrían sin embargo permitirse ese lujo, comienzan a hacerse descuidados e indiferentes; el deseo de tener una muerte propia es cada vez más raro. Dentro de poco será tan raro como una vida personal. Dios mío, es que está todo hecho. Se llega, se encuentra una existencia ya preparada; no hay más que revestirse con ella. Si se quiere partir, o si se está obligado a

marcharse: sobre todo ¡nada de esfuerzos! *Voilà votre mort, monsieur!* Se muere según viene la cosa, se muere de la muerte que forma parte de la enfermedad que se sufre. (Pues desde que se conocen todas las enfermedades se sabe perfectamente que las diferentes salidas mortales dependen de las enfermedades, y no de los hombres: y el enfermo, por decirlo así, no tiene nada que hacer.)

En los sanitarios, donde se muere tan a gusto y con tanto agradecimiento hacia los médicos y enfermeras, se muere habitualmente de una de las muertes asignadas al establecimiento; está muy

bien visto. Cuando se muere en casa, es natural que se escoja esa muerte cortés de la buena sociedad, con la que en cierto modo se inaugura ya un entierro de primera clase y toda la serie de sus admirables tradiciones. Entonces, los pobres se paran delante de estas casas y se sacian con estos espectáculos. Su muerte propia es, naturalmente, trivial, sin todos los requisitos. Se sienten dichosos encontrando una que más o menos les viene bien. Puede ser quizá demasiado ancha: siempre se crece todavía un poco. Solamente resulta molesto cuando no cierra sobre el pecho o ahoga.

Cuando pienso en mi casa (donde ya no hay nadie) me parece siempre que antes debió ser de otro modo. Antes, se sabía —o quizá, solamente se sospechaba— que cada cual contenía su muerte, como el fruto su semilla. Los niños tenían una pequeña; los adultos, una grande. Las mujeres la llevaban en su seno, los hombres en su pecho. Uno tenía su muerte, y esta conciencia daba una dignidad singular, un silencioso orgullo.

Todavía mi abuelo, el anciano chambelán Brigge, llevaba —ello era palpable— su muerte consigo. ¡Y qué muerte! De dos meses de duración, y tan ruidosa que se la oía hasta en la casa de

labor.

La vieja y antigua casa señorial era demasiado pequeña para contener esta muerte; parecía necesitar que le añadiesen alas, pues el cuerpo del chambelán crecía nada vez más; quería ser conducido sin cesar de una habitación a otra y estallaba en cóleras terribles cuando no habiendo aún acabado el día, ya no quedaban más salas adonde llevarle. Entonces había que llevarle u lo alto de la escalera con todo el séquito de criados, doncellas y perros que tenía siempre a su alrededor; y, dejando paso al intendente, invadían la cámara mortuoria de su santa madre,

conservada exactamente en el estado en que la muerte la había dejado hacía veintitrés años, y donde nadie estaba autorizado para entrar.

Pero ahora todo el tropel hacía irrupción. Se descorrían las cortinas, y la luz robusta de una tarde de verano examinaba todos estos objetos tímidos y asustadizos, y se movía torpemente en los espejos que volvían a abrirse de improviso. Y no por ello las gentes lo tomaban con menos gusto. Había doncellas que, de pura curiosidad, ya no sabían dónde meter las manos, criados jóvenes que abrían mucho los ojos por todo, y otros, más viejos, que andaban

de un lado para otro tratando de recordar lo que habían oído decir de esta habitación cerrada, donde tenían hoy, por fin, la dicha de penetrar.

Sobre todo era a los perros a los que parecía enormemente estimulante la permanencia en una habitación donde todas las cosas olían. Los lebreles rusos, grandes y delgados, se paseaban con un aire absorto detrás de las butacas, atravesaban la sala con un alargado paso de danza, con una leve ondulación, se enderezaban como perros heráldicos, y sus finas patas posadas sobre el antepecho de una blanda dorada, la frente tirante y el hocico

atento, miraban al patio a derecha e izquierda. Pequeños *bassets* color de guante amarillo estaban sentados en la amplia butaca de seda, próxima a la ventana, con aire indiferente como si todo fuese normal, y un podenco rubianco con aire gruñón, frotándose la espalda en la arista de un velador de patas doradas, hacía temblar tazas de Sèvres sobre la mesa pintada.

Efectivamente, fue una terrible época para estos objetos somnolientos de espíritu ausente. Sucedió que pétalos de rosa, escapados en un vuelo incierto de libros que una mano había abierto con prisa torpe, fueron pisoteados; asían

objetos pequeños, frágiles, que se reemplazaban de prisa porque se rompían en seguida; se escondían otros, estropeados, bajo las cortinas, o detrás del enrejado dorado del guardafuego de la chimenea. De vez en cuando alguna cosa caía con un ruido ahogado por la alfombra, caía con un sonido claro sobre el parquet duro del piso, resonaba, se quebraba aquí y allá, o se rompía casi sin ruido, pues estos objetos mimados no sobrevivían a ninguna caída.

Si alguien se hubiese preguntado cuál era la causa de todo esto y quién había hecho venir a esta habitación, tanto tiempo vigilada con inquietud, todo

el terror de la destrucción, sólo habría tenido una respuesta para esta pregunta: la Muerte.

La muerte de chambelán Christoph Detlev Brigge, en Ulsgaard. Pues estaba tendido, desbordando con abundancia de su uniforme azul oscuro, en el suelo, en el centro de la habitación, y no se movía. En su gran rostro extraño, que nadie conocía ya, los ojos se habían cerrado: no veía ya lo que sucedía. Primero se trató de tenderle sobre el lecho, pero se había resistido, pues detestaba las camas desde las primeras noches en que su mal había crecido. Además, el lecho se había quedado

demasiado corto, y no hubo otro recurso que acostarle sobre la alfombra, pues no había querido volver a bajar las escaleras.

Estaba, pues, tendido, pudiendo creérselo muerto. Como empezaba a anochecer, los perros se habían retirado, uno tras otro, por la puerta entreabierta; y sólo el de pelo duro y cara desagradable se había sentado cerca de su amo y una de sus anchas patas delanteras, de pelo espeso, estaba apoyada sobre la mano gris de Christoph Detlev. La mayor parte de los criados estaban fuera, en el blanco pasillo, que era más claro que la habitación; pero los

que habían quedado dentro, miraban a veces a hurtadillas a este sombrío montón, en el centro de la cámara, y deseaban que no fuese más que un gran traje sobre una cosa corrompida.

Pero aún quedaba otra cosa; quedaba una voz, una voz que siete semanas antes nadie conocía todavía; pues no era la voz del chambelán. Esta voz no pertenecía a Christoph Detlev, sino a la muerte de Christoph Detlev.

La muerte de Christoph Detlev vivía ahora en Ulsgaard, desde hacía largo, largo tiempo, y hablaba a todos y exigía. Exigía ser llevada, exigía la habitación

azul; exigía el saloncito, exigía la sala grande. Exigía los perros, exigía que se riese, que se hablase, que se Jugase, que se callase, y todo a la vez. Exigía ver amigos, mujeres y muertos, y exigía morir ella misma: pedía. Exigía y gritaba.

Pues, al llegar la noche, cuando fatigados los criados que no debían velar, trataban de dormir, entonces gritaba la muerte de Christoph Detlev; gritaba y gemía, aullaba tanto y tan continuamente que los perros, que primero habían aullado con ella, terminaban callándose y sin atreverse a acostarse, de pie, sobre sus patas finas y

altas; tenía miedo. Y cuando oían en el pueblo, en esta ancha, plateada noche danesa de estío, que esta muerte aullaba, se levantaban como en una tormenta, se vestían y sin decir nada, se quedaban sentados alrededor de la lámpara, hasta que había pasado. Y llevaban a las habitaciones más apartadas, y a las alcobas más profundas, a las mujeres próximas a dar a luz; pero ellas le oían, le oían a pesar de todo, como si hubiese gritado en su propio cuerpo, y suplicaban que las dejaran también levantarse, y llegaban voluminosas y blancas, y se sentaban entre los demás, con sus rostros de rasgos borrosos. Y

las vacas que parían entonces, quedaban sin ayuda, impotentes y cerradas, y a una hubo que arrancarle del cuerpo el fruto muerto con todas las entrañas, al no querer venir. Todos cumplían mal su tarea, olvidándose de traer el heno, porque pasaban el día temiendo a la noche y, a fuerza de velar y levantarse con sobresalto, estaban tan fatigados que no podían acordarse de nada. Y cuando el domingo iban a la iglesia blanca y tranquila, pedían en sus oraciones que no hubiese más Señor en Ulsgaard, pues éste era un Señor terrible. Y lo que todos pensaban y pedían, el pastor lo decía en alta voz desde el púlpito, pues

tampoco él tenía ya noches ni comprendía a Dios. Y la campana lo repetía, pues había encontrado una terrible rival, que resonaba toda la noche y contra lo que ella no podía nada, ni aun cuando repicaba a plena voz. Sí, todos lo decían, y entre la gente joven había uno que soñó haber ido al castillo y haber matado al Señor con su horquilla; y estaban tan sublevados, tan revueltos, que todos escuchaban cuando contó su sueño, y, sin vacilar, todos le miraron para ver si era verdaderamente capaz de tal hazaña. Así se sentía y se hablaba en todo el lugar donde, algunas semanas antes, se había querido y

compadecido al chambelán. Pero a pesar de hablar así, nada cambió. La muerte de Christoph Detlev que habitaba en Ulsgaard no se dejó apremiar. Había venido para diez semanas, y se quedó diez semanas bien contadas. Durante este tiempo era la dueña, mucho más que Christoph Detlev hubiese sido nunca el dueño; era igual a una reina que llaman «la Terrible», más tarde y siempre.

No era la muerte de cualquier hidrópico, sino una muerte terrible e imperial, que el chambelán había llevado consigo, y nutrido en él durante toda su vida. Todo el exceso de soberbia, de voluntad y autoridad que,

aun durante sus días más tranquilos, no había podido usar, había asado a su muerte, a esta muerte que ahora se había alojado en Ulsgaard y lo envilecía.

¿Cómo habría mirado el chambelán Brigge a cualquiera que le hubiese pedido morir de una muerte distinta a aquélla? Murió de su pesada muerte.

Y cuando pienso en otros que he visto o de los que he oído hablar, siempre es igual. Todos tienen su muerte propia. Esos hombres que la llevaban en su armadura, en su interior, como un prisionero: esas mujeres que llegaban a ser viejas y pequeñas, y tenían una

muerte discreta y señorial sobre un inmenso lecho, como en un escenario, ante toda la familia, los criados y los perros reunidos. Si ni siquiera los niños aún los más pequeños, tenían una muerte cualquiera para niños; se concentraban y morían según lo que eran, y según aquello que hubieran llegado a ser.

Y qué melancolía y dulzura tenía la belleza de las mujeres encinta y de pie, cuando su gran vientre, sobre el que, a pesar suyo, reposaban sus largas manos, contenía *dos* frutos: un niño y una muerte. Su sonrisa densa, casi nutritiva en su rostro tan vacío ¿no provenía quizá de que sentían a veces crecer en ellas el

uno y la otra?

He hecho algo contra el miedo. He permanecido untado durante toda la noche y he escrito. Ahora estoy tan fatigado como después de una larga caminata a través de los campos de Ulsgaard. Me duele pensar que todo esto ya no existe, que gentes extrañas habitan aquella vieja y larga casa señorial. Es posible que en la habitación blanca, arriba, bajo el remate, las criadas duerman ahora, duerman con su sueño pesado, húmedo, desde el anochecer hasta la mañana.

Y no se tiene nada ni a nadie, y se

viaja a través del mundo con su maleta y un cajón de libros, y en resumen sin curiosidad. ¿Qué vida es ésta? Sin casa, sin objetos heredados, sin perros. ¡Si al menos hubiese recuerdos! Pero ¿quién los tiene? Si la infancia estuviese aquí: pero está como enterrada. Quizá sea necesario ser viejo para poder conseguir todo. Pienso que debe de ser bueno ser viejo.

Hoy hemos tenido una hermosa mañana otoñal. Atravesé las Tullerías. Todo lo situado al este, delante del sol, deslumbraba. La parte iluminada estaba recubierta de una niebla, como con una cortina gris luminosa. Gris sobre el gris,

las estatuas se soleaban en los jardines aún no desvelados. Algunas flores aisladas se levantaban en los largos arriates y decían: Rojo, con voz temerosa. Después un hombre muy alto y esbelto, apareció, volviendo la esquina, del lado de los Champs-Élysées: llevaba una muleta —no apoyada bajo el brazo—, la llevaba ante sí, levemente, y de vez en cuando la apoyaba en el suelo con fuerza y con ruido, como un báculo. No podía reprimir una alegre sonrisa, y sonreía a todo, al sol, a los árboles. Su paso era tímido como el de un niño, pero de una ligereza insólita, lleno del recuerdo de un paso anterior.

¡Qué efecto puede producir una luna tan pequeña! Días en los que todo es claro alrededor, claro apenas diseñado en el aire luminoso, y sin embargo distinto. Los objetos más cercanos tienen ya tonalidades lejanas, están remotos, exhibidos solamente de lejos, no entregados; y todo lo que está en relación con la lejanía —el río, los puentes, las largas calles y las plazas que se esfuman— ha tomado esta lejanía detrás de sí, y está pintado sobre ella, como sobre un tejido de seda. No es posible decir lo que puede ser entonces un coche de un verde luminoso, sobre el Pont-Neuf, o un cierto rojo imposible de

retener, o sencillamente un cartel, sobre el muro medianero de un grupo de casas gris perla. Todo está simplicado, traído a algunos planos precisos y claros, como el rostro en un retrato de Manet. Y nada es insignificante y superfluo, los libreros del viejo *quai* abren sus puertas, y el amarillo fresco o fatigado de los libros, el pardo violado de las encuadernaciones, el verde más intenso de un álbum, todo concuerda, cuenta, toma parte y concurre a una plenitud perfecta.

He visto en la calle el conjunto siguiente: un carrito de mano, empujado por una mujer; delante, colocado a lo

largo, un organillo. Detrás, atravesado, un cesto en el que un niño muy pequeño, sólidamente sostenido sobre sus piernas, con aire alegre bajo su gorro, no quería dejarse sentar. De vez en cuando la mujer da vueltas al manubrio. El pequeño se levanta en seguida pateando en su cesto, y una niñita con su vestido verde de los domingos, baila y toca una pandereta levantándola hacia las ventanas.

Creo que debería empezar a trabajar un poco, ahora que aprendo a ver. Tengo veintiocho años, y, por decirlo así, no me ha sucedido nada. Rectifiquemos: he escrito un estudio sobre *Carpaccio*, que

es malo, un drama titulado *Matrimonio* que quiere demostrar una tesis falsa por medios equívocos, y versos. Sí, pero ¡los versos significan tan poco cuando se han escrito joven! Se debería esperar y saquear toda una vida, a ser posible una larga vida; y después, por fin, más tarde, quizás se sabrían escribir las diez líneas que serían buenas. Pues los versos no son, como creen algunos, sentimientos (se tienen siempre demasiado pronto), son experiencias. Para escribir un solo verso, es necesario haber visto muchas ciudades, hombres y cosas; hace falta conocer a los animales, hay que sentir cómo vuelan los pájaros y

saber qué movimiento hacen las florecitas al abrirse por la mañana. Es necesario poder pensar en caminos de regiones desconocidas, en encuentros inesperados, en despedidas que hacía tiempo se veían llenar; en días de infancia cuyo misterio no está aún aclarado; en los padres a los que se mortificaba cuando traían una alegría que no se comprendía (era una alegría hecha para otro); en enfermedades de infancia que comienzan tan singularmente, con tan profundas y graves transformaciones; en días pasados en las habitaciones tranquilas y recogidas, en mañanas al borde del mar,

en la mar misma, en mares, en noches de viaje que temblaban muy alto y volaban con todas las estrellas —y no es suficiente incluso saber pensar en todo esto—. Es necesario tener recuerdos de muchas noches de amor, en las que ninguna se parece a la otra, de gritos de parturientas, y de leves, blancas, durmientes paridas, que se cierran. Es necesario aún haber estado al lado de los moribundos, haber permanecido sentado Junto a los muertos, en la habitación, con la ventana abierta y los ruidos que vienen a golpes. Y tampoco basta tener recuerdos. Es necesario saber olvidarlos cuando son muchos, y

hay que tener la paciencia de esperar que vuelvan. Pues, los recuerdos mismos, no son aún esto. Hasta que no se convierten en nosotros, sangre, mirada, gesto, cuando ya no tienen nombre y no se les distingue de nosotros mismos, hasta entonces no puede suceder que en una hora muy rara, del centro de ellos se eleve la primera palabra de un verso.

Pero mis versos todos nacieron de otro modo; por tanto no son versos. ¡Y cómo me engañaba cuando escribía mi drama! ¿Era yo un imitador y loco, por haber necesitado un tercero para narrar la suerte de dos hombres que se hacían

la vida imposible? ¡Qué fácilmente caí en la trampa! Y sin embargo, tendría que haber sabido que este tercero que atraviesa todas las vidas y las literaturas, este fantasma de un tercero que jamás ha existido, no tiene sentido y hay que negarlo. Es uno de los pretextos de la naturaleza que se esfuerza siempre en desviar la atención de los hombres de sus misterios más profundos. Es la mampara detrás de la que se desarrolla un drama. Es el ruido vano a la entrada del silencio de un conflicto verdadero. Se diría que, hasta ahora, todos han juzgado demasiado difícil hablar de los dos, de quienes solamente se trata. El

tercero, que precisamente por ser tan poco real es la parte fácil de la tarea, todos han sabido construirlo: desde el comienzo de sus dramas se siente la impaciencia por llegar a él; apenas pueden esperarlo. En cuanto llega, todo va bien. Pero ¡qué fastidio cuando se retrasa! Nada puede suceder sin él, todo se detiene, va más lentamente, espera. Si, pero ¿y si se quedara uno en esta pausa y espera? Veamos, señor Dramaturgo, y tú, público que conoces la vida, ¿qué sucedería si desapareciesen: el vividor popular o el Joven pretencioso, que abre todos los matrimonios como una llave maestra?

¿Qué sucedería si, por ejemplo, se lo llevase el diablo? Supongámoslo un momento. Se ve de pronto que los teatros se vacían de modo extraño; se les tapia como agujeros peligrosos; solamente las polillas de los barandales de los palcos se mueven en un vacío que nadie apuntala. Los dramaturgos dejan de disfrutar de sus barrios residenciales. Todas las agencias de negocios y la policía buscan para ellos, en los lugares más apartados del mundo, al tercero irremplazable que era la acción misma.

Y sin embargo viven entre los hombres —no hablo de estos *terceros*— los otros dos sobre los que tantas cosas

habría que decir, sobre los que aún no se ha dicho nada, aunque sufren y actúan y no saben como ayudarse.

Es ridículo. Estoy sentado en mi pequeña habitación, yo, Brigge, de veintiocho años y no conocido de nadie. Estoy aquí sentado, y no soy nada. Y sin embargo, esta nada se pone a pensar y en su quinto piso, en esta gris tarde parisiense, piensa esto:

¿Es posible, piensa, que no se haya aún visto, reconocido ni dicho nada verdadero e importante? ¿Es posible que haya habido milenios para observar, reflexionar y escribir, y que se hayan

dejado transcurrir esos milenios como un recreo escolar, durante el cual se come una rebanada de pan y una manzana?

Sí, es posible.

¿Es posible que a pesar de las invenciones y progresos, a pesar de la cultura, la religión y el conocimiento del universo, se haya permanecido en la superficie de la vida? ¿Es posible que se haya, incluso, recubierto dicha superficie —que después de todo, aún habría sido algo—; que se la haya recubierto de un tejido increíblemente aburrido, que le hace parecerse a

muebles de salón en vacaciones de verano?

Sí, es posible.

¿Es posible que toda la historia del universo haya sido mal comprendida? ¿Es posible que la Imagen del pasado sea falsa, porque siempre se ha hablado de sus muchedumbres, como si no fuesen más que reuniones de muchos hombres, en lugar de hablar de aquél alrededor del cual se congregaban, porque era extraño y moribundo?

Sí, es posible.

¿Es posible que nos creamos obligados a recuperar lo que sucedió

antes de que naciósemos? ¿Es posible que sea necesario recordar a cada uno que ha habido antepasados, y que por consiguiente, lleva en sí este pasado, y que no tiene nada que aprender de otros hombres que pretenden poseer un conocimiento mejor o diferente?

Sí, es posible.

¿Es posible que todas estas gentes conozcan con todo rigor un pasado que jamás existió? ¿Es posible que todas las realidades no sean nada para ellos; que su vida se deslice sin estar anudada a ninguna cosa, como un reloj en un cuarto vacío?

Sí, es posible.

¿Es posible que no se sepa nada de todas las muchachitas que, sin embargo, viven? ¿Es posible que se diga: «las mujeres», «los niños», «los muchachos» y no se sospeche (no se sospeche a pesar de toda su cultura) que estas palabras, desde hace mucho tiempo, no tienen plural, sino solamente singular?

Sí, es posible.

¿Es posible que haya gentes que digan: «Dios» y piensen que sea un ser que es común a todos? —Ved estos dos colegiales: uno se compra un cortaplumas, y su compañero, el mismo

día, se compra uno idéntico.

Y después de una semana, al enseñarse sus navajitas, parece que no hay entre ambas más que un parecido remoto, tan distinta ha sido la suerte de las dos cuchillas en manos diferentes.

«Sí», dice la madre de uno, «siempre estropeas todo...»

Y más aún: ¿Es posible que se crea tener un Dios sin usarlo?

Sí, es posible.

Pero, si todo esto es posible, y por otra parte sólo tiene una apariencia de posibilidad, entonces sería necesario,

por todo lo que en el mundo existe, que suceda algo. El primer llegado que ha tenido este inquietante pensamiento debe comenzar a hacer alguna cosa de las que han sido desatendidas; quienquiera que sea él, aunque no sea el más apto, puesto que no hay otro. Este Brigge, este extranjero, este joven insignificante, deberá sentarse y, en su quinto piso, deberá escribir, escribir día y noche. Si, deberá escribir, y así acabará esa situación.

Debía tener entonces doce años, o todo lo más trece. Mi padre me había llevado a Urnekloster. No sé qué es lo que le había obligado a visitar a su suegro.

Desde hacía muchos años, desde la muerte de mi madre, no se habían vuelto a ver los dos hombres, y mi padre mismo no había estado nunca en el viejo castillo adonde el conde Brahe no se había retirado sino al declinar. No he vuelto a ver nunca esta extraña morada, que cayó en manos extrañas cuando murió mi padre. Tal como la encuentro en mi recuerdo infantilmente modificado no es un edificio; está toda ella rota y repartida en mí; aquí una pieza, allá una pieza, y acá un extremo de pasillo que no reúne a estas dos piezas, sino que está conservado en cuanto que fragmento. Así es como todo está

desparramado en mí; las habitaciones, las escaleras, que descendían con lentitud ceremoniosa, otras escaleras, jaulas estrechas subiendo en espiral, en cuya oscuridad se avanzaba como la sangre en las venas; las cámaras de las torrecillas, los balcones colgados en lo alto, las galerías inesperadas a las que os arrojaba una puerta pequeña; todo esto está aún en mí, y nunca dejará de estarlo. Es como si la imagen de esta casa hubiese caído sobre mí desde alturas infinitas y se hubiese roto en mi fondo.

Me parece que no he conservado bien en mi corazón más que aquella sala,

en la que acostumbrábamos a reunirnos para la comida, todas las tardes a las siete. No he visto nunca esta pieza de día, incluso no recuerdo si tenía ventanas, ni adónde daban. Siempre que la familia entraba, las bujías ardían en los pesados candelabros, y después de algunos instantes se olvidaba el día y todo lo que se había visto fuera. Esta sala alta y, supongo que abovedada, era más fuerte que todo; la altura que se entenebrece, sus ángulos jamás despojados de su misterio, absorbían poco a poco fuera de vosotros todas las imágenes, sin sustituirlas por un equivalente preciso. Se estaba sentado

allí, como anulándose; sin la menor voluntad, sin placer ni defensa. Se era como un lugar vacío. Me acuerdo de que este anonadamiento comenzó por causarme un malestar, una especie de mareo al que no me sobreponía mientras no conseguía, alargando la pierna, tocar con el pie la rodilla de mi padre, que se sentaba frente a mí. Hasta más tarde no me sorprendió el hecho de que parecía comprender, o por lo menos tolerar, estos extraños modales, a pesar de que nuestras relaciones, casi frías, no hacían explicable tal conducta. Sin embargo, este ligero contacto es lo que me daba fuerzas para soportar las largas

comidas. Después, tras una tensión de algunas semanas por soportarlo, gracias a la facultad de adaptación casi infinita de los niños, me habitué tan bien a la extrañeza de estas reuniones, que no me costó ya ningún esfuerzo estar a la mesa durante dos horas; y hasta transcurrían ya incluso relativamente de prisa, porque me ocupaba en observar a los presentes.

Mi abuelo los llamaba «la familia» y también oí a los otros servirse de este calificativo que era totalmente arbitrario. Pues, aun cuando estas cuatro personas estuviesen unidas por lejanas relaciones de parentesco, no formaban

sino un grupo bastante dispar. El tío que estaba sentado a mi lado era un hombre viejo, cuyo rostro duro y quemado tenía algunas manchas negras, que supe eran consecuencia de una explosión de pólvora; de carácter áspero y descontento, se había retirado de comandante y hacía entonces, en una habitación del castillo que yo no conocía, experimentos de alquimia. Estaba además, según oí decir a los criados, en relación con una prisión de donde le enviaban, una o dos veces al año, cadáveres con los que se encerraba día y noche, cortándolos y preparándoles de un modo misterioso,

de tal manera que resistían la putrefacción. Frente a él, estaba el sitio de la señorita Matilde Brahe. Era una persona de edad indeterminada, una prima lejana de mi madre, y sólo se sabía de ella que mantenía una correspondencia muy regular con un espiritista austríaco, llamado el barón Nolde, al que estaba tan sometida, que no emprendía nada sin tener antes su consentimiento y pedirle una especie de bendición. Era, entonces, excepcionalmente fuerte, con una plenitud blanda y perezosa, que parecía haberse desbordado descuidadamente en sus vestidos flojos y claros; sus

movimientos eran cansados e indecisos, y sus ojos fluían de continuo. Sin embargo, había en ella algo que me recordaba a mi madre, tan frágil y esbelta. Cuanto más la miraba más encontraba en su rostro los rasgos finos y ligeros de los que, desde la muerte de mi madre, no había podido acordarme claramente; sólo ahora, desde que veía a diario a Matilde Brahe, sabía cuál había sido el rostro de la muerta: quizá, incluso, lo sabía por primera vez. Sólo ahora se formaba en mí con cien y cien detalles una imagen de la muerta, imagen que desde entonces me acompañaba siempre. Más tarde me di cuenta

claramente de que el rostro de la señorita Brahe contenía realmente todos los detalles que determinaban los rasgos de mi madre; pero —como si un rostro extraño se hubiese intercalado entre ambos— estaban sueltos, alterados, ya no en conexión uno con otro.

Al lado de esta señora se sentaba el hijo de una prima, un muchacho poco más o menos de mi edad, pero que era más pequeño y delicado que yo. Su cuello, delgado y pálido, salía de una gorguera plisada y desaparecía bajo una barbilla alargada. Sus labios eran delgados y firmemente cerrados, las alas de su nariz temblaban algo, y sólo uno

de sus hermosos ojos, de un pardo oscuro, parecía moverse. Este ojo miraba u veces hacia mi lado, con un aire tranquilo y entristecido, a pesar de que el otro permanecía siempre fijo sobre el mismo punto, como si estuviese vendido y ya no entrase en consideración.

En el sitio de honor de la mesa estaba colocada la Inmensa butaca que un criado, que no tenía otra misión, aproximaba a mi abuelo y de la que el anciano sólo ocupaba una pequeña parte. Había gentes que llamaban a este viejo señor sordo y autoritario Excelencia y Mariscal de la Corte; otras

le daban el título de general. Y sin duda poseía todas estas dignidades, pero hacía tanto tiempo que había desempeñado las funciones, que denominaciones tales eran ya apenas inteligibles. Además, me parecía que ningún nombre preciso podía adherirse a esta personalidad, a veces tan aguda y sin embargo siempre de nuevo tan vaga. No me podía decidir nunca a llamarle abuelo, aunque a menudo se mostraba bastante afable conmigo, e incluso me llamaba a veces a su lado tratando de dar una entonación jovial a mi nombre. Por otra parte, toda la familia observaba respecto al conde una conducta en la que

se mezclaban el respecto y el temor. Sólo el joven Erik vivía con cierta familiaridad con el viejo dueño de la casa; su ojo vivo tenía a veces rápidas miradas de inteligencia, a las que el abuelo contestaba rápidamente también; se les veía aparecer a veces en las largas sobremesas, al final de la profunda galería, y se podía observar cómo marchaban a lo largo de los viejos retratos sombríos, con las manos enlazadas, sin hablar comprendiéndose ostensiblemente de otro modo.

Yo pasaba casi el día entero en el parque, y fuera, en el bosque de hayas o en la pradera; afortunadamente había en

Urnekloster perros que me acompañaban; había diseminadas granjas y alquerías, donde podía encontrar leche, pan y fruta, y creo que gozaba de mi libertad de manera bastante despreocupada, sin dejarme inquietar, al menos durante las semanas que siguieron, por el pensamiento de los encuentros que me reservaba la noche. Yo no hablaba casi a nadie, pues mi gozo era estar solitario; sólo tenía de vez en cuando cortas conversaciones con los perros; con ellos me entendía a maravilla. La taciturnidad era además una especie de cualidad familiar. La conocí en casa de mi padre y no me

extrañaba que no se hablase casi nada durante la cena.

Sin embargo, los primeros días que siguieron a nuestra llegada, Matilde Brahe se mostró muy charlatana Preguntó a mi padre sobre antiguas relaciones que habían tenido en ciudades extranjeras; se acordaba de impresiones lejanas, se enternecía hasta las lágrimas evocando el recuerdo de amigas muertas y de cierto joven que, daba a entender, la había amado sin que ella hubiese querido responder a su inclinación sin esperanza. Mi padre escuchaba cortésmente, aprobaba de vez en cuando con la cabeza, y sólo daba las

respuestas indispensables. El conde, en el sitio de honor de la mesa, sonreía constantemente con los labios desdeñosos; su rostro parecía mayor que de costumbre. Era como si llevase una máscara. Él tomó también varias veces la palabra, y su voz, aunque no se dirigía a nadie, y era muy baja, podía sin embargo ser oída en toda la sala, y tenía la marcha regular, indiferente, de un pedúnculo; el silencio, a su alrededor, parecía tener una resonancia singular y honda, la misma para cada sílaba.

El conde Brahe creyó demostrar una amabilidad particular hacia mi padre hablándole de su difunta esposa, mi

madre. La llamaban la condesa Sibila, y todas sus frases terminaban como si preguntase por ella. Si me parecía, no sé por qué, que se trataba de una jovencita de blanco, que de un momento a otro podía reunirse con nosotros. Oí hablar en el mismo tono de «nuestra pequeña Ana-Sofía». Y cuando, un día, pregunté quién era esta señorita a la que el abuelo parecía querer especialmente, supe que se designaba así a la hija del gran canciller Conrad Raventlod, en aquel tiempo esposa de la mano izquierda de Federico IV, la que reposaba hacía casi un siglo y medio en Roswilde. La sucesión del tiempo no tenía ningún

valor para él, la muerte era un pequeño accidente que ignoraba por completo; las personas, una vez acogidas por él en su memoria, continuaban existiendo, y su muerte no cambiaba este hecho en nada. Algunos años más tarde, después de la muerte del anciano señor, se contaba que, con la misma testarudez, tenía las cosas futuras por presentes. Parece que en cierta ocasión había hablado a una señora joven acerca de sus hijos, en particular de los viajes de uno de sus hijos, mientras que ella, que entraba en el tercer mes de su primer embarazo, estaba casi desmayada de miedo y de espanto, sentada al lado del viejo, que

hablaba sin descanso.

Pero sucedió que yo me reí. Sí, me reí muy fuerte y no pude calmarme. Una noche, Matilde Brahe estaba ausente. El viejo servidor, casi completamente ciego, tendió sin embargo la fuente cuando llegó a su sitio. Permaneció así durante algunos instantes, y después se fue, satisfecho, dignamente, como si todo estuviese en orden. Yo había observado la escena, y en el momento mismo que la veía, no me pareció del todo cómica. Pero un instante después, justamente cuando iba a tragar un bocado, la risa me subió a la cabeza con tal rapidez, que tragué de través e hice

gran ruido. Y, aunque esta situación me era a mí mismo penosa, aunque me esforcé de todos los modos posibles en estar serio, la risa subía siempre de nuevo, a empujones, y terminaba por dominarme completamente.

Mi padre, cómo para distraer la atención puesta en mí, preguntó con su voz amplia y ahogada: «¿Está enferma Matilde?». El abuelo sonrió a su modo, y contestó en seguida con una frase a la que yo no presté atención, tan ocupado como estaba conmigo mismo, y que decía algo así como: «No, pero quiere evitar encontrarse con Cristina». No pensé, pues, que pudiese ser efecto de

esta frase el hecho de que mi vecino, el moreno comandante, se levantase y saliera de la sala después de haber murmurado una excusa ininteligible y haberse inclinado ante el conde. Sólo me extrañó verle volverse aún, una vez detrás de éste, y hacer señas con la cabeza al pequeño Erik, y después, con gran asombro mío, también a mí, como para obligarnos a seguirle. Estaba tan sorprendido, que mi risa dejó de oprimirme. Además yo ya no prestaba atención al comandante; me era desagradable, y me di cuenta de que tampoco el pequeño Erik se preocupaba de él.

La comida se dilataba como siempre, y habíamos llegado al postre, cuando mis miradas fueron atraídas por un movimiento que hubo en el fondo de la sala, en la penumbra. Una puerta que yo creía siempre cerrada y que, me habían dicho, daba al entresuelo, se había abierto poco a poco y, mientras que yo miraba con un sentimiento completamente nuevo de curiosidad y de atracción, salió del hueco de sombra de esta puerta una dama esbelta vestida de claro, que lentamente se acercó a nosotros. No sé si hice un movimiento o si lancé un grito; el ruido de una silla al caer separó mis miradas de la extraña

aparición, y vi a mi padre que se había levantado de un salto y que, con palidez mortal en el rostro, los brazos colgando, los puños cerrados, avanzaba hacia la señora. Se acercó a nosotros, despacio, insensible a este espectáculo, y había llegado muy cerca del sitio del conde, cuando éste, bruscamente, se enderezó, asió a mi padre por el brazo, le empujó hacia la mesa y le sujetó, mientras que la extraña, lentamente, con indiferencia y paso a paso, atravesó el espacio abierto ante ella, en un indescriptible silencio, en el que no se oía más que el sonido tembloroso de un vaso, y desapareció por una puerta de la pared opuesta. En

este instante, observe que era el pequeño Erik el que, con una profunda reverencia, cerraba la puerta detrás de la extraña.

Yo fui el único que permanecí sentado a la mesa; me sentía tan pesado en mi asiento que me pareció que Jamás podría levantarme sin ayuda de alguien. Un instante miré sin ver. Después, pensé en mi padre y observé que el viejo le tenía aún agarrado por el brazo. El rostro de mi padre era ahora colérico, hinchado de sangre, pero el abuelo, cuyos dedos parecidos a una parra blanca atrapaban el brazo de mi padre, sonreía con su singular risa de máscara.

Después oí que decía algo, sílaba por sílaba, sin que pudiese alcanzar el sentido de las palabras que pronunciaba. Sin embargo, impresionaron profundamente mi oído, pues hace alrededor de dos años, que, un día, las he encontrado de nuevo en el fondo de mi recuerdo, y desde entonces las sé. Dijo:

—Eres violento, chambelán, y descortés. ¿Por qué no dejas a la gente ir a sus quehaceres?

—¿Quién es ésa? —gritó mi padre.

—Alguien que tiene derecho, a estar aquí; no una extraña Cristina Brahe.

Volvió a hacerse el mismo silencio singularmente sostenido y de nuevo el vaso tembló. Pero de improviso, mi padre se soltó con un brusco movimiento y se precipitó fuera de la sala.

Toda la noche le oí pasear por su cuarto, pues yo tampoco podía dormir. Hacia la madrugada, súbitamente, me desperté de una especie de amodorramiento, y con un terror que me paralizó hasta el corazón, vi una cosa blanca sentada en mi cama. Mi desesperación terminó por darme fuerza para ocultar mi cabeza bajo el cobertor, y de miedo y angustia estallé en lágrimas. Sentí una frescura y una

claridad en mis ojos llorosos: cerré los párpados sobre mis lágrimas, para no ver nada. Pero la voz, que ahora me hablaba de cerca, rozaba mi cara con una tibieza dulce, y la reconocí: era la voz de la señorita Matilde. Me calmé en seguida, pero continué, sin embargo, dejándome consolar, incluso cuando estuve por completo tranquilo; sentía sin duda que esta bondad era demasiado suave, pero me alegraba no obstante, y creía haberla merecido en cierto modo. «Tía», dije por fin, y traté de reunir en su rostro difuso los rasgos dispersos de mi madre:

—Tía, ¿quién era la señora?

—¡Ay! —respondió la señorita Brahe con un suspiro que me pareció cómico—; una desgraciada, hijo mío, una desgraciada.

La mañana del mismo día, vi en una habitación algunos criados ocupados en hacer maletas. Pensé que nos iríamos y me pareció muy natural. Quizá fuese ésa también la intención de mi padre. No he sabido nunca qué fue lo que le decidió a quedarse aún en Urnekloster, después de esta velada. Pero no nos fuimos. Aún nos quedamos ocho o nueve semanas en esta casa, soportamos el peso de sus extravagancias, y vimos de nuevo, aún, tres veces a Cristina Brahe.

Yo no sabía entonces nada de su historia. Yo no sabía que ella había muerto hacía mucho, mucho tiempo, en su segundo parto, dando a luz a un niño que creció hacia un destino doloroso y cruel —yo no sabía que era una muerta—. Pero mi padre lo sabía. ¿Había querido, él que aliaba un temperamento apasionado a un espíritu claro y lógico, obligarse a soportar esta aventura dominándose y sin preguntar? Yo vi, sin comprender, cómo luchaba consigo mismo, y experimenté sin entenderlo, cómo se dominaba por fin.

Fue la noche que vimos a Cristina Brahe por última vez. En esta ocasión,

la señorita Matilde había venido también a la mesa; pero no estaba como de costumbre, Igual que los primeros días, que siguieron a nuestra llegada, hablaba sin cesar y sin ilación, turbándose continuamente, y había aún en ella una inquietud física, que la obligaba a sujetar, sin cesar, algo en sus cabellos o en sus vestidos... hasta que, de improviso se levantó, con un grito quejumbroso, y desapareció.

En el mismo instante mis miradas se volvieron, a pesar mío, hacia cierta puerta, y en efecto: Cristina Brahe entró. Mi vecino el comandante hizo un movimiento violento y corto, que sé

trasplantó a mi cuerpo, pero era evidente que no tenía fuerzas para levantarse. Su rostro viejo, moreno y manchado, se volvía de uno a otro; su boca permanecía abierta y la lengua se retorció detrás de los dientes estropeados; después, de pronto, este rostro desapareció y su cabeza gris rodó sobre la mesa, y sus brazos la recubrieron como pedazos, y debajo, por algún sitio, apareció una mano lacia, manchada y tembló.

Y entonces Cristina Brahe atravesó la sala, paso a paso, lentamente, como una enferma, en un silencio indescriptible donde sólo se oía el ruido

parecido al gemido de un perro viejo. A la izquierda del gran cisne de plata lleno de narcisos, se deslizaba la máscara del viejo conde, esbozando una sonrisa gris. Levantó su copa de vino hacia mi padre. Y entonces vi cómo mi padre, en el instante preciso en que Cristina Brahe pasaba detrás de su asiento, tomó a su vez su copa, la levantó sobre la mesa con toda la mano, como si fuera un objeto muy pesado...

Y aquella misma noche, partimos de allí.

Bibliothèque Nationale

Estoy sentado, leyendo a un poeta.

Hay muchas personas en la sala, pero no se las oye. Están en sus libros. A veces se mueven entre las hojas, como hombres que duermen y se dan vuelta entre dos sueños. ¡Ah!, qué bien se está entre hombres que leen. ¿Por qué no son siempre así? Podéis acercaros a uno y rozarle; no sentirá nada. Podéis empujar a vuestro vecino al levantaros, y si os excusáis, hará un movimiento de cabeza hacia el lado de donde viene vuestra voz, su rostro se vuelve hacia vosotros y no os ve, y sus cabellos son semejantes a los de un hombre dormido. ¡Qué bueno es esto! Estoy sentado y tengo un poeta. ¡Qué suerte! ¡Quizás sean trescientos los

que están en esta Sala leyendo; pero es imposible que cada uno tenga un poeta! (¡Sabe Dios qué será lo que leen!). Además no existen trescientos poetas. En cambio, qué suerte la mía: yo, quizá el más miserable de estos lectores, yo, un extranjero, tengo un poeta. Aunque sea pobre. Aunque mi chaqueta, que llevo a diario, comience a estropearse por algunos sitios, aunque a mis zapatos se les pueda hacer éste o aquel reproche. Sin duda, mi cuello está limpio, mi camisa también, y podría, tal como soy, entrar en cualquier confitería, en los grandes bulevares, y adelantar sin temor la mano hacia un plato de pasteles

y servirme. A nadie le chocaría, y nadie pensaría en gruñirme o expulsarme, pues aún es una mano de buena sociedad, una mano lavada cuatro o cinco veces al día. Sí, no hay nada entre las uñas, el índice no tiene tinta, y las muñecas, sobre todo, están limpias. Pues, nadie ignora que los pobres no se lavan nunca tan arriba. Por lo tanto, su limpieza permite sacar ciertas consecuencias. Y las sacan. En los establecimientos las sacan. Sin duda, hay algunos individuos en el *boulevard* Saint-Michel, por ejemplo, o en la rué Racine, a los que mis muñecas no engañarían. Bien que se burlan de mis muñecas. Me miran y lo saben. Saben

que en el fondo soy de los suyos, que no hago más que representar una comedia. ¿No es carnaval? No quieren estropearme el placer; gesticulan un poco y guiñan los ojos. Nadie les ha visto. Además me tratan como a un señor. Por poco cerca que alguien esté de nosotros, se muestran casi solícitos y hacen como si yo llevara un abrigo de piel, como si mi coche me siguiese.

A veces les doy *sous*, temblando por si me los rechazan; pero los aceptan. Y todo estaría en orden si no se hubiesen de nuevo mofado un poco y guiñado el ojos. ¿Quiénes son estas gentes? ¿Qué quieren de mí? ¿Me esperan? ¿Cómo me

reconocen? Ciertamente mi barba tiene un aspecto algo descuidado y recuerda un poco, muy poco, a sus añejas barbas enfermas y marchitas, que siempre me han sorprendido. Pero ¿no tengo derecho a descuidar mi barba? Ése es el caso de evidente que éstos forman el desperdicio y que no son simples mendigos. No, en el fondo, no son mendigos; hay que distinguir. Son desechos, mondaduras de hombre, que el destino ha escupido. Todavía húmedos de la saliva del destino, se pegan a una pared, a un farol, a una columna de la calle, dejando una mancha oscura y sucia. ¿Qué diablo quería de mí esta

vieja, que con su cajón de mesilla de noche, donde rodaban algunos botones y algunas agujas, había salido de no sé qué agujero? ¿Por qué andaba siempre a mi lado y me observaba? Como si tratase de reconocirme, con sus ojos pitañosos, sus ojos, en los que parecía que un enfermo había escupido flemas verdosas sobre los párpados sangrientos. ¿Por qué esta mujercita gris quedó de pie a mi lado, durante un cuarto de hora, ante un escaparate, haciendo resbalar un lápiz largo y viejo entre sus feas manos cerradas? Yo hacía como que contemplaba las cosas expuestas y no percibía nada. Pero, ella

sabía que yo la había visto, sabía que yo me había detenido y que pensaba qué era lo que estaría haciendo. Pues yo comprendía bien que no podía tratarse del lápiz. Sentía que era una señal, una señal para los iniciados, una señal que los despojos conocen. Adivinaba que ella quería decirme que fuese a algún sitio o que hiciese alguna cosa. Y lo más extraño era que yo no podía perder la sensación de que había realmente ciertas convenciones a las que pertenecía ese signo y que esta escena era, en el fondo, algo que yo debería haber esperado.

Fue hace dos semanas. Después, no pasa un solo día sin un encuentro

semejante. No solamente en el crepúsculo, sino en pleno día, en las calles más populosas, llega de pronto un hombrecillo o una vieja, me hacen señas, me enseñan alguna cosa y desaparecen de nuevo. Como si hubiesen hecho todo lo necesario, es posible que algún día traten de llegar hasta mi habitación. Saben muy bien donde vivo, y tomarán sus precauciones para no ser detenidos por la *concierge*. Pero aquí, queridos, aquí estoy a salvo de vosotros. Es necesario una tarjeta especial para poder entrar en esta sala tengo la ventaja, sobre vosotros, de poseer muchos hombres atareados, y a

pesar de ello, no se les cuenta entre esos despojos de la sociedad. Pues ea una puerta encristalada, la abro como si estuviese en mi casa, enseño mi tarjeta en la puerta siguiente, rápidamente, como vosotros me enseñáis vuestros objetos, pero con la diferencia de que me comprenden, que saben lo que quiero decir, y después estoy entre estos libros, retirado de vosotros como si estuviese muerto; estoy sentado y leo a un poeta.

¿No sabéis lo que es un poeta? Verlaine... ¿Nada? ¿Ningún recuerdo? No. ¿No le distinguís de los que conocéis? No hacéis distinciones, lo sé. Pero leo otro poeta, uno que vive en

París, otro. Uno que tiene una casa tranquila en la montaña, que suena como una campana en el aire puro. Un poeta dichoso que habla de su ventana y de las puertas vidrieras de su biblioteca, que reflejan, pensativas, una lejanía amada y solitaria. Precisamente, es el poeta que yo hubiera deseado llegar a ser; puesto que sabe tantas cosas acerca de las muchachas, y yo también habría sabido muchas cosas de ellas. Conoce muchachas que han vivido hace cien años; no importa que hayan muerto, porque él lo sabe todo. Y eso es lo esencial. Pronuncia sus nombres, esos nombres ligeros, graciosamente

alargados, con letras mayúsculas adornadas de cintas a la antigua moda, y los nombres de sus amigas de más edad, donde se oye ya un poco del destino, un poco de decepción y de muerte. Quizás estarían en un cuaderno de su escritorio de caoba sus cartas descoloridas y las hojas desprendidas de sus diarios, donde hay anotados cumpleaños, excursiones de verano, cumpleaños... O quizá, es posible que exista en el fondo de la alcoba, en la cómoda panzuda, un cajón donde se conserven sus vestidos primaverales; vestidos blancos, que se ponían por primera vez en Pascuas, vestidos de tul apropiados más bien

para el verano, que sin embargo, aún no se esperaba. Dichosa suerte la del que está sentado en la habitación silenciosa de una casa familiar, rodeado de objetos tranquilos y sedentarios, escuchando a los abejarucos que se ensayan en el jardín de un verde luminoso, y el reloj del pueblo a los lejos. Estar sentado y mirar un cálido reguero de sol de la tarde, y saber muchas cosas entre las jóvenes del pasado y ser un poeta. Y pensar que yo podría haber llegado a ser un poeta así, si hubiese podido habitar en algún sitio, en algún sitio de este mundo, en una de esas casas de campo cerradas, de las que nadie se ocupa.

Sólo hubiese necesitado una habitación (el cuarto claro debajo del remate). Hubiese vivido con mis cosas antiguas, retratos de familia, libros y habría tenido una butaca, flores y perros, y un bastón fuerte para los caminos pedregosos. Y nada más. Nada más que un libro, encuadernado con un cuero amarillento, marfileño, con un viejo papel florido en las guardas. Habría escrito mucho, pues habría tenido muchos pensamientos y recuerdos de muchas gentes.

Pero la vida lo ha dispuesto de otro modo, Dios sabe por qué. Mis muebles viejos se pudren en una granja donde me

han permitido colocarlos, y yo mismo, sí, Dios mío, carezco de techo que me abrigue, y me llueve en los ojos.

A veces, paso delante de pequeñas tiendas: en la rué de Seine, por ejemplo. Son anticuarios librereros de viejo o vendedores de aguafuertes, con escaparates demasiado llenos. No entra nadie en su tienda, ni parece que hagan negocio. Si se les mira, se les ve sentados, siempre sentados, leyendo y despreocupados. No piensan en el mañana ni se inquietan por el éxito. Tienen un perro sentado ante ellos, que se agita de buen humor o un gato que agranda el silencio escurriéndose a lo

largo de las hileras de libros, como si borrarse con el lomo los nombres de las encuadernaciones.

¡Ah!, si esto bastase: a veces quisiera comprarme una de esas vitrinas llenas de cosas, y sentarme allí detrás con un perro, durante veinte años.

Es bueno decirse en voz alta: «No ha sucedido». ¿Sirve de algo?

Que mi estufa se haya puesto a echar humo de nuevo y que haya tenido que salir, eso no es, en realidad, una desgracia. Que me sienta cansado y aterido no tiene ninguna importancia. Y si he corrido todo el día por las calles,

es porque he querido. Podría haber descansado en una sala del Louvre. Pero no, creo que no. Algunas personas van allí a calentarse. Se sientan en las banquetas de terciopelo y, en las salidas del calor, colocan sus pies, uno contra otro, como grandes botas vacías. Son hombres modestos, que agradecen a los guardianes de uniformes oscuros, constelados de condecoraciones, el que los toleren. Pero si entro, gesticulan. Gesticulan y cabecean. Después, si voy y vengo ante los cuadros, no me pierden de vista y me siguen obstinadamente con mirada turbia. He hecho bien en no ir al Louvre. He andado sin descanso. Sabe

el cielo en cuántas ciudades, barrios, cementerios, puentes y pasadizos. No sé dónde, he encontrado un hombre que empujaba un carrito de verduras. Gritaba: *Chou-fleur, chou-fleur*, la *fleur* con una «eu» extrañamente confusa. A su lado iba una mujer fea y angulosa que, de vez en cuando, le empujaba. Y cuando le empujaba, gritaba él. También a veces gritaba él de por sí, pero entonces su grito había sido inútil, y en seguida necesitaba gritar de nuevo, porque pasaban ante la casa de un cliente. ¿He dicho que este hombre era ciego? ¿No? Pues bien, era ciego. Era ciego y gritaba. Al decir esto lo falseo,

escamoteo el carrito que empujaba; finjo no haberme dado cuenta de que voceaba coliflores. Pero ¿es esencial? Y aunque fuese esencial, ¿no importa más saber lo que he visto yo? He visto un hombre viejo que era ciego y que gritaba Eso es lo que he visto. Visto.

¿Podría creerse que hay semejantes casas? No. no digan que yo lo falseo. Pero esta vez, es la verdad. No escamoteo nada; naturalmente tampoco añadido nada. ¿De dónde lo sacaría? Ya se sabe que soy pobre. Se sabe. ¿Casas? Pero, para ser más exacto, eran casas que ya no estaban allí. Casas que habían demolido de arriba abajo. Lo que había,

eran las otras casas, las que se habían apoyado contra las mismas, las casas medianeras. Ostensiblemente corrían el riesgo de derrumbarse desde que se había quitado lo que las sostenía; pues todo un andamiaje de largas vigas alquitranadas estaba apuntalado entre el suelo lleno de cascotes y la pared descarnada. No sé si he dicho ya que es de esta pared de la que hablo. No era propiamente la primera pared de las casas subsistentes (como podría suponerse), sino la última de las que ya no estaban. Se veía su cara interna. Se veían, en los diversos pisos, las paredes de habitaciones en las que los papeles

estaban pegados todavía; y aquí y allá, la unión del suelo o del techo. Cerca de los muros de las habitaciones, a lo largo de toda la pared, subsistía aún un espacio blanco, sucio, por donde se insinuaba, en espirales vermiculares que parecían servir para alguna digestión repugnante, el conducto descubierto y herrumbroso de la bajada de los retretes. Los tubos de gas habían dejado en el borde de los techos surcos grises y polvorientos, que se reflejaban aquí y allá, bruscamente y se hundían en negros agujeros. Pero lo más inolvidable, eran los muros mismos. La vida tenaz de este cuarto no había podido ser

completamente triturada. Allí estaba todavía; se agarraba a los clavos que habían olvidado quitar: se apoyaba en un estrecho trozo de piso; se había acurrucado en los rincones donde quedaba aún un poquito de intimidad. Se la percibía en los colores, que lentamente, año por año, había transformado: el azul en verde mohoso, el verde en gris, y el amarillo en un blanco fatigado y rancio. Pero también se la encontraba en los sitios, que habían permanecido más nuevos, detrás de los espejos, los cuadros y los armarios; pues ella había trazado sus contornos y había dejado sus telas de araña y el

polvo mismo en esos reductos, descubiertos ahora. Se la encontraba también en cada desollón, en las ampollas que la humedad había hinchado, en la parte baja de los papeles pintados; temblaba en los jirones flotantes y transpiraba en horribles manchas que existían desde siempre. Y, de estos muros, antes azules, verdes o amarillos, encuadrados por los relieves de los tabiques transversales derribados, emanaba el hálito de esta vida, un hálito aferrado, perezoso y espeso, que ningún viento había aún disipado. Allí se demoraban los soles del mediodía, las emanaciones, las

enfermedades, añejos vapores, el sudor que se filtra bajo los brazos y pone pesados los vestidos. Allí estaban el aliento desabrido de las bocas, el olor aceitoso de los pies, la acritud de los orines, el hollín que se quema, los vahos grises de las patatas y la infección de grasas rancias. Allí estaba el dulzón y largo olor de los niños de pecho descuidados, la angustia de los escolares, y el trasudor de las camas de los muchachos púberes. Y todo lo que subía en bocanada del abismo de la calle, todo lo que se infiltraba por el techo con la lluvia, que no cae nunca pura sobre las ciudades. Y además,

había allí también muchas cosas, que los vientos domésticos, esos soplos débiles y amansados que no salen de su calle, habían traído, y también muchas cosas cuyo origen no se sabía. He dicho —¿no es cierto?— que habían demolido todos los muros excepto este último. De éste es del que estoy hablando. Van a pensar que estuve mucho tiempo ante él; pero juro que eché a correr en cuanto lo conocí. Pues lo terrible es que lo reconocí. Todo lo que aquí está lo reconozco bien, y por eso entra en mí en seguida: como en su casa.

Después de este esfuerzo me sentí algo agotado, incluso diría afectado, y

en verdad que era demasiado para mí el que aún me aguardase él. Esperaba en la pequeña *crémèrie*, donde yo quería comer dos huevos al plato; estaba hambriento; había estado todo el día sin comer. Pero ahora tampoco podía tomar nada; entretanto estuviesen preparados los huevos, me sentí de nuevo empujado a las calles que fluían hacia mí espesas de gente. Pues era carnaval y atardecía, y las gentes que disponían de tiempo, flotaban y se rozaban unas con otras. Y sus rostros estaban llenos de la luz de las barracas, y la risa rezumaba de sus bocas como de heridas purulentas. Reían más cada vez y se aglomeraban tanto

más cuanto más impacientemente intentaba yo avanzar. Enganché, no sé cómo, el chal de una mujer a la que arrastré; las gentes me detuvieron riendo; y sentí que debería yo también haber reído; pero no pude. Alguien me lanzó a los ojos un puñado de confetti, que me quemó como un latigazo. En las encrucijadas, las gentes estaban metidas a cuña, incrustadas unas en otras. No había avance posible, nada más que un blando y silencioso movimiento de vaivén entre ellas, como si se acoplasen de pie. Pero aunque estaban estacionadas, mientras que sobre la acera, a través de un desgarrón de la

muchedumbre, yo corría como un loco, eran ellas sin embargo las que se movían, y yo el que me quedaba en mi sitio. Pues nada cambió; cuando levanté la cabeza, continué viendo a un lado las mismas casas, y al otro, las barracas. Quizá también estaba todo fijo, y no había en mí, como en ellos, más que un vértigo, que parecía hacer girar todo. Pero yo no tenía tiempo para reflexionar; estaba pesado de sudor, y un dolor que me ensordecía circulaba en mí, como si mi sangre arrastrase no sé qué demasiado grande, que al pasar distendiese mis venas. Y al mismo tiempo sentía que el aire estaba agotado

desde hacía mucho tiempo, que no quedaban más que emanaciones viciadas, que mis pulmones rechazaban.

Pero ya se acabó: he superado todo. Estoy en mi habitación, sentado cerca de la lámpara: hace un poco de frío, pues no me atrevo a poner a prueba la estufa: ¿Qué haría yo si comenzase otra vez a echar humo, y me lanzase a la calle? Estoy sentado y pienso: Si yo no fuese pobre, alquilaría otra habitación con muebles menos gastados, menos usados por los inquilinos precedentes. Antes, me resultaba verdaderamente penoso apoyar mi cabeza en esta butaca. Ahí, en su funda verde, tiene una ondulación de

un gris grasiento, que parece adaptarse a todas las cabezas. Durante algún tiempo, he tomado la precaución de poner, bajo mis cabellos, un pañuelo; pero ahora estoy demasiado cansado para ello, y además ese pequeño hoyo parece hecho a la medida de mi nuca. Pero si no fuese pobre empezaría por comprarme una buena estufa, y me calentaría con la fuerte y pura leña de montaña, en lugar de estas detestables *têtes-de-moineau* cuyas emanaciones me ponen la respiración tan irregular y la cabeza tan confusa. Y además necesitaría alguien que arreglase sin ruido y vigilase el fuego como yo deseo. Pues a menudo,

cuando tengo que quedarme un cuarto de hora atizando, arrodillado cerca de las brasas, cuyo cercano resplandor me quema los ojos y me tuesta la piel de la frente, abandono de un golpe todo lo que tenía en reserva de fuerza para el día, y cuando después desciendo entre las gentes, dan cuenta de mí fácilmente. A veces, cuando hay gente, tomaría un coche y pasaría al lado de los peatones, comería siempre en un Duval... y no me arrastraría más hasta las Crémeries... ¿Le habría encontrado también en Duval? ¡No! No le habrían permitido esperarme. Allí no dejan entrar a los moribundos. ¿Moribundos? Ahora que

estoy al abrigo de mi habitación, voy a tratar de reflexionar tranquilamente en lo que me ha sucedido. Está bien no dejar nada en lo incierto. Así pues entré, y primero vi que alguien ocupaba la mesa en la que suelo sentarme. Saludé hacia el mostrador, encargué mi comida y me senté allí, muy cerca. Fue entonces cuando de improviso le sentí, aunque no se movió. Precisamente lo que sentí fue su inmovilidad, y comprendí de pronto. Una corriente se había establecido entre nosotros, y conocí que estaba tieso de terror. Comprendí que el terror le había paralizado, terror de algo que pasaba en él mismo. Quizá un vaso se rompía en

él; quizá un veneno temido durante mucho tiempo, penetraba en ese preciso instante en el ventrículo de su corazón; quizá un gran absceso se levantaba y se abría en su cerebro, como un sol que le cambiase el aspecto del mundo. Con un indescriptible esfuerzo, me obligué a mirar hacia su lado: pues todavía esperaba que todo esto fuese imaginario. Pero, por fin, me sobresalté y me precipité fuera, pues no estaba equivocado. Estaba sentado allí, envuelto en un abrigo de invierno negro y grueso, y su rostro gris, convulso, se hundía en una bufanda de lana. Su boca estaba cerrada, como si un peso súbito

reposase sobre ella, pero no era posible decir si sus ojos veían todavía; gafas empañadas y grises de humo los ocultaban y temblaban un poco. Las aletas de su nariz estaban dilatadas y su larga cabellera se marchitaba en sus sienes devastadas, como por un calor demasiado grande. Sus orejas eran largas, amarillas, y hacían mucha sombra detrás de ella. Sí sabía que en ese momento se alejaba de todo; no sólo de los hombres. Todavía un instante y todo había perdido su sentido, y esta taza y esta silla a la que se agarraba, todo lo cotidiano y próximo, se había hecho ininteligible, extraño y pesado.

Así, él estaba allí sentado y esperaba que ello se consumara. Y no se defendía ya.

Y yo aún me defiendo. Me defiendo, aunque sé bien que mi corazón lo tengo ya desprendido y que si ahora mis verdugos me dejasen, no podría ni siquiera vivir ya. Me digo: no ha sucedido nada y sin embargo no he podido comprender a este hombre, porque también en mí sucede algo que comienza a alejarme y a separarme de todo. Qué horrible me pareció siempre oír decir de un moribundo: no reconoce ya a nadie. Entonces me represento un rostro solitario, que se levanta de las

almohadas, que busca algo conocido, algo ya visto, y no encuentra nada. Si no fuese tan grande mi angustia, me consolaría persuadiéndome de que no es imposible ver todo de un modo diferente y, no obstante, vivir. Pero yo me temía, yo me temía indeciblemente ante este cambio. Incluso, no estoy todavía familiarizado con este mundo, que me parece bueno. ¿Qué haría en otro? ¡Me gustaría tanto permanecer entre los significados que me son queridos! Y si, no obstante, debe cambiarse algo, querría por lo menos poder vivir entre los perros, cuyo mundo es pariente del nuestro.

Durante algún tiempo todavía, voy a poder escribir todo esto y testimoniarlo. Pero llegará el día en que mi mano estará distante, y cuando le ordene escribir, trazará palabras que yo no piense. Va a llegar el tiempo de la otra explicación, en el que las palabras se desatarán, en el que cada significado se deshará como una nube y caerá como agua. A pesar de mi miedo soy, sin embargo, semejante a alguien que se mantiene ante las grandes cosas, y recuerdo que antes sentía en mí destellos semejantes cuando iba a escribir. Pero esta vez estaré escrito. Soy la impresión que va a transformarse. ¡Oh!, con un

poco más podría comprender todo, y aprobar todo. Un paso solamente, y mi profunda miseria se transformaría en felicidad. Pero ese paso, no puedo darlo; he caído y no puedo ya levantarme, porque estoy roto. Hasta ahora, he creído que podría ver venir un socorro. He aquí ante mí, de mi propia letra, lo que he rogado, noche tras noche. He transcrito esto de los libros donde lo he encontrado, para que fuese más próximo, para que fuese salido de mi mano, como brotado de mí mismo. Y ahora quiero copiarlo una vez más, aquí, ante mi mesa, de rodillas; quiero escribirlo, porque así lo tengo en mí más

tiempo que leyéndolo, y cada palabra toma duración y tiene tiempo de resonar.

Mécontent de tous et mécontent de moi, je voudrais bien me racheter et m'enorgueillir un peu dans le silence et la solitude de la nuit. Ames de ceux que j'ai aimés, âmes de ceux que j'ai chantés, fortifiez-moi, soutenez-moi, éloignez de moi le mensonge et les vapeurs corruptrices du monde; et vous, Seigneur mon Dieu! accordez-moi la grâce de produire quelques beaux vers qui me prouvent à moi-même

*que je ne suis pas inférieur à
ceux que je méprise.*

Eran gentes de la nada,
gentes miserables, lo más bajo
en la tierra. Soy para ellos un
objeto de burla y el tema de su
canción...

... han abierto un sendero en
mí, y para aumentar mi aflicción
no tienen necesidad de socorro
de nadie...

... Ahora mi alma se funde
en mí, y me ha atrapado la época
miserable.

Durante la noche mi

osamenta es taladrada por todas partes y los que me persiguen no me dejan dormir.

El golpe de la energía me reviste de un modo cada vez distinto y me ciñe como con la abertura de mi túnica...

Mis entrañas hierven y no cesan me ha atacado la época miserable.

Mi arpa no es más que una queja, y el sonido de mi flauta, un sollozo.

El médico no me ha comprendido. No ha comprendido nada. Sin duda era

difícil de explicar. Decidieron que era necesario tratar de electrizarme. Bien. Me entregaron una ficha: tenía que estar a la una en la Salpêtrière. Fui. Tuve que pasar primero delante de una larga fila de barracas y atravesar varios patios en los que gentes cuyos gorros blancos les asemejaban a forzados estaban paradas bajo los árboles vacíos. Por fin, penetré en una larga habitación sombría, con apariencia de pasillo, que recibía toda la luz de un lado, por cuatro ventanas de vidrio doble y verdoso, cada una de las cuales estaba separada de la otra por un lienzo de pared ancho y negro. Un banco de madera se extendía a lo largo, y

sobre este banco ellos estaban sentados, ellos, todos los que me conocían y esperaban. Sí, todos ellos estaban allí. Cuando me acostumbré a la media luz de la habitación me di cuenta, no obstante, de que había también en esta interminable fila de gentes sentadas otras personas, gentes humildes, artesanos, sirvientes y conductores de camiones. En el lado estrecho del pasillo, en sillas especiales, dos mujeres gruesas estaban recostadas y conversaban: dos *concierges*, probablemente. Miré la hora; era la una menos cinco. En cinco, digamos en diez minutos, me llegaría la vez, no era tan

terrible. El aire era malo, pesado, lleno de vestidos y de alientos. En cierta dirección, la frescura fuerte y creciente del éter penetraba por la hendidura de una puerta. Empecé a ir y venir. Pensé de pronto que me habían enviado aquí, entre esta gente, a este consultorio público, superpoblado. Esto me confirmó, por primera vez oficialmente, que *yo* formaba parte de estos desperdicios. ¿Lo había leído el médico en mi rostro? Sin embargo, yo le había visitado con un traje bastante decente, y hasta le hice pasar mi tarjeta. Y a pesar de todo... Sin duda lo había sabido en algún sitio, o quizá yo misma me había

traicionado. En fin, aunque era un hecho consumado, no me encontraba en resumen, del todo mal. Todo el mundo estaba allí sentado, muy formales, y no se ocupaban de mí. Algunos sentían dolores y movían un poco una pierna, para soportarlos mejor. Algunos hombres habían apoyado su cabeza en la palma de sus manos, otros dormían profundamente, con rostros pesados, como hundidos en el derrumbamiento del sueño. Un hombre grueso, con el cuello rojo e hinchado, estaba inclinado hacia adelante, miraba al suelo fijamente, y dejaba caer de vez en cuando, en un punto que le parecía sin

duda convenir especialmente para este ejercicio, un salivazo que chasqueaba, en el parquet. Un niño sollozaba en un rincón había atraído hacia sí, en el banco, sus largas piernas flacas, y las tenía ahora abrazadas, estrechamente apretadas contra él, como si hubiesen querido separárselas. Una mujercilla pálida con un sombrero de crespón adornado con flores redondas y negras, colocado de través sobre los cabellos, tenía la mueca de una sonrisa en sus labios miserables, pero sus párpados heridos fluían sin cesar. Había sentada, no lejos de ella, una niña, de rostro redondo y liso, cuyos ojos inexpresivos

salían de las órbitas; su boca estaba abierta de modo que se veían las encías blancas, salivosas, con los viejos dientes atrofiados. Y había muchos vendajes. Vendajes que rodeaban con sus tiras, capa por capa, toda una cabeza, hasta no dejar ver más que un ojo que ya no pertenecía a nadie. Vendajes que disimulaban, y vendajes que dejaban ver lo que estaba debajo. Vendajes que habían abierto y donde estaba extendida ahora, como en una cama sucia, una mano que ya no era mano y una pierna fajada que salía de la fila, grande como un hombre entero. Yo iba y venía y me esforzaba por estar

tranquilo. Me ocupaba mucho del muro de enfrente. Noté que servía de marco a un cierto número de puertas de un batiente y que no alcanzaba el techo, de modo que este pasillo no estaba por completo separado de las piezas que debían encontrarse al lado. Miré después mi reloj: había recorrido la sala de espera durante una hora. Unos instantes después vinieron los médicos. Primero algunos jóvenes que pasaron con rostros indiferentes; por fin el que yo había visitado, con guantes claros, con sombrero de ocho reflejos y con abrigo impecable. Cuando me vio, levantó un poco su sombrero y sonrió

distraídamente. Entonces tuve la esperanza de ser llamado en seguida, pero aún pasó una hora. Ya no recuerdo cómo la pasé. Vino después un hombre viejo, ceñido con un delantal manchado, una especie de enfermero que me tocó en el hombro. Entré en una de las habitaciones vecinas. El médico y los jóvenes estaban sentados alrededor de la mesa y me miraban. Me dieron una silla. Está bien. Ahora tenía que contar mi caso. Lo más brevemente posible, *sil vous plait*. Pues estos señores no disponen de mucho tiempo. Me encontraba singularmente a disgusto. Los jóvenes estaban sentados y me miraban

con ese aire de superioridad y esa curiosidad profesional que habían aprendido. El médico que yo conocía acariciaba su barbita negra y sonreía distraídamente. Pensé que iba a deshacerme en lágrimas, pero me escuché contestar en francés: «Señor, he tenido ya el honor de darle todos los informes que puedo dar. Si usted juzga indispensable que estos señores sean puestos al corriente, sabrá seguramente hacerlo en pocas palabras, pues a mí me sería infinitamente penoso». El médico se levantó con una cortés sonrisa, se dirigió hacia la ventana con los ayudantes y pronunció algunas palabras

que acompañó con un movimiento de la mano vertical y oscilante. Al cabo de tres minutos uno de los jóvenes, miope y negligente, vino a mi mesa y preguntó tratando de mirarme con aire severo:

—¿Duerme usted bien, señor?

—No, mal.

Después de esto se precipitó de nuevo hacia el grupo de la ventana. Discutieron aún durante un momento; después el médico se volvió hacia mí y me dijo que me llamaría. Le hice observar que me habían citado para la una. Sonrió e hizo algunos movimientos rápidos y saltarines con sus pequeñas

manos blancas que querían sin duda decir que estaba muy ocupado. Volví, pues, a mi pasillo donde el aire se había hecho mucho más pesado y comencé de nuevo a ir y venir, aunque me sentía mortalmente fatigado. El olor húmedo y confinado terminó por producirme vértigo, me detuve a la puerta de entrada y la entreabrí. Vi que afuera duraba todavía la tarde y que hacía sol esto me reanimó de modo indecible. Pero apenas llevaba allí un minuto cuando oí que me interpelaban. Una mujer sentada a dos pasos de mí, cerca de una mesita, me dirigió la palabra con voz silbante: «¿Quién me había dicho que abriese la

puerta?»), me preguntó. Contesté que no podía soportar la atmósfera de la sala. Ésa era cuestión mía, pero la puerta debía permanecer cerrada. ¿No era posible, pues, abrir una ventana? No, estaba prohibido. Resolví comenzar de nuevo a ir y venir, porque era una manera de aturdirme y esto no podía molestar a nadie. Pero esto también molestaba ahora a la mujer sentada cerca de la mesita: ¿No tenía sitio? No, no tenía. Pero se encontraría uno fácilmente. La mujer tenía razón. En efecto, se encontró en seguida uno al lado de la niña de ojos desorbitados. Ahora estaba sentado, con la sensación

de que este estado debía ciertamente preparar a cosas terribles. A mi izquierda estaba la niña de encías podridas hasta después de un instante no pude distinguir quién estaba a mi derecha. Era una masa enorme incapaz de moverse, que tenía un rostro y una mano grande, pesada e inmóvil. El lado de su rostro que yo veía estaba vacío, sin rasgos ni recuerdos, y se sentía inquietud viendo que las ropas eran semejantes a las de un cadáver al que se hubiese vestido para colocarle en el ataúd. La estrecha corbata negra estaba anudada del mismo modo suelto, impersonal, alrededor del cuello, y se

veía que la chaqueta había sido puesta por otro cualquiera a este cuerpo sin voluntad. Se había colocado la mano sobre ese pantalón justamente en el sitio en que estaba, y hasta los cabellos estaban peinados como por cuidadores de cadáveres, ordenados con rigidez, como el pelo de un animal disecado. Observaba todo esto con atención y pensé que allí estaba el sitio destinado para mí, pues creía haber llegado por fin al lugar de mi vida donde podía quedarme. Sí, el destino sigue caminos muy singulares.

De pronto se elevaron no lejos de mí gritos horrorizados —como de alguien

que se defiende— de un niño, a los que siguió un sollozo ligero y sostenido. Mientras me esforzaba en adivinar de dónde podía haber venido ese ruido, un pequeño grito ahogado se perdió en un temblor y oí voces que preguntaban, una voz baja que ordenaba, y después una máquina indiferente empezó a ronronear sin ocuparse de nada más. Recordé entonces aquel medio tabique y comprendí que todos estos ruidos llegaban por encima de las puertas, y que ahora trabajaban. En efecto, de vez en cuando aparecía el enfermero del delantal manchado y hacía señas. No pensé que pudiese ser a mí. ¿Era a mí?

No. Dos hombres estaban allí, con un sillón de ruedas. Depositaron la masa y vi ahora que era un viejo paralítico que aún tenía otro lado, más pequeño, gastado por la vida, con un ojo abierto, turbio y triste. Le empujaron de la otra parte, y junto a mí se hizo un sitio ancho. Yo seguía, sin embargo, sentado, preguntándome qué es lo que tendrían intención de hacer con la niña idiota, y si gritaría. Allí detrás, las máquinas resonaban con un ruido de fábrica tan regular que ya no tenía nada de inquietante.

Pero súbitamente todo se calló y en silencio, una voz pretenciosa y vanidosa

que yo creí conocer dijo:

—*Riez!*

Pausa.

—*Riez. Mais riez, riez.*

Yo ya reía. Era inexplicable por qué ese hombre, al otro lado, no quería reírse. Una máquina zumbó, pero se calló en seguida. Se cambiaron palabras después la misma voz enérgica se elevó, ordenando:

—*Dites-nous le mot: avant.*

Deletreando: *a-v-a-n-t...* Silencio.
On n'entend rien. Encore une fois...

Y entonces, cuando oí balbucear tan blandamente, entonces, por primera vez desde hacía largos años, eso estaba allí de nuevo. Aquello que me había inspirado mi primer y profundo terror, cuando muy niño, estuve invadido de fiebre: *lo grande*. Sí, así lo había yo llamado siempre, cuando todos estaban de pie alrededor de mi cama y palpaban mi pulso y me preguntaban qué me había espantado: lo grande. Y cuando buscaron al doctor y vino, yo le pedí que hiciera únicamente que lo grande se fuese, esto y nada más Pero él era como los otros. No podía quitarlo, aunque yo fuese entonces tan pequeño y hubiera

sido fácil ayudarme. Y ahora estaba de nuevo aquí. Después había desaparecido, no había vuelto ni en las noches de fiebre, pero ahora estaba aquí, aunque yo no tuviese fiebre. Estaba aquí. Aumentaba, brotando en mí como un tumor, como una segunda cabeza, como una parte de mí mismo, que, sin embargo, no podía pertenecerme puesto que era tan grande. Estaba allí como una gran bestia muerta que hubiese sido antes, cuando aún vivía, mi mano o mi brazo. Y mi sangre me recorría y la recorría como un solo y mismo cuerpo. Y mi corazón tenía que latir más fuerte para lanzar la sangre hasta ella; casi no

había bastante sangre. Y la sangre le penetraba difícilmente y volvía enferma y mala. Pero ello se inflaba y crecía ante mi rostro como una joroba, caliente y azulada, rebasaba mi boca, y mi último ojo desaparecía ya en la sombra de un borde.

No puedo recordar cuántos patios atravesé al salir. Era de noche y me extravié en ese barrio desconocido; seguí *boulevards* con muros sin fin en una dirección, y cuando decididamente no había final, volví en dirección opuesta hasta una plaza, no importa cuál. Allí comencé a seguir una calle, y venían otras calles que yo no había visto

nunca, y otras más. De vez en cuando llegaban tranvías, muy de prisa y demasiado claros, pasaban y se alejaban con su timbre duro y golpeado. Pero los letreros llevaban nombres que yo no conocía. No sabía en qué ciudad me encontraba, si tenía aquí en algún sitio un alojamiento, ni lo que tenía que hacer para no andar siempre.

Y ahora todavía esta enfermedad, cuyo alcance me ha sido siempre tan extraño. Estoy seguro de que no se aprecia su gravedad, igual que se exagera la importancia de otras enfermedades. Esta enfermedad no tiene particularidades determinadas, toma las particularidades

de aquellos a quienes ataca. Con una seguridad de sonámbula extrae en cada uno su peligro más profundo, que parece pasado, y le coloca de nuevo ante él, muy cerca, en la hora inminente. Hombres que, en la época de colegiales, habían probado ese vicio lleno de miseria, cuyos tristes confidentes son esas pobres y duras manos de muchachos, se sorprenden de nuevo tentados por él o bien es otra enfermedad antes superada, que comienza de nuevo; o bien una costumbre perdida que viene nuevamente, una especial manera vacilante de volver la cabeza, que les

era propia hacía años. Y con lo que vuelve, se eleva todo un tejido confuso de recuerdos perdidos que se enganchan, como algas mojadas a un objeto engullido por las aguas. Vidas de las que nunca se habría sabido nada, vienen a la superficie y se mezclan a lo que realmente ha sido, y rechazan un pasado que se creía conocer pues lo que sube así, está lleno de una fuerza reposada y nueva, pero lo que siempre estaba aquí, está cansado de haber sido evocado con demasiada frecuencia.

Estoy acostado en mi cama, en mi quinto piso, y mi día que nadie interrumpe es como un reloj sin

manillas. Igual que una cosa mucho tiempo perdida, se vuelve a encontrar una mañana en su sitio, cuidada y buena, casi más nueva que el día de la pérdida, como si hubiese estado confiada al cuidado de alguien, igualmente se encuentran dispersos sobre la colcha de mi cama cosas perdidas de mi infancia y que son como nuevas. Todos los miedos olvidados están aquí de nuevo.

El miedo de que un hilito de lana que sale del dobladillo de la colcha sea duro, duro y agudo como una aguja de acero el miedo de que este botón pequeño de mi camisa de noche sea más grande que mi cabeza, más grande y más

pesado el miedo de que esta miguita de pan sea de vidrio cuando toque el suelo y se quiebre, y la inquietud pesada de que al mismo tiempo se rompa todo, que se rompa todo para siempre; el miedo de que ese borde desgarrado de una carta abierta sea un objeto prohibido, un objeto indeciblemente precioso para el que ningún lugar de la habitación sea bastante seguro; el miedo de tragar, si me dormía, el trozo de carbón que está ahí ante la estufa; el miedo de que una cifra cualquiera pueda comenzar a crecer en mi cerebro hasta que no quede en mí sitio para ella; el miedo de que mi cama sea de granito, de granito gris; el

miedo de gritar y que acudan a mi puerta y que terminen derribándola; el miedo de traicionarme y de decir todo de lo que tengo miedo, y el miedo de no poder decir nada, porque todo es indecible, y los otros miedos..., los miedos.

He rezado para volver a encontrar mi infancia, y ha vuelto, y siento que aún está dura como antes, y que no me ha servido de nada envejecer.

Mi fiebre iba mejor ayer y hoy comienza el día como una primavera, como una primavera en estampas. Quiero intentar salir; quiero ir a la Bibliothèque Nationale, con mi poeta al que no he

leído desde hace tanto tiempo, y quizá, al salir atravesaré lentamente los jardines. Quizá haga viento sobre el estanque grande que tiene agua tan verdadera, y vendrán niños que soltarán sus barcos de velas rojas y los mirarán.

Verdaderamente hoy, yo no esperaba esto; he salido con tanto ánimo como si fuera lo más natural y simple del mundo. Y sin embargo, un acontecimiento surgió de nuevo que me agarró como a un papel, que me arrugó y me tiró; sobrevino un acontecimiento inaudito.

El *boulevard* Saint-Michel estaba vacío y amplio, y se andaba fácilmente

por su suave pendiente. Muy arriba se abrían los batientes de las ventanas, con un claro sonido de vidrio, y sus reflejos volaban como pájaros blancos por encima de la calle. Pasó un coche con ruedas de un rojo vivo, y, más abajo, alguien llevaba un objeto de verde luminoso. Caballos trotaban con sus arneses relucientes sobre la pista sombría y frescamente regada de la calle. El viento estaba agitado, dulce, tierno, y todo subía: olores, gritos, campanas.

Pasé ante uno de esos cafés en los que falsos zíngaros rojos tocan habitualmente, durante la noche. Por las

ventanas abiertas se escapaba con la conciencia mala el aire de la noche pasada. Los camareros, con el cabello liso, estaban ocupados en barrer delante de la puerta. Uno, inclinado, tiraba a puñados una arena amarillenta debajo de las mesas, cuando otro que pasó le rozó, y con el gesto le indicó hacia abajo de la calle. El mozo, que tenía la cara roja, miró un instante fijamente en esa dirección, después una risa se extendió por su mejillas imberbes como si hubiese sido derramada en ella. Hizo señas a los otros mozos, y riéndose, volvió la cabeza de derecha a izquierda, varias veces con rapidez para llamar a

todos, sin perder él nada del espectáculo. Ahora todos estaban de pie y miraban esa cosa risible, unos buscando, otros sonriendo, otros molestos por no haber divisado aún nada.

Sentí que comenzaba en mí un poco de miedo. No sé qué me empujó al otro lado de la calle; después me puse a andar más de prisa y recorrí inconscientemente con la vista a las escasas personas que me precedían, en las que, sin embargo, no noté ninguna particularidad. No obstante, vi que una de ellas, un mozo de almacén con delantal azul que llevaba a la espalda un

cesto vacío, seguía a alguien con los ojos. Cuando hubo visto bastante, se volvió hacia el lado de las casas y, guiñando el ojo a un empleado que reventaba de risa, hizo delante de su frente ese movimiento circular de la mano cuyo sentido es laminar a todo el mundo. Después sus ojos negros relampaguearon y con aire satisfecho vino a mi encuentro, contoneándose un poco.

Esperaba ver, en cuanto mi vista se extendió por un espacio más profundo, no sé que figura extraordinaria y sorprendente, pero solamente iba delante de mi un hombre alto,

descarnado, con un abrigo oscuro, y un sombrero blando y negro colocado sobre cabellos cortos de un rubio apagado. Me aseguré de que no había nada de risible ni en el traje ni en el aspecto de este hombre y ya me aprestaba a mirar delante de él en la parte baja del *boulevard*, cuando tropezó no sé en qué. Como yo le seguía de cerca, llevé cuidado cuando me acerqué al lugar, pero no había nada, absolutamente nada. Continuamos los dos, él y yo; la distancia entre nosotros seguía siendo la misma. Después hubo una encrucijada: sucedió entonces que el hombre descendió los escalones de la

acera brincando con pies desiguales, sobre poco más o menos como los niños danzan o saltan por juego a veces al andar. Subió a la otra acera, de un solo paso. Pero apenas se encontró allí, plegó un poco una pierna y brincó sobre la otra, una vez y otra, y otra. Ahora, en efecto, se podía muy bien tomar este brusco movimiento por una especie de voltereta si uno se persuadía de que había allí un objeto pequeño cualquiera, un hueso o la cáscara escurridiza de una fruta, cualquier cosa; y lo extraño era que el hombre mismo parecía creer en la existencia de un obstáculo, pues se volvía cada vez con esa mirada medio

contrariada, medio llena de reproche que se finge habitualmente en semejante circunstancia hacia el lugar importuno. Aún una vez, un presentimiento me llamó al otro lado de la calle, pero no obedecí y continué siguiendo a este hombre, toda mi atención puesta en sus piernas. Debo confesar que me sentí singularmente aliviado, pues durante una veintena de pasos los saltitos no reaparecieron; pero cuando levanté los ojos, noté que al hombre le había sucedido otro contratiempo. El cuello de su abrigo se había subido, y tenía que esforzarse, bien con una mano, bien con las dos a la vez, en plegarle, sin

conseguirlo. Eso son cosas que suceden. Eso no me inquietaba. Pero, poco después, noté, con gran asombro mió, que habla en las manos agitadas de este hombre dos movimientos: un movimiento escondido y rápido que subía de nuevo el cuello, y este otro movimiento detallado, prolongado y como deletreado con lentitud y una precisión exageradas, que debía bajarlo. Tal observación me turbó tanto que pasaron dos minutos antes de darme cuenta de que en la nuca del hombre había, detrás de su abrigo subido y sus manos agitadas de sacudidas nerviosas, el mismo saltar terrible en dos tiempos

que acababan de dejar sus piernas. A partir de este instante estaba unido a él. Comprendí que este brincar erraba por su cuerpo e intentaba escapar por cualquier lado. Comprendí el miedo que el hombre tenía de la gente, y empecé a observar yo mismo con precaución si los transeúntes se daban cuenta de algo. Un frío súbito me taladró la espalda cuando sus piernas hicieron de pronto un saltito convulsivo; pero nadie le había visto, y me propuse tropezar yo también ligeramente si alguien se daba cuenta. En efecto, era un medio de hacer creer a los curiosos que había habido allí un obstáculo pequeño, imperceptible, sobre

el que, por casualidad, habíamos pasado los dos. Pero mientras que yo me preguntaba cómo vendría en su ayuda, él mismo había encontrado un nuevo y excelente medio. Se me ha olvidado decir que llevaba un bastón; era un bastón vulgar, de madera oscura, con un puño curvo y sencillo. En su búsqueda ansiosa, le vino la idea de mantener este bastón contra su espalda, primero con sólo una mano (pues quién sabe para qué le sería aún necesaria la otra), derecho sobre la columna vertebral, de apoyarlo en el espinazo y de deslizar el extremo curvo de esta muleta bajo el cuello, de modo que se sintiese duro y como un

punto de apoyo detrás de la vértebra de la nuca y la primera vértebra de la espalda. Era una actitud que no podía extrañar, que a lo sumo podía parecer un poco extravagante; pero este día de inesperada primavera podía disculparlo. Nadie pensaba en volverse, y ahora todo iba bien. Todo iba a maravilla. Cierto que ya en la próxima calle transversal se escaparon otros dos saltitos, dos saltitos pequeños apenas reprimidos, sin importancia; y uno de estos saltos, el único que podía considerarse visible, había sido tan hábilmente realizado (precisamente había una manga de riego colocada a través de la calle), que no

había nada que temer. Sí, aún iba todo bien, de vez en cuando la segunda mano asía también el bastón, lo apretaba más fuerte, y en seguida quedaba evitado el peligro. Pero yo no podía hacer nada, y mi ansiedad aumentaba. Yo sabía que mientras él hiciese esfuerzos desesperados para aparecer indiferente y distraído, las terribles sacudidas se amontonarían en su cuerpo; en mí mismo estaba la angustia con la que él sentía crecer y crecer en sí esta fuerza espantosa, y le veía aferrarse a su bastón cuando empezaba a sentirse agitado en su interior. Entonces el aspecto de esas manos era tan riguroso y despiadado que

yo ponía toda mi esperanza en su voluntad, al parecer, muy grande. Pero ¿qué podía una voluntad? Llegaría el momento en que sus fuerzas se agotasen, no podía estar lejos. Y yo que andaba detrás de él, el corazón latiendo de prisa, reuní mis pocas fuerzas, como si fuese dinero, y al tiempo que miraba sus manos, le rogué que usase de las mías si las necesitaba.

Yo creo que me las tomó a préstamo; ¿qué podía hacer si no tenía otra cosa que ofrecerle?

En la place Saint-Michel había muchos vehículos y gentes que iban y

venían; estábamos a veces entre dos coches; entonces respiraba y se abandonaba un poco como para descansar, permitiéndose un saltito y un sacudimiento ligero. Quizá era ésta la añagaza por la que la enfermedad prisionera esperaba dominarle. La voluntad estaba rota por dos puntos y este abandono había dejado en los músculos atormentados una tentación suavemente insinuante y como la sujeción a este doble ritmo. Pero el bastón estaba aún en su sitio, y las manos parecían malas e irritadas. Así colocamos el pie sobre el puente y la cosa marchaba. Todavía marchaba. Pero

ahora su andar se hizo vacilante; tan pronto andaba dos pasos corriendo, como se detenía. Se detenía. La mano izquierda se separó suavemente del bastón, y subió con tanta lentitud que la sentí temblar en el aire; se echó un poco hacia atrás su sombrero, y se pasó la mano por la frente. Volvió un poco la cabeza y su mirada vagó por encima del cielo, las casas y el agua, sin comprender nada, y después cedió. El bastón había desaparecido, extendió los brazos como si hubiese querido volar, y aquello estalló de él, como una fuerza natural, le dobló hacia adelante, le tiró con violencia hacia atrás, le hizo

balancearse e inclinarse, y disparó su danza furiosa entre la muchedumbre. Pues ya muchas gentes estaban a su alrededor, y yo no le veía.

Hubiese podido continuar mi camino. Pero ¿para qué? Estaba vacío. Como un papel vacío, me arrastré a la deriva subiendo a lo largo de las casas del *boulevard*.

Trato de escribirte^[2], aunque verdaderamente no haya nada que decir después de una partida necesaria. Sin embargo lo intento, creo que debo hacerlo, porque he visto la santa en el Pantheon, la solitaria y santa mujer, y el

techo y la puerta, y, en el interior la lámpara con su modesto cerco de luz y fuera de la ciudad dormida, y el río, y las lejanías al claro de luna. La santa vela sobre la ciudad dormida. He llorado. He llorado, porque todo esto era tan inesperado. He llorado allí delante, y no podía más.

Estoy en París; los que se enteran se alegran, la mayoría me envidian. Tienen razón. Es una gran ciudad; grande y llena de extrañas tentaciones. Creo que no es posible expresarlo de otro modo. He sucumbido a esas tentaciones y han resultado ciertas transformaciones, sino de mi carácter, por lo menos de mi

concepción general de la vida, y en todo caso de mi vida misma. Bajo esas influencias se formó en mí una comprensión muy diferente de las cosas; existen ciertas diferencias que me separan de los hombres, más que todas mis experiencias anteriores. Un mundo transformado. Una vida nueva llena de significados nuevos. En este momento tengo un poco de pena porque todo es demasiado nuevo. Soy un debutante en mis propias condiciones de vida.

¿No podría ver una vez el mar?

Sí, pero figúrate, yo imaginaba que podrías venir. ¿Podrías tú haberme

dicho si hay un médico? Se me ha olvidado informarme. Por otra parte, ahora ya no le necesito.

¿Recuerdas el poema increíble de Baudelaire: «Une Charogne»? Quizá lo comprenda ahora. Exceptuada la última estrofa, estaba en lo cierto. ¿Qué debía hacer después de tal experiencia?... Le incumbía ver entre esas cosas terribles, entre esas cosas que parecen ser únicamente repugnantes lo que es, lo que sólo cuenta entre todo lo que es. Ni elección ni repulsa están permitidas. ¿Crees que Flaubert escribió por casualidad su *Saint Julien l'Hospitalier*? Me parece que ahí está el

punto decisivo: sobreponerse hasta acostarse al lado del leproso, hasta calentarle con el calor íntimo de noches de amor; eso no puede sino terminar bien.

Y no vayas a creer que sufro aquí decepciones; muy al contrario. Me asombro a veces de la facilidad con que abandono todo lo esperado a cambio de lo real, incluso cuando es malo.

Dios mío, ¿si fuese posible compartirlo con alguien! Pero ¿sería entonces, sería aún? No, pues no es más que al precio de la soledad.

La existencia de lo terrible en cada

partícula de aire. Lo respiras con su transparencia; y se condensa en ti, se endurece, toma formas puntiagudas y geométricas entre tus órganos; pues todos los tormentos y todas las torturas llevadas a cabo en las plazas de ejecución, en las cámaras de tortura, en los manicomios, en las salas de operaciones, bajo los arcos de los puentes en el otoño tardío: todo eso es una obstinada permanencia, todo subsiste y se aferra, celoso de cuanto existe, a su espantosa realidad. Los hombres querrían poder olvidar mucho; su sueño lima suavemente esos surcos del cerebro, pero los sueños lo rechazan

y vuelven a trazar el dibujo. Y se despiertan, anhelantes, y dejan fundirse en la oscuridad el resplandor de una luz, y beben como agua azucarada esta media luz apenas calmante. Pues ¿en qué arista se sostiene esta seguridad? El menor movimiento, y ya la mirada se hunde más allá de las cosas conocidas y amigas, y el contorno, consolador un instante antes, se precisa como un reborde de terror. Guárdate de la luz que cava todavía más el espacio; no te vuelvas para ver si alguna sombra se levanta, por casualidad, detrás de ti, como dueño tuyo. Más valía haber permanecido en la oscuridad, y tu

corazón ilimitado habría tratado de convertirse en el corazón pesado de todo lo indistinto. Pero vuelves en ti, te sientes acabar en tus manos, con un movimiento mal precisado, vuelves a trazar de vez en cuando el contorno de tu rostro. Y ya no hay casi espacio en ti; y te calmas casi con el pensamiento de que es imposible que algo demasiado grande pueda contenerse en esta estrechez; y que lo inaudito mismo deba llegar a ser interior y adaptarse a las circunstancias. Pero fuera, fuera todo es desmedido. Y cuando el nivel sube fuera, se eleva también en ti, no en los vasos que en parte están en poder tuyo, o

en la flema de tus órganos más impasibles; sino que crece en los vasos capilares, aspirados hacia arriba hasta los últimos conductos de tu existencia infinitamente ramificada. Allí sube, allí desborda de ti, más arriba que tu respiración, y, último recurso, te refugias como sobre el extremo de tu aliento. ¡Ah!, y ¿dónde después, dónde después? Tu corazón te arroja fuera de ti mismo, tu corazón te persigue y casi estás fuera de ti, y no puedes más. Como un escarabajo al que han pisado, fluyes fuera de ti mismo, y tu poco de dureza o de elasticidad no tiene ya sentido.

¡Oh noche sin objeto! ¡Oh ventana sorda

a lo de fuera, oh puertas cerradas con cuidado; prácticas procedentes de antiguos tiempos, transmitidas, justificadas, jamás comprendidas por completo! ¡Oh silencio en la jaula de la escalera, silencio en las habitaciones vecinas, silencio allá arriba, en el techo! ¡Oh madre: oh tú, única que te has enfrentado con todo este silencio cuando era niño! ¡Qué le tomas sobre ti, que dices: «No te asustes, soy yo»! ¡Qué tienes el valor, en plena noche, de ser el silencio para el que tiene miedo, para el que parece de miedo! Enciendes una luz y el ruido ya eres tú. La levantas y dices: «Soy yo, no te asustes». Y la

depositas lentamente, y no hay duda: eres tú, tú eres la luz alrededor de los objetos familiares e Íntimos que están allí, sin doble sentido, buenos, sencillos, ciertos. Y cuando algo se mueve en el muro o da un paso en el suelo: sonrías solamente, sonrías, sonrías, transparente sobre un fondo claro, el rostro angustiado que te sondea como si fueses parte del misterio, como si estuvieses en el secreto de cada sonido ahogado, de concierto y acuerdo con él. ¿Hay un poder que iguale al tuyo en el reino de la tierra? Mira, los reyes mismos están rígidos sobre su lecho y el narrador no consigue distraerlos. Sobre los senos

adorados de su preferida, el terror se insinúa en ellos y los hace temblorosos e impotentes. Pero tú, tú vienes y tienes la inmensidad detrás de ti y tú estás entera delante de ella; no como una cortina que podría levantarse por cualquier lado. ¡No! Como si la hubieses asido al llamamiento de aquél que tenía necesidad de ti. Como si hubieses sobrepasado en mucho todo lo que aún puede suceder y no estuvieses a la espalda más que tu carrera hacia él, el camino eterno, el vuelo de tu amor.

El *mouleur* delante de cuya tienda paso todos los días, ha colgado dos mascarillas ante su puerta. El rostro de

la joven ahogada que moldearon en la Morgue, porque era hermoso, porque sonreía, porque sonreía de manera tan engañadora, como si supiese. Y debajo, el otro rostro que sabe. Ese duro nudo de sentidos, tensos hasta romperse. Esta implacable condensación de una música que sin cesar quería escaparse. El rostro de aquél a quien un Dios cerró el oído para que no tuviera ningún sonido fuera de los suyos; para que no se descarriase por la turbación efímera de los ruidos. El que contenía su claridad y su duración; para que sólo los sentidos no aptos para atrapar el sonido conduzcan el mundo hacia él, sin ruido; un mundo

en suspenso, en expectativa, inacabado, anterior a la creación del sonido.

Obrero del mundo: así como todo lo que cae en lluvia sobre la tierra y las aguas y se deposita negligentemente, por casualidad, luego, imperceptible y gozoso de obedecer a su ley, sube y flota y forma el cielo, igualmente se eleva fuera de ti el recuerdo de nuestras caídas, y cubre el mundo con banda de música.

Tu música: ella hubiese podido estar alrededor del universo, no alrededor de nosotros. Te hubiese construido un órgano en la Tebaida; y un ángel te

habría conducido ante el instrumento solitario, entre las montañas del desierto donde reposan reyes, cortesanas y anacoretas. Y, bruscamente, habría emprendido el vuelo, por miedo de que no pudiese comenzar.

Y entonces tú te habrías extendido en ondas, fluvial, en el vacío, restituyendo al universo lo que sólo el universo puede soportar. A lo lejos, los beduinos habrían huido en sus caballos, supersticiosamente; pero los mercaderes se habrían arrojado al suelo, en los confines de tu música, como si fueses la tempestad. Y algunos leones, solamente, durante la noche, habrían merodeado,

muy lejos, a tu alrededor, asustados de sí mismos, bajo la amenaza de su sangre agitada.

Y ahora ¿quién te retirará de los oídos ansiosos? ¿Quién echará fuera de las salas de conciertos a esos venales, cuyo oído estéril se prostituye y no recibe jamás?, pues la semilla irradia, y ellos se mantienen debajo como ramera y juegan con ella; o bien, cae como la simiente de Onán mientras están tendidos en sus satisfacciones incompletas.

Pero si alguna vez, maestro, un canto de oído virgen se tendiese en tu sonido:

moriría de felicidad, o concebiría el infinito, y su cerebro fecundado estallaría por exceso de nacimiento.

Me doy cuenta exacta. Sé que hace falta valor. Pero supongamos un instante que alguien posee ese *courage de luxe* de seguirlos, para saber por fin y para siempre (pues, quien podría de nuevo olvidar y confundir esto) dónde terminan por encogerse, y lo que hacen del resto de la jornada, y dónde duermen durante la noche. Sobre todo, se trataría de comprobar esto: si duermen. Pero no bastaría con el valor. Pues no van y vienen como otras gentes a las que seguir sería un juego de niños. Están

aquí, y ya no están, puestos y quitados como soldados de plomo. Se les encuentra en lugares un poco perdidos, pero no escondidos. Los matorrales se borran, el camino se curva ligeramente alrededor de la hierba: aquí están, y tienen a su alrededor un ancho espacio transparente como si estuviesen bajo un fanal. Podrías tomarlos por paseantes pensativos, a estos hombres sin apariencia, de forma tan menuda y tan modesta bajo todos los aspectos. Pero te engañas. Mira la mano izquierda cómo se alarga hacia el bolsillo oblicuo del abrigo viejo; cómo encuentra y retira, cómo tiene en el aire el objeto pequeño,

con un gesto torpe y extraño.

Apenas un minuto, y ya dos o tres pájaros están allí, gorriones curiosos, que avanzan brincando. Y si el hombre consigue conformarse con su precisa concepción de la inmovilidad, no hay razón para que no se acerque más. Y por fin uno se lanza y revolotea un instante nerviosamente a la altura de esta mano en la que los dedos, sin pretensiones y con manifiesta renuncia, tienden Dios sabe qué brizna de pan dulzón y sobado. Y cuanto más numerosos son los hombres que —a distancia respetuosa, naturalmente— se congregan a su alrededor, menos parece tener con ellos

rasgos comunes. Está allí como un candelero que se consume y luce todavía con el resto de la mecha, y está muy caliente y no se ha movido nunca. Y cómo los atrae y cómo los encanta es lo que todos estos pajaritos ignorantes no sabrían naturalmente juzgar. Si no estuvieran los espectadores y si le hubiesen dejado esperar durante mucho tiempo, estoy seguro de que un ángel vendría de pronto y vencería su repugnancia y comería este viejo bocado de pan dulzón con esta mano desmedrada. Pero, como siempre, las gentes impiden que esto suceda. Hacen de modo que sólo vengan pájaros;

encuentran que es suficiente esto, y afirman que no esperan otra cosa. ¿Qué esperaría, pues, esta muñeca vieja, fatigada por las lluvias, plantada en tierra un poco al bies como las antiguas figuras de proa en los jardines de mi tierra? ¿Ha estado levantada también ella, en alguna parte, ante la vida, en el sitio donde el movimiento es más rápido? ¿Está así de ajada porque fue abigarrada antes? ¿Quieres preguntárselo?

No preguntes nada a las mujeres solas, cuando las veas dando de comer a los pájaros. Podrías incluso seguirlas; nada más fácil. Pues ellas no lo hacen

más que al pasar. Pero ¡déjalas en paz! Ellas no saben cómo ocurre esto: de pronto tienen mucho pan en su bolso, y una mano surgida de su mantilla estropeada tiende grandes trozos que están un poco masticados y húmedos. Les gusta pensar que su saliva viaja por el mundo, que los pajaritos vuelan con este sabor añejo, aunque naturalmente no tardan en olvidarlo.

Heme ante tus libros de testarudo tratando de imaginarlos, a la manera de esos extranjeros que no respetan tu unidad, de esos satisfechos que se han talado una parte en ti. Pues yo no conocía aún la gloria, esta demolición

pública de uno que llega a ser y en la cantera de la cual la muchedumbre hace irrupción desplazando las piedras.

Hombre joven de algún sitio, en quien sube algo que le hace vibrar, aprovéchate de que nadie te conoce. Y si te contradicen aquellos que te desdeñan, y si te abandonan por completo aquellos que frecuentabas, y si quieres extirparte a causa de tu querido pensamiento, ¿qué importa ese peligro visible que te concentra en ti mismo, comparado con la maligna hostilidad, más tarde, de la gloria que te hace inofensivo al divulgarlo?

No pidas a nadie que hable de ti ni siquiera con desdén. Y si pasa el tiempo y echas de ver que tu nombre circula entre los hombres, no hagas de ello más caso que de todo lo que encuentres en sus bocas. Piensa que se ha vuelto malo, y arrójalo. Toma otro cualquiera, para que Dios pueda llamarte en plena noche. Y guárdalo en secreto para todos.

¡Oh, tú, el más solitario, al margen de todos, que de prisa se han reunido contigo, sirviéndose de tu gloria! Ellos que tan recientemente aún estaban contra ti de arriba abajo, ahora te tratan como a su igual. Y llevan tus palabras consigo en las jaulas de su presunción y las

muestran en las plazas, y las excitan un poco, desde lo alto de su seguridad: todas tus fieras terribles.

Y solamente te leí cuando se escaparon y me atacaron en mi desierto los desesperados. Desesperado como tú mismo terminé siendo, tú, cuyo camino está trazado mal en todos los mapas. Como una hendidura, atraviesa el cielo esta hipérbole sin esperanza, que no se inclina más que una vez hacia nosotros y se aleja de nuevo aterrorizada. ¿Qué te importaba que una mujer se quedase o se fuese, que el vértigo se apoderase de uno y la locura de otro, que los muertos estuviesen vivos y que los vivos

pudiesen parecer muertos; qué te importaba todo esto? Todo esto era para ti tan natural; tú lo franqueabas, como se atraviesa un vestíbulo, sin detenerte. Pero te demorabas y te bajabas allí donde nuestro porvenir se fragua, se precipita y cambia de color: en el interior. En el subsuelo donde nadie había penetrado nunca, una puerta se ha abierto ante ti, y tú estabas cerca de las retortas, bajo los reflejos de la llama. Allí donde tú no llevabas nunca a nadie, desconfiado, allí es donde te sientas y disciernes las diferencias. Y allí es donde —porque la fuerza de tu sangre es revelar, y no formar ni decir— tomas

esta decisión inaudita de aumentar para ti solo ese hecho tan menudo (y que al principio no distinguías más que en el fondo de tus probetas), de tal manera que apareces ante millares de hombres, inmenso ante todos. Y tu teatro surgió. Tú no consentiste en esperar que esta vida, casi sin realidad en el espacio, condensada por el peso de los siglos en finas gotitas, fuese revelada por las otras artes, fuese hecha visible poco a poco a la minoría, y que poco a poco los que comulgaban en este conocimiento terminasen deseando verse reunidos, confirmando esos rumores augustos, en la parábola de la escena abierta bajo sus

ojos. No, tú no querías esperar tanto tiempo. Tú estabas allí, y esas cosas apenas mensurables: un sentimiento que sube de medio grado, el ángulo de refracción de una voluntad agravada con un peso apenas sensible, este ángulo que debías de leer tan de cerca, el ligero oscurecimientos de una gota de deseo y esta sombra de un cambio de color en un átomo de confianza, —esto, era necesario que tú lo establecieses y lo retuvieses; pues era en estos fenómenos donde estaba ahora la vida, nuestra vida, que se había deslizado en nosotros, que se había retirado hacia el interior, tan profundamente que no cabía sino hacer

suposiciones sobre ella.

Tal cómo eras, revelador, poeta trágico y sin época, debías de una sola vez trasponer esos movimientos capitales en los gestos más convincentes, en los objetos más presentes. Y tú comenzaste entonces este acto de violencia sin par: tu obra consagrada cada vez con mayor impaciencia, cada vez con mayor desesperación, a descubrir entre las cosas visibles los equivalentes de tus visiones interiores. Había allí un conejo, un granero, una sala en la que alguien iba y venía; había un rumor de vidrios en la habitación vecina, un incendio ante

las ventanas, había sol. Había una iglesia, y un valle rocoso que se asemejaba a una iglesia. Pero, esto no era suficiente; las torres terminaron entrando, y las montañas enteras; y las avalanchas que sepultan los paisajes colmaron la escena cargada de cosas tangibles, por amor a lo inaprensible. Y entonces sucedió que llegaste al final de los recursos. Los dos extremos que habías plegado hasta reunirse, rebotaron y se separaron. Tu fuerza demente se escapó del junco flexible, y fue como si tu obra no hubiese existido nunca.

Quién si no, comprendería que al final no hubieses querido dejar la

ventana, testarudo como lo has sido siempre. Querías ver los que pasaban; pues te había venido el pensamiento de que quizá un día se podría hacer alguna cosa de ellos, si se decidiera empezar.

Solamente entonces advertí que no se podía decir nada de una mujer; me di cuenta, cuando hablaban de ella, cómo la dejaban en blanco, cómo nombraban y describían las otras cosas, los alrededores, los lugares, (los objetos, hasta un cierto sitio donde todo se detenía, se detenía suavemente y por así decirlo prudentemente, en el contorno ligero que la envolvía y que no había sido nunca retocado. ¿Cómo era ella?,

pregunté entonces. «Rubia, como tú más o menos», dijeron, y, después enumeraban toda clase de detalles que conocían aún; pero en seguida su imagen se tornaba más imprecisa, y no podía representármela más. No la veía distintamente más que cuando mamá me contaba la historia que yo reclamaba siempre de nuevo.

... Y cada vez que ella llegaba a la escena del perro, tenía costumbre de cerrar los ojos y de sostener su rostro, todo cerrado, y, sin embargo, transparente por todas partes, con una especie de fervor entre sus dos manos cuyo frío tocaba sus sienes. «Yo lo he

visto, Malte —me conjuraba ella—, yo lo he visto». Durante sus últimos años fue cuando yo oí este relato de su boca: en el tiempo en que ella no quería ver a nadie y que tenía siempre consigo, incluso de viaje, el pequeño y fino tamiz de plata por el que filtraba todas sus bebidas. Alimentos sólidos, no tomaba ya nunca, salvo un poco de bizcocho o pan que desmigaba cuando estaba sola, y que comía brizna por brizna, como los niños hacen la miga. Entonces estaba toda ella dominada por el temor de las agujas. Para excusarse, decía a los otros: «Verdaderamente no soporto ya nada, pero no por esto os molestéis; me

encuentro muy bien». Sin embargo, sucedía que se volvía súbitamente hacia mí (que ya no era completamente un niño), y me decía con una sonrisa que era para ella un gran esfuerzo: «Cuántas agujas hay, Malte, cómo me rodean por todas partes, y cuando se piensa qué fácilmente podrían caer»... Procuraba decir esto con mucho regocijo; pero el terror la sacudía al pensar en todas estas agujas mal fijadas, que a cada instante podían caer de todos lados.

Pero en cuanto me hablaba de Ingeborg, estaba de pronto al abrigo de todos los peligros; entonces no se reservaba; hablaba más fuerte, reía con el recuerdo

de la risa de Ingeborg, y entonces se veía bien lo bella que Ingeborg había sido.

«Nos hacía a todos dichosos, decía, también a tu padre, Malte, sí, literalmente dichosos. Pero en cuanto se dijo que iba a morir aunque solamente parecía un poco enferma —y todos dábamos vueltas a su alrededor y se lo ocultamos—, se incorporó un día en el lecho y dijo dirigiéndose hacia adelante, como alguien que quisiera darse cuenta del sonido de su pensamiento: “¿Por qué estáis así en guardia? Todos lo sabemos y puedo tranquilizaros; las cosas son tal como vienen: no quiero más”. Piensa un

poco, dijo: “No quiero más”, ella que nos hacía dichosos a todos. ¿Comprenderás esto alguna vez. Malte, cuando seas mayor? Reflexiona más tarde. Quizá lo comprenderás un día. Será bueno tener alguien que comprenda tales cosas».

«Tales cosas» ocupaban a mamá cuando estaba sola, y permaneció sola durante esos últimos años.

«Ciertamente que yo no lo encontraré nunca, Malte», decía ella a veces con su sonrisa extrañamente temeraria, que no pedía ser vista por nadie y se bastaba a sí misma en su

realización. «Pero que nadie intente poner esto en claro; si yo fuese un hombre, sí, justamente, si yo fuese un hombre, reflexionaría para poner en orden las cosas desde el principio al fin. Pues debe haber un principio, y si al menos se pudiese atrapar, ya sería algo. ¡Ah, Malte, vamos así a la deriva, y me parece que todos están distraídos y preocupados y no se preocupan de cuando pasamos! Como si cayese una estrella errante y nadie la viese y nadie formulase un deseo. No olvides nunca formular tu deseo, Malte. Creo que no se cumplen, pero hay deseos a largo plazo, que duran toda la vida, de modo que no

podría esperarse su cumplimiento».

Mamá había hecho subir el pequeño *secrétaire* de Ingeborg a su habitación; a menudo la encontraba ante él, pues me estaba permitido entrar en su habitación a mi antojo. Mi paso se ahogaba completamente en el tapiz, pero ella me oía y me tendía una mano por encima del otro hombro. Esta mano no tenía ningún peso y yo la besaba casi como al crucifijo de marfil que me tendían por la noche antes de dormirme. Ante el *secrétaire* cuya puerta se bajaba, mamá estaba sentada como ante un instrumento de música. «Hay tanto sol aquí dentro», decía, y en efecto el interior era

singularmente claro, de vieja laca amarilla, con flores pintadas, siempre alternadas, una roja y una verde. Y donde se seguían tres flores, una violeta separaba a las otras dos. Estos colores, y el verde del estrecho reborde horizontal estaban también tan oscurecidos que el fondo era luminoso, sin ser verdaderamente claro. Resultaba un acorde singularmente ensordecido de tonos, que no revelaban al exterior su mutua dependencia íntima.

Mamá sacaba los cajoncitos que estaban todos vacíos.

«¡Ah, rosas!», decía y se inclinaba

un poco hacia el turbio olor inagotable. Se figuraba siempre que aún podía de pronto encontrarse algo en un cajón secreto en el que nadie hubiera pensado y que sólo se abría con una presión en algún resorte oculto. «Esto se va a desarticular de pronto, verás», decía grave e inquieta, y abría de prisa todos los cajones. Pero todos los papeles que ella había encontrado realmente en los estantes, los había doblado con cuidado y los guardó sin leerlos. «Yo no comprendía nada, Malte; seguramente es demasiado para mí». Estaba convencida de que todo era demasiado difícil para ella. «En la vida no hay clases para

principiantes; en seguida exigen de uno lo más difícil». Me afirmaba que estaba así solo desde la muerte terrible de su hermana la condesa Ollegaard Skeel que ardió viva, una noche de baile, cuando se arreglaba las flores de su peinado ante un espejo con candelabros. Pero en sus últimos tiempos, Ingeborg era quien le parecía la más difícil de comprender.

Y ahora quiero escribiros esta historia, tal como mamá la contaba cuando yo se lo pedía:

Era a mitad de verano, el jueves que siguió a los funerales de Ingeborg. Desde el sitio donde tomábamos el té en

la terraza se podía ver entre los olmos gigantescos elevarse el remate de la sepultura de familia. Habían dispuesto las tazas como si nunca una persona más se hubiese sentado en esta mesa, y alrededor de ella habíamos tomado todos asiento muy a gusto. Como cada uno había llevado, quien un libro, quien un cesto de labor, incluso nos sentíamos un poco estrechos. Abelone (la hermana menor de mamá) servía el té, y todos la ayudaban, salvo tu abuelo que miraba hacia la casa desde su butaca. Era la hora en que se esperaba el correo, y ocurría a menudo que Ingeborg, retenida la última por las órdenes que daba para

la comida, lo traía. Durante las semanas de su enfermedad habíamos tenido mucho tiempo para perder la costumbre de su venida: sabíamos demasiado bien que no podía venir. Pero esta tarde, Malte, entonces que verdaderamente no podía venir... vino. Quizá era nuestra la culpa, quizá la habíamos llamado. Pues recuerdo que pronto yo estaba allí sentada y me esforzaba por descubrir qué es lo que ahora era distinto. Bruscamente se me hizo imposible decir qué; lo había olvidado por completo. Levanté los ojos y vi a los otros vueltos hacia la casa, no de un modo particular o que asombrase, sino muy

sencillamente, en su espera tranquila y cotidiana. Y estuve a punto (Malte, me da frío cuando lo pienso), estuve —Dios me libre— a punto de decir: «¿Dónde está...?». Cuando ya Cavalier, como de costumbre, salió de bajo de la mesa y saltó a su encuentro. Yo la vi, Malte, yo la vi. Corrió hacia ella, aunque ella no vino; para él ella venía. Comprendimos que corría a su encuentro. Por dos veces se volvió hacia nosotros, como para interrogar. Después se precipitó hacia ella, como siempre. Malte, exactamente como había hecho siempre; y se unió a ella, pues comenzó a saltar en círculo, alrededor de algo que no estaba allí, y

después a subir a lo largo de ella, todo derecho, para lamerla. Le oímos lanzar, de alegría, pequeños ladridos quejumbrosos, y por el modo como saltaba en el aire, muy de prisa y sin descanso, se hubiera podido creer verdaderamente que nos la escondía con sus cabriolas. Pero de pronto dio un alarido, y su propio impulso le hizo torcerse y caer de espaldas, con una rara torpeza; y quedó tendido ante nosotros, de modo extraño, y no se movió más. El criado salió de la otra ala de la casa con las cartas. Titubeó un instante; sin duda le era penoso acercarse a nuestros rostros. Y ya tu padre le hacía seña de

que se quedase allí. Tu padre. Malte, no quería a ningún animal; pero esta vez, lentamente, me pareció que sin embargo fue hacia el perro y se bajó hasta él. Dijo una palabra al criado, una breve orden. Vi a éste precipitarse a recoger a Cavalier. Pero tu padre mismo tomó entonces al animal y se lo llevó, como si supiese exactamente a dónde, a la casa.

Un día que durante este relato se había hecho casi oscuro, estuve a punto de contar a mamá la historia de *la mano*: en ese instante hubiese podido decírsela. Ya había abierto la boca para hablar, cuando me acordé de pronto cómo había comprendido que el criado no hubiese

podido avanzar hacia sus rostros. Y tuve miedo, a pesar de la oscuridad, del rostro que mamá tendría cuando viese lo que yo había visto. Y de prisa tomé aliento, como si no hubiese tenido otro propósito. Algunos años más tarde, después de la extraña noche pasada en la galería de Urnekloster, proyecté, durante jornadas enteras, confiarme al pequeño Erik. Pero después de nuestra conversación nocturna se había aislado completamente de mí; me evitaba y creo incluso que me despreciaba. Y por esto precisamente quise contarle de *la mano*. Me imaginaba que ganaría su estima (cosa que deseaba mucho, no sé por

qué) si consiguiese hacerle comprender que yo había vivido verdaderamente aquello. Pero Erik era tan hábil en eludirme que no tocamos nunca ese tema. Además, partimos poco tiempo después. Y así es que —cosa bastante extraña en verdad— cuento hoy por primera vez (y no es, después de todo, más que para mí mismo) una aventura que se remonta a lo más lejano de mi infancia.

Lo pequeño que debía ser yo todavía, lo advierto en que estaba de rodillas en la butaca para alcanzar más cómodamente la altura de la mesa en la que dibujaba. Era de noche, en invierno;

si no me equivocó[^] en nuestro departamento, en la ciudad. La mesa estaba entre las ventanas de mi habitación y no había otra lámpara en la pieza que la que alumbraba mis hojas y el libro de Mademoiselle: pues Mademoiselle estaba sentada a mi lado, un poco más atrás, leyendo. Ella estaba muy lejos cuando leía, y yo no sé si era en su libro; podía leer durante largas horas, volvía raramente las páginas, y yo tenía la impresión de que bajo sus ojos las páginas se hacían sin cesar más llenas; como si su mirada hiciese nacer allí palabras nuevas, ciertas palabras que ella necesitaba y que no estaban allí.

Imaginaba estos mientras dibujaba. Yo dibujaba lentamente, sin intención bien definida, y cuando no sabía cómo continuar, miraba mi dibujo, la cabeza ligeramente inclinada a la derecha; en esta posición descubría más de prisa lo que faltaba todavía. Eran oficiales a caballo que galopaban a la batalla, o que estaban ya metidos en la contienda, lo que era mucho más sencillo, porque entonces era suficiente con dibujar la humareda que les envolvía. Es cierto que mamá pretendía siempre que yo no había pintado nunca más que islas; islas con árboles grandes y un castillo y una escalera y, en la ribera flores que se

miraban en el agua. Pero creo que inventaba o que eso no fue hasta más tarde.

El hecho es que esa tarde dibujaba un caballero, un solo caballero bien destacado sobre una caballo extrañamente cubierto. Era tan abigarrado que tenía que cambiar a menudo de lápiz; el rojo, sin embargo, dominaba, y tenía que tomarlo a cada momento. Una vez más fui a utilizarlo, cuando rodó (aún lo veo) oblicuamente sobre mi hoja iluminada hasta el borde de la mesa, y, antes que hubiese podido detenerlo, cayó a mi lado y desapareció. Verdaderamente lo necesitaba y estaba

fastidiado de tener que bajarme a buscarlo. Con mi torpeza, esto no podía tener lugar sin toda clase de complicaciones; mis piernas me parecieron mucho más largas, y no conseguía sacarlas de debajo de mí; este estar de rodillas tan prolongado había entorpecido mis miembros; no sabía bien lo que me pertenecía y lo que era la butaca. Sin embargo, terminé por desembarcar abajo, y confusamente me encontré sobre una piel de animal que se extendía debajo de la mesa hasta la pared. Pero allí surgió una nueva dificultad. Habitados a la claridad de arriba, deslumbrados todavía por el

brillo de los colores sobre el papel blanco, mis ojos no llegaban a discernir el menor objeto bajo la mesa, donde el negro me parecía tan cerrado que tenía miedo de golpearme. Me limité pues, a mi tacto, y arrodillado, apoyándome sobre la mano izquierda, peiné con la otra los pelos largos y frescos del tapiz, cuyo contacto me pareció en seguida familiar. ¡Pero no había ni un lápiz! Ya me figuraba haber perdido un tiempo considerable e iba a llamar a Mademoiselle para rogarle me acercase la lámpara, cuando noté que a mis ojos, que a pesar mío se habían adaptado, la oscuridad se hacía más transparente. Ya

distinguía la pared del fondo que bordeaba un plinto claro; me orienté entre los pies de la mesa; y primero reconocí mi propia mano extendida, los dedos separados, que se movía sola, casi como un animal acuático, y palpaba el fondo. Yo la miraba hacer, recuerdo, casi con curiosidad; parecía conocer cosas que yo no le había nunca enseñado; la veía palpar allí debajo, a su gusto, con movimientos que yo no le había observado nunca. La seguí a medida que avanzaba, me interesé en su manejo y me preparé a ver no sé qué. Pero ¿cómo hubiese podido esperar que, saliendo de la pared, de pronto otra

mano viniera a mi encuentro, una mano más grande, extraordinariamente delgada y tal como yo no la había jamás visto todavía? Palpaba, venía del otro lado del mismo modo, y las dos manos abiertas, se movían al encuentro la una de la otra, ciegamente. Mi curiosidad estaba lejos de quedar satisfecha, pero bruscamente cedió dejando sitio al terror. Sentí que una de esas manos me pertenecía y que se hundía en una aventura irreparable. Con toda la autoridad que tenía sobre ella, la retuve y la traje hacia mí, extendida de plano y despacio, sin retirar los ojos de la otra mano que continuaba palpando.

Comprendí que no iba a quedarse allí; y no puedo decir cómo me subí. Ahora estaba profundamente hundido en la butaca, mis dientes castañeteaban y tenía tan poca sangre en el rostro que me parecía no tener más azul en los ojos. *Mademoiselle*, quise decir, y no pude. Pero ella también se alarmó entonces, tiró su libro, y se arrodilló al lado de mi butaca gritando mi nombre; creo que ella me sacudió. Pero yo estaba en plena conciencia. Tragué varias veces saliva, e iba a contarle...

Pero ¿cómo? Hice un esfuerzo indescriptible sobre mí mismo, pero no era posible expresar esto de modo que

lo comprendiese. Si existían palabras para un acontecimiento semejante, yo era demasiado pequeño para encontrarlas. Y de pronto se apoderó de mí una angustia: que esas palabras, aunque superiores a mi edad se apareciesen de pronto y estuviese entonces obligado a decirlas, me pareció más terrible todavía. Esta cosa, allí, tan real, vivirla aún una vez, enlazada desde el principio; oírme admitirla —para todo esto, verdaderamente, yo no tenía fuerza.

Es imaginación, claro está, querer pretender ahora que, ya en aquel tiempo, hubiese podido sentir que algo acababa

de entrar en mi vida, precisamente en la mía, algo con lo que debía ir solo, siempre y siempre. Me veo acostado en mi cunita, sin dormir, presintiendo confusamente que así sería la vida: llena de cosas extrañas, destinadas a uno solo, y que no se pueden decir. Es cierto que poco a poco un triste y pesado orgullo crecía en mí. Imaginaba que se podría ir y venir, lleno de secreto y taciturno. Sentía una fogosa simpatía por las personas mayores; las admiraba, y me proponía decírselo. Me proponía decírselo a Mademoiselle en la primera ocasión.

Y entonces sobrevino una de esas

enfermedades que intentaban probarme cómo no era aquélla mi primera aventura personal. La fiebre rebuscaba en mí y sacaba de lo más profundo experiencias, imágenes, hechos que yo había ignorado hasta entonces; estaba aplastado por mí mismo, y esperaba el momento en que se me mandase sedimentar de nuevo todo eso en mí, cuidadosamente y en orden. Comencé, pero eso aumentaba en mis manos, se ponía rígido; había demasiado. Entonces la cólera se apoderó de mí y oculté todo, revuelto, y lo comprimí; pero no podía cerrar arriba. Y entonces, grité, a medio abrir, grité y grité. Y cuando empecé a

mirar fuera de mí, ellos estaban desde hacía largo tiempo de pie alrededor de mi lecho y me tenía cogidas las manos, y una bujía estaba allí, y sus grandes sombras se movían detrás de ellos. Y mi padre me ordenó decir lo que sucedía. Era una orden amistosa dicha a media voz, pero era una orden. Y se impacientaba porque yo no respondía.

Mamá no venía nunca de noche... o bien, sí, sin embargo, vino una vez. Yo había gritado y gritado, y Mademoiselle vino, y Sieversen, el ama de llaves, y Georg, el cochero; pero todo esto no había servido para nada. Y entonces habían enviado el coche para traer a mis

padres que estaban en un gran baile, creo que en el palacio del príncipe heredero. Y de pronto oí algo que rodaba en el patio y me callé, me incorporé en el lecho y miré hacia la puerta. Y hubo un ligero murmullo en las habitaciones vecinas y mamá entró con su gran vestido de gala del que no se preocupaba, y casi corría, y dejó caer tras de sus pieles blancas y me tomó en sus brazos desnudos. Y palpé, asombrado y maravillado como nunca, sus cabellos y su carita lisa, y las piedras frías en sus orejas, y la seda en el borde de sus hombros que olían a flores. Y permanecemos así y lloramos

tiernamente y nos besamos, hasta que percibimos que mi padre estaba allí y que nos teníamos que separar. «Tiene mucha fiebre», dijo mamá tímidamente, y mi padre me tomó la mano y contó los latidos del pulso. Llevaba uniforme de capitán de cazadores con el ancho y hermoso lazo de moaré azul de la orden del Elefante. «Qué estupidez, habernos llamado», dijo volviéndose hacia la habitación sin mirarme. Había prometido volver si el caso no era grave. Y en efecto no era muy grave. Sobre mi colcha encontré el carnet de baile de mamá y camelias blancas como jamás había yo visto y que coloqué bajo

mis ojos cuando sentí cuán frescas estaban.

Pero lo que en tales enfermedades no se acababa nunca eran las tardes. La mañana, después de la mala noche, uno caía siempre en el sueño, y cuando se despertaba y se creía que iba a ser de nuevo la mañana era la tarde, y seguía siendo la tarde y no dejaba de ser la tarde. Y se estaba tendido en la cama refrescada, y se crecía quizá un poco en las articulaciones y se estaba demasiado cansado para imaginar cualquier cosa. El gusto de la compota de manzana duraba mucho tiempo, y era ya bastante interpretar maquinalmente y dejar

circular en sí, en lugar de pensamientos, esta sensación de limpieza acidulada. Más tarde, cuando las fuerzas volvían, había cojines amontonados detrás de uno, y se podía uno sentar y jugar a los soldados; pero ¡se caían tan fácilmente sobre la mesa de cama inclinada, y siempre de nuevo la fila entera de un golpe!, y sin embargo, todavía no se estaba por completo metido en la vida para que se tuviesen las fuerzas de tomar todo desde el principio. Súbitamente era demasiado y se rogaba que os quitasen todo esto muy de prisa, y era bueno no ver de nuevo más que las dos manos, un poco más lejos, sobre la colcha vacía.

Cuando a veces mamá pasaba a mi cabecera una media hora leyendo cuentos (para las auténticas y largas lecturas estaba allí Sieversen), no era por amor a los cuentos. Pues estábamos de acuerdo en ese punto: no nos gustaban los cuentos. Teníamos otro concepto de lo maravilloso. Encontrábamos que cuando todo sucedía naturalmente, las cosas eran todavía mucho más extrañas. Hubiésemos renunciado con gusto a ser transportados por los aires; las hadas nos decepcionaban y no esperábamos de las metamorfosis más que una variación muy superficial. Pero, sin embargo,

leíamos un poco para parecer ocupados; no nos era agradable, cuando alguien entraba, tener que explicar en seguida lo que estábamos haciendo. Respecto a mi padre, pregonábamos nuestras ocupaciones con una evidencia casi exagerada.

Y sólo cuando estábamos completamente seguros de no ser molestados, y al exterior caía la noche, podía ocurrir que nos abandonásemos a recuerdos, a recuerdos comunes que nos parecían a los dos muy antiguos y de los que sonreíamos; pues desde entonces los dos habíamos crecido. Recordábamos que había habido un tiempo en el que

mamá deseaba que yo fuese una niña y no este muchacho que, Dios mío, sí, tenía que ser. Yo había adivinado esto, no sé cómo, y había tenido la idea de llamar alguna vez por la tarde a la puerta de mamá. Cuando ella preguntaba entonces que quién estaba allí, me gustaba decirle desde fuera: «Sofía», disminuyendo tanto mi voz que me cosquilleaba la garganta. Y cuando después entraba (con mi vestidito de casa con mangas levantadas, que parecía casi un vestido de niña), yo era sencillamente Sofía, la pequeña Sofía de mamá que se ocupaba del arreglo de la casa y a la que su mamá tenía que

trenzar una coleta para que, sobre todo, no hubiese confusión con el feo Malte, si volvía alguna vez. Además esto no era deseable; le gustaba tanto a mamá como a Sofía que Malte estuviese ausente, y sus conversaciones —que Sofía continuaba siempre con la misma voz aguda— consistían sobre todo en enumeraciones de las fechorías de Malte, de las que se lamentaban. «¡Ah sí, ese Malte!» suspiraba mamá. Y Sofía no concluía nunca de hablar de la maldad de los muchachos, como si conociese muchísimos de ellos.

«Me gustaría saber qué ha sido de Sofía», decía de pronto mamá, en medio

de estos recuerdos. Y en esto, sin duda, Malte no podía informarla. Pero cuando mamá suponía que seguramente estaría muerta, la contradecía con testarudez y la conjuraba a que no creyese eso, aun cuando tampoco era nunca capaz de probar lo contrario.

Cuando reflexiono ahora en esto no deja de asombrarme que yo haya vuelto siempre sano del mundo de esas fiebres y que haya podido rehacerme a esta vida tan social en la que cada uno quiere ser sostenido en su conciencia de estar entre objetos y seres familiares, y donde se aplica uno tanto a permanecer en lo inteligible. ¿Se esperaba algo? Aquello

venía o no venía, pero una tercera solución estaba excluida. Había acontecimientos que eran tristes de una vez por todas; había cosas agradables, y había una muchedumbre de cosas intermedias. Que si os preparaban una alegría, era una alegría y había que conducirse en consecuencia. En el fondo era muy sencillo, y por poco que se hubiese encontrado la clave de esta manera de ser, todo marchaba solo. Igualmente todo entraba en esos límites concertados; las largas y monótonas horas de clase, mientras que fuera lucía el verano; los paseos que había que relatar luego en francés; las visitas para

las que os llamaban y que os encontraban divertido cuando precisamente uno estaba triste, y se divertían contigo como se divierte uno de la expresión pesarosa de ciertos pájaros que no tienen otro rostro. Y los cumpleaños, claro está, en los que os obsequiaban con pequeños invitados que apenas se conocían, niños tímidos que os hacían tímidos a vosotros, u otros atrevidos, que os arañaban el rostro u os rompían lo que acababais de recibir, para irse súbitamente cuando todos los juguetes, sacados de sus cajas y de sus cajones, yacían mezclados... Pero cuando uno jugaba solo, como siempre,

podía suceder que se franquease de improviso ese mundo convenido, generalmente inofensivo, y que se deslizase en condiciones diferentes y de pronto inconmensurables.

Mademoiselle tenía a veces su jaqueca que se afirmaba siempre con una rara violencia, y era en esos días cuando resultaba difícil encontrarme. Sé que enviaban entonces al cochero a buscarme al parque cuando, por casualidad, mi padre preguntaba por mí y yo no estaba. Desde arriba, desde una de las habitaciones para invitados, le veía salir corriendo y llamarme a la entrada de la larga avenida. Estas

habitaciones de invitados se encontraban unas al lado de otras bajo el remate de Ulsgaard, y como en este tiempo no recibíamos más que escasas visitas, estaban casi siempre vacías. Pero al lado de ellas había ese gran reducto abuhardillado que ejercía sobre mí tan gran atracción. No se veía más que un viejo busto que representaba, creo, al almirante Juel, pero en todo el rededor los muros estaban guarnecidos de armarios profundos y sombríos, dispuestos de tal manera que la ventana misma se hallaba colocada encima de ellos, en el muro vacío y blanqueado con cal. Había encontrado en la puerta

de uno de los armarios la llave que lo abría, así como a todos los otros. Y en poco tiempo yo había examinado todo: los trajes de chambelanes del siglo dieciocho, todos escarchados por su trama de hilos de plata, y sus bellas chaquetas bordadas; los uniformes de la orden de Dannebrog y del Elefante, tan ricos, tan embarazosos, y enguantados con forros tan suaves al tacto que los tomaba al principio por vestidos de mujeres; después verdaderos vestidos, que sostenidos por sus maniqués pendían rígidos como las marionetas de una pieza demasiado grande, y tan definitivamente pasada de moda que

habían empleado para otros fines sus cabezas. Pero más lejos había armarios en los que estaba oscuro al abrirlos, oscuro por los uniformes cerrados hasta arriba, que parecían más fatigados que todo el resto, y que deseaban no seguir siendo conservados más.

Nadie encontrará extraño que yo sacara a relucir todo lo demás y que en el fondo deseaban no ser aquello contra mí, o que lo haya echado sobre mis hombros; que me haya puesto a toda prisa un vestido que podía quizá venirme; que, curioso y agitado, haya corrido en seguida a la habitación de huéspedes más próxima, ante el estrecho

entrepañó compuesto de fragmentos de vidrios desiguales de color verde. ¡Ah, cómo se temblaba por estar y qué exaltación cuando se estaba allí! Cuando algo avanzaba desde el fondo de su agua turbia, más lentamente que vosotros mismos, pues el espejo no lo creía más que a medias, y soñoliento como estaba, no quería repetir en seguida lo que le decían. Y era entonces una cosa muy sorprendente, extraña, distinta de como se había pensado, una cosa repentina, evidente, que se divisaba de un golpe de vista, para reconocerse, sin embargo, a la ojeada, siguiente, no sin un matiz de ironía que, un poco más, hubiese podido

destruir toda nuestra alegría. Pero en cuanto se comenzaba a hablar, a inclinarse, cuando se hacían pequeños signos, todo volviéndose sin cesar, cuando se alejaba y se volvía, decidido y muy animado, se tenía la imaginación consigo tanto tiempo como se quisiera.

Experimentaba entonces la influencia que, sin otra intervención, puede ejercer sobre nosotros un vestido determinado. Apenas me había endosado uno de estos vestidos, tengo que confesar que estaba en su poder; él dirigía mis movimientos, la expresión de mi rostro; sí, hasta mis ideas; mi mano sobre la que caía y recaía el puño de

encajes, no era ciertamente mi mano habitual; se movía como un actor, sí, podría incluso decirse que se miraba hacer, por exagerado que esto parezca. Los disfraces no eran, por lo demás, llevados tan lejos como para que me sintiese convertirme en extraño a mí mismo; al contrario, cuanto más diversamente me transformaba, más estaba penetrado de mí mismo. Me hacía cada vez más atrevido; me elevaba siempre más arriba, pues mi destreza para recobrar me era indudable. No sentía la tentación que me aguardaba bajo esta impresión creciente de seguridad. Se apoderó de mí cuando el

último armario que yo había creído hasta entonces no poder abrir, cedió un día para entregarme, en lugar de ropas bien determinadas, todo un vago arreo de mascarada en el que lo fantástico me hizo ruborizarme. No hay manera de enumerar todo lo que allí se encontraba. Además de una bata que recuerdo, había dominós de diferentes colores, había vestidos de mujeres en los que tintineaban piececitas cosidas; había pierrots que me parecían animales, y anchos pantalones turcos y gorros persas de donde se escapaban saquitos de alcanfor y círculos dorados guarnecidos de piedras estúpidas e inexpresivas. Yo

despreciaba un poco todo esto; era de tan indulgente irrealidad y todo colgaba allí tan despojado y tan lastimado, y se desplomaba sin voluntad cuando se lo sacaba a la luz... Pero lo que me transportaba a una especie de embriaguez, eran los amplios abrigo, los tejidos, los chales, las echarpes, todos esos grandes tejidos flexibles e inempleados que eran suaves y acariciadores, o tan lisos que casi no se podían coger, o tan ligeros que pasaban a vuestro lado como un viento, o simplemente pesados con todo su peso. Solamente en ellos distinguía posibilidades verdaderamente libres e

infinitamente variables: ser una esclava en venta, ser Juana de Arco, o un rey viejo, o un hechicero; todo esto lo tenía en la mano, sobre todo habiendo también caretas, grandes rostros amenazantes o asombrados, con barbas verdaderas y cejas espesas o levantadas. Antes, nunca había visto máscaras, pero comprendí en seguida que debían existir. Estallé de risa cuando recordé que teníamos un perro que parecía llevar una. Me representaba sus ojos afectuosos que miraban siempre como viniendo de otro rostro, en su cabeza cubierta de pelos. Reí todavía mientras me disfrazaba y había olvidado completamente lo que

había querido figurar. Ahora era nuevo y emocionante no decidir esto hasta después, ante el espejo. El rostro que me adjudiqué tenía un olor singularmente hondo, se colocaba estrechamente sobre el mío —pero podía ver cómodamente a través— y hasta que la careta no estuvo fija no escogí toda clase de tejidos que enrollé a manera de turbante alrededor de mi cabeza y, de manera que el borde de la máscara, que llegaba por abajo hasta el inmenso manto amarillo, estaba casi por completo oculto en lo alto de la cabeza y en los lados. Cuando por fin llegué al borde de la invención, me tuve por suficientemente disfrazado. Aun cogí

una gran caña que hice marchar a mi lado tan lejos como alcanzaba mi brazo, y así, no sin trabajo, pero a mi parecer con mucha dignidad, me arrastré a la habitación de los invitados, ante el espejo.

Fue verdaderamente grandioso, superior a toda esperanza. El espejo lo reprodujo en seguida: era del todo convincente. No había necesidad de hacer muchos movimientos; esta aparición era perfecta, y sin tener yo que contribuir a ella. Pero ahora se trataba de saber quién era, y me volví un poco y terminé por levantar los dos brazos; grandes movimientos de conjuración,

esto me parecía ser lo adecuado. Pero precisamente, en este instante solemne, oí, ensordecido por mi disfraz, a mi lado, un ruido múltiple y compuesto; aterrado, perdí de vista el ser que había al otro lado del espejo, y quedé muy afligido al ver que había derribado un velador redondo, con Dios sabe qué objetos seguramente muy frágiles. Me incliné mal que bien y vi mis peores temores confirmados; todo parecía haberse roto. Naturalmente, los dos inútiles loritos de porcelana verde violeta estaban dañados, el uno más que el otro. Una bombonera dejaba rodar sus bombones que parecían insectos en sus

crisálidas de seda, y había arrojado muy lejos su tapadera; no se veía más que una mitad, la otra había desaparecido. Pero lo más fastidioso era un frasco roto en mil pequeños cascotes y de donde se había vertido el resto de no sé qué antigua esencia que formaba ahora sobre el piso una mancha de un aspecto muy repelente. La limpié de prisa con no sé qué que colgaba alrededor mío, pero se hizo más negra y desagradable. Yo estaba verdaderamente desolado. Me levanté y busqué algún objeto que me permitiese reparar ese desastre. Pero no encontraba nada. Además, me resultaba muy difícil, así, ver y moverme, de

modo que me sentí invadido de cólera contra esta vestimenta absurda que ya no comprendía. Las ataduras del manto me estrangulaban, y la tela se apoyaba sobre mi cabeza como si se le añadiesen otras sin cesar. Para colmo, el aire se hizo turbio y estaba como penetrado del olor añejo del líquido vertido.

Hirviendo de cólera, me lancé ante el espejo y seguí el trabajo de mis manos mirando con dificultad a través de la máscara. Pero él no esperaba sino esto. El momento de la revancha había llegado para él. Mientras que en una angustia que crecía sin medida me esforzaba por evadirme de algún modo

de mi disfraz, me obligó, no sé por qué medio, a levantar los ojos y me impuso una imagen, no, una realidad; una extraña, incomprensible y monstruosa realidad que me penetraba a pesar de mi voluntad, pues ahora él era el más fuerte, y yo era el espejo. Fijé este grande y horrible desconocido ante mí, y me pareció fantástico estar solo con él. Pero mientras pensaba esto, sobrevino lo peor; perdí toda conciencia de mí, dejé de existir, sencillamente. Durante un segundo sentí una indecible y dolorosa e inútil lástima de mí mismo; y después no quedó nada, más que él; no había nada fuera de él.

Me escapé, pero ahora era él el que corría. Tropezaba por todos lados, no conocía la casa, no sabía dónde dirigirse; descendió una escalera, se derrumbó en el pasillo sobre alguien que se defendía gritando. Una puerta se abrió, varias personas aparecieron. ¡Ah, qué bueno era reconocerlas! Era Sieversen, la buena Sieversen, y la doncella y el repostero; ahora, la cuestión iba a ser zanjada. Pero se guardaron bien de lanzarse en vuestro socorro; su crueldad no tenía límites. Allí estaban, y se reían. ¡Dios mío! ¿Cómo podían quedarse allí y reírse? Yo lloraba, pero la careta no dejaba salir

las lágrimas; corrían en el interior, sobre mi rostro, y se secaban, y corrían de nuevo y se secaban una vez más. Por fin me arrodillé ante ellos, como nadie se ha arrodillado jamás; me arrodillé y levanté las manos hacia ellos, y supliqué: «Sacadme si aún es posible, y tenedme con vosotros», pero no oían nada; ya no tenía voz.

Sieversen contó hasta más no poder cómo yo había caído hacia atrás y cómo ellos habían continuado riendo, creyendo que esto formaba parte del juego. Estaban habituados a tales cosas por mi parte. Pero en seguida había permanecido tendido y no había

contestado. Y qué espanto cuando descubrieron que estaba sin conocimiento y que estaba tendido allí como un trozo de cualquier cosa en medio de esas telas, sí, como un objeto.

El tiempo corría con una incalculable rapidez, y después, de pronto, volvía la época en la que había que invitar al pastor doctor Jespersen. Entonces había una comida penosa y que les parecía interminable a unos y otros. Habitado a un vecindario muy piadoso que por consideración hacia él se anulaba en su presencia, el pastor no estaba en nuestra casa en su elemento; en cierto modo se sentía tirado en la tierra y le faltaba el

aire. La respiración por medio de branquias que había desarrollado en sí funcionaba difícilmente; se formaban burbujas, y todo esto tenía su peligro; para ser exacto he de decir que no había tema de conversación; se saldaban restos a precios increíbles; era una liquidación de todos los stocks. El doctor Jespersen tenía que contentarse con ser entre nosotros una especie de hombre privado; es decir, precisamente lo que no había sido nunca. Él era, desde tiempo inmemorial, empleado en el ramo de almas. El alma era para él una institución pública que él representaba, y conseguía no estar jamás

fuera de servicio, incluso en las relaciones con su mujer: «Su modesta y fiel Rebekka, santificada por la maternidad», como Lavater se expresó en otro caso.

(En lo que concierne a mi padre, su actitud respecto a Dios era de una perfecta corrección y de una irreprochable cortesía. En la iglesia me parecía a veces, al verle de pie, a la espera o ligeramente inclinado, como que fuera precisamente capitán de cazadores al servicio de Dios. En cuanto a mamá, le parecía casi ofensivo que alguien pudiese mantener con Dios relaciones de cortesía. Si el azar le

hubiese dado una religión con ritos expresivos y complicados ¡con qué felicidad se habría arrodillado y echado al suelo durante horas enteras, o habría hecho el signo de la cruz tocándose el pecho y los hombros, de modo amplio y circunstanciado! Ella no me enseñaba a rezar verdaderamente, pero para ella era una tranquilidad saber que yo me arrodillaba con gusto, que juntaba las manos, bien entrecruzando los dedos, bien apoyando unos contra otros, según que lo encontrase más o menos expresivo. Bastante abandonado a mí mismo, atravesé muy temprano una serie de fases que ya no relacioné con Dios

hasta más tarde, en un momento de desesperación, y esto con tal violencia que se formó y se deshizo en el mismo instante. Evidentemente tuve que volver a empezar desde el principio. Y para este comienzo yo creía a veces necesitar de mamá, aunque valía más, claro está, que yo lo viviese solo. Y es cierto que, por otra parte, ella hacía tiempo ya que había muerto.)^[3]

Respecto al doctor Jespersen mamá podía mostrar una vivacidad que llegaba casi a la exuberancia. Emprendía con él una conversación que él tomaba en serio; y después, cuando él se escuchaba hablar, creía haber hecho bastante y lo

olvidaba tan por completo como si ya se hubiese marchado. «¿Cómo puede, decía ella a veces, ir y venir y entrar en las casas mientras que las gentes duermen?».

El vino también a verla en tal ocasión, pero seguramente ella no le vio más. Sus sentidos murieron, uno tras otro, la vista en primer término. Era en otoño, teníamos que marcharnos a la ciudad, pero ella cayó enferma, o más bien comenzó en seguida a morir, a morir lenta y tristemente, en toda su extensión. Los médicos vinieron, y cierto día se reunieron allí todos a la vez y reinaron en la casa. Durante

algunas horas parecía no pertenecer más que al profesor y a sus ayudantes, y que solamente ellos tuviesen que dar órdenes. Pero después se desinteresaron de todo, y no vinieron más que por pura cortesía, uno a uno, para aceptar un cigarro o un vaso de oporto. Y durante este tiempo mamá murió.

Sólo se esperaba al único hermano de mamá, el conde Christian Brahe, que, como se recuerda, había estado durante algún tiempo al servicio de Turquía donde, había recibido, como siempre se decía, grandes distinciones. Llegó una mañana, acompañado de un criado extranjero, y me sorprendió ver que era

más alto que mi padre y que parecía el de más edad. Los dos hombres cambiaron en seguida algunas palabras que se relacionaban, supongo, con mamá. Hubo una pausa. Después mi padre dijo: «Está muy desfigurada». No comprendí esta expresión, pero me estremecí al oírlo. Tuve la impresión de que mi padre necesitó sobreponerse para decírsela. Pero sin duda era su orgullo el que más sufría al reconocerlo.

Varios años después oí hablar de nuevo del conde Christian. Sucedió en Urnekloster y era a Matilde Brahe a quien le gustaba hablar de él. Sin embargo, estoy seguro de que había

arreglado los distintos episodios a su modo, pues la vida de mi tío, de la que la opinión pública e incluso la familia no estaban informadas más que por relatos que él desdeñaba desmentir, abría un campo infinito a las interpretaciones. Urnekloster es ahora propiedad suya. Pero nadie sabe si lo habita. Quizá siga viajando siempre como era su costumbre. Quizá la noticia de su muerte, escrita de mano del criado extranjero, en mal inglés o en cualquier lengua desconocida, abandone en este momento no sé cual continente lejano. Y también puede ser que este hombre no dé señales de vida, si tiene que

sobrevivir solo a su dueño. Quizá hayan desaparecido los dos desde hace mucho tiempo y estén aún inscritos en la lista de pasajeros de un barco perdido en el mar, bajo nombres que no eran los suyos.

En Urnekloster, cuando un coche entraba en el patio, yo esperaba siempre verle llegar, y mi corazón latía extrañamente. Matilde Brahe aseguraba que venía así, que ésta era su peculiaridad: llegar súbitamente cuando nadie podía esperarlo. No vino jamás, pero mi imaginación estuvo ocupada con él durante semanas enteras; tenía la sensación de que nosotros debíamos

mantener relaciones, y me hubiese gustado mucho saber cosas ciertas de él.

Cuando poco después mi interés cambio de objeto y se dirigió, después de ciertos acontecimientos, todo entero hacia Cristina Brahe, yo no me esforzaba, cosa rara, en conocer las circunstancias de su vida. En cambio, me inquietaba el pensamiento de saber si su retrato existía en la galería. Y el deseo de verificar esto aumentó de manera tan exclusiva y tormentosa que, durante muchas noches seguidas no dormí nada, hasta que llegó aquélla, muy inopinadamente, en que, a pesar mío, me levanté y subí llevando mi luz que

parecía asustada.

Por mi parte, yo no pensaba en el miedo. Yo no pensaba, iba. Las altas puertas cedían jugando delante de mí, detrás de mí; las habitaciones que atravesaba se mantenían en calma. Y, por fin, la profundidad que me bañaba me hizo notar que estaba ya en la galería. Sentía a mi derecha las ventanas con su noche, y a izquierda debían encontrarse los cuadros. Levanté mi luz tan alto como pude. Sí, allí estaban los cuadros.

Primero no quise mirar sino a las mujeres. Pero pronto reconocí uno, y

luego otro cuya réplica está colgada en Ulsgaard, y cuando los iluminé desde abajo se movieron y quisieron venir hacia la luz, y me pareció cruel no dejarles siquiera el tiempo para ello. Allí estaba, como siempre, una vez más Christian IV, con su cadeneta bien trenzada junto a su mejilla ancha, suavemente bombeada. Allí estaban sin duda sus mujeres, de las que yo sólo conocía a Kristine Munk; y súbitamente, la señora Ellen Marsvin me miraba con aire inquieto en sus vestidos de viuda, con el mismo hilo de perlas sobre el ala del alto sombrero. Allí estaban los hijos del rey Christian: hijos siempre frescos

de mujeres siempre nuevas. La «incomparable» Eleonore sobre una blanca acanea, en su época brillante, antes de sus sufrimientos. Los Gyldenloves, Hans Lurich, del que decían las mujeres en España que se teñía el rostro, tan sanguíneo era, y Ulrik Christian, a quien no se podía olvidar. Y casi todos los Ulfeld. Y éste, con su ojo pintado de negro, podía muy bien ser Henrik Holk, que a los treinta y ocho años fue conde del Imperio y mariscal de campo, y esto había sucedido así: en el camino hacia la señorita Hilleborg Krafse soñó que, en lugar de la novia, le entregaban una espada desnuda: y tomó

en serio este sueño, volvió sobre sus pasos y comenzó su vida breve y emprendedora a la que puso término la peste. Yo los conocía a todos. Y también teníamos en Ulsgaard a los delegados del Congreso de Nimweguen, que se parecían un poco porque habían sido pintados todos al mismo tiempo; cada cual con su pequeño bigote recortado como una ceja sobre una boca “Sensual que casi parecía mirar. Y no hay que decir que conocí al duque Ulrik, y a Otto Brahe y a Claus Daa y a Sten Rosenparre, el último de su progenie; pues de todos ellos había visto retratos en la sala de Ulsgaard, o había

encontrado aguafuertes que los representaban en viejos álbumes.

Pero también había allí muchos otros que yo no había visto nunca: pocas mujeres, pero sí algunos niños. Hacía rato que mi brazo estaba cansado y temblaba, pero yo levantaba, sin embargo, la luz para ver a los niños. Yo comprendía a estas niñas que llevaban un pájaro en la mano y se olvidaban de él. A veces había un perrito sentado cerca de ellas, y una pelota en el suelo, y en la mesa próxima, frutas y flores; y detrás de todo, en la columna, colgaba pequeño y provisional el escudo de los Brubbe, de los Bille o de los

Rosenkrantz. Habían reunido alrededor de ellas un montón de cosas, como si hubiera mucho que desagraviar. Pero ellas estaban de pie, simplemente, en sus vestidos, y aguardaban; se veía que aguardaban. Y esto me hizo de nuevo pensar en las mujeres, y en Cristina Brahe, y en si la reconocería.

Quise ir rápido hasta el fondo de la galería y volver desde allí buscando, cuando tropecé con algo. Me volví tan bruscamente que el pequeño Erik se echó para atrás y murmuró:

—Ten cuidado con tu luz.

—¿Estás ahí? —dije sin aliento, y

todavía sin saber si alegrarme o parecerme funesto. Mi luz oscilaba y no pude distinguir cuál era la expresión de su rostro. Más bien era malo que estuviese allí. Pero se me acercó y me dijo:

—*Su* retrato no está ahí; lo seguimos buscando arriba.

Con su voz baja y su ojo móvil indicaba yo fío sé qué arriba. Comprendí que se refería al desván. Pero de repente tuve una idea notable.

—¿Seguimos, dices? —le pregunté —. Entonces ¿ella está arriba?

—Sí —y movió la cabeza,

quedándose de pie muy junto a mí.

—¿Ella también está buscando?

—Sí, buscamos.

—Entonces, ¿es que se han llevado su retrato?

—Sí, figúrate —dijo, indignado.

Pero ya no comprendía qué pretendía ella.

—Quiere verse —me susurró muy cerquita.

—Ah, sí —dije como si comprendiera. Entonces él apagó mi luz. Le vi adelantarse hacia la claridad con

las cejas arqueadas. Después todo quedó oscuro. Retrocedí involuntariamente.

—¿Qué haces? —grité a media voz; y tenía la garganta reseca. Saltó hacia mí, se colgó de mi brazo y tuvo una risita ahogada.

—¿Qué sucede? —pregunté ásperamente, queriendo desprenderme; pero él apretó fuerte. No pude impedir que extendiese su brazo alrededor de mi nuca.

—Debo decírtelo —susurró entre dientes; y un poco de saliva me roció la oreja.

—Sí, sí, de prisa.

Yo no sabía bien lo que decía. Me oprimió, estirándose.

—Le he llevado un espejo —dijo y cloqueó de nuevo su risita.

—¿Un espejo?

—Pero ¡claro!, puesto que su retrato no está aquí.

—No, no —dije.

Me arrastró en seguida, un poco más cerca de la ventana, y me pellizcó el antebrazo tan fuerte que lancé un grito.

—Ella no está dentro —me susurró

al oído.

Le rechazé involuntariamente; algo chascó en él; me pareció que le había roto.

—Vamos, vamos —ahora tenía que reírme yo—. ¿No está dentro? ¿Cómo es eso, que no está dentro?

—Eres tonto —replicó dejando de cuchichear. Su voz había cambiado de registro como si abordase una pieza nueva, aún inédita—. O bien se está dentro —expresó con una gravedad repentina y un acento de persona mayor — y por consiguiente no se está aquí; o bien se está aquí, y no se puede estar

dentro.

—Comprendido —contesté rápidamente, sin reflexionar. Tenía miedo de que se fuese y me dejase solo. Incluso extendí la mano hacia adelante para tocarle.

—¿Quieres que seamos amigos? —le propuse. Se hizo de rogar.

—Me da igual —respondió, descarado.

Intenté inaugurar nuestra amistad, pero no me atreví a estrecharle en mis brazos.

—Mi querido Erik —articulé

rozándole apenas, no importa dónde. De pronto me sentí muy cansado. Me volví; no comprendí ya cómo había llegado hasta aquí y cómo había podido venir sin tener miedo. Yo no sabía ya dónde estaban las ventanas y dónde los cuadros; y cuando nos fuimos, tuvo que conducirme.

—No te harán nada —aseguró magnánimo, y rio de nuevo.

Mi querido, querido Erik; quizás hayas sido tú mi único amigo. Pues nunca he tenido otro. ¡Qué lástima que hayas hecho tú tan poco caso de la amistad! ¡Hubiese querido contarte tantas cosas!

Quizá hubiésemos estado de acuerdo. No se puede saber. Recuerdo que entonces hacían retratos. El abuelo había hecho venir a uno que te pintaba. Todas las mañanas durante una hora. No recuerdo ya la cabeza de aquel pintor, he olvidado su nombre aunque Matilde Brahe lo repetía a cada momento.

¿Te vio él como yo te veo? Llevabas un traje de terciopelo de color heliotropo. Matilde Brahe adoraba ese traje. Pero ¿qué importa eso ahora? Solamente quisiera saber si él te ha visto. Supongamos que ha sido un verdadero pintor. Supongamos que él no haya pensado que tú podrías morir antes

de que terminara; que no haya considerado su trabajo desde un punto de vista sentimental; que haya trabajado, sencillamente. Que le haya entusiasmado la semejanza de tus dos ojos pardos; que no se haya avergonzado ni un solo instante de tu ojo inmóvil; que haya tenido la delicadeza de no añadir nada sobre la mesa, cerca de tu mano, que quizá se apoyaba ligeramente. Supongamos aún todo lo demás que es necesario, y admitámoslo: entonces habrá un retrato, tu retrato, en la galería de Urnekloster, un retrato que será el último.

(Y cuando se está a punto de partir y

ya se ha visto todo, aún queda allí un niño. Un momento, ¿quién es éste? Un Brahe. ¿Ves la estaca de plata en campo negro y las plumas de pavo real? Mira también el nombre: Erik Brahe. ¿No fue un Erik Brahe condenado a muerte? Naturalmente, eso es bastante sabido. Pero no puede tratarse de éste. Este niño murió, poco importa cuándo. ¿No lo ves?)

Cuando había visitas y llamaba a Erik, la señorita Matilde Brahe aseguraba que se asemejaba extraordinariamente a la anciana condesa Brahe, mi abuela. Yo no la conocí. En cambio recuerdo muy bien a la madre de mi padre, la

verdadera dueña de Ulsgaard. Sin duda había conservado siempre su puesto, aunque había recibido a mamá en la casa como la esposa del capitán de cazadores. Después hacía como que se esfumaba cada vez más, enviando los criados a mamá para cada detalle; pero cuando se trataba de negocios importantes ella solucionaba y disponía, sin dar cuenta a nadie de sus decisiones. Creo, además, que mamá no quería que fuese de otro modo. ¡Estaba tan poco hecha para, vigilar una gran mansión!; era incapaz de distinguir las cosas que tenían importancia de las que no la tenían.

En el momento en que le hablaban de una cosa, esto se convertía en todo para mamá, y olvidaba lo demás, que sin embargo seguía existiendo. Nunca se quejaba de su suegra. ¿A quién se iba a quejar? Mi padre era un hijo muy respetuoso, y mi abuelo no tenía mucho que decir.

La señora Margarete Brigge era siempre, desde la época a que alcanza mi recuerdo, una anciana inasequible, de muy elevada estatura. No puedo creer que no fuese de mucha más edad que el chambelán. Vivía su vida entre nosotros, sin preocuparse de nadie. No necesitaba de nadie, y tenía siempre una especie de

señora de compañía, cierta condesa Oxe, ya vieja y que le estaba obligada por no sé que beneficio. Esto debía ser una notable excepción, pues los beneficios no eran de su modo de ser. No quería a los niños y los animales no osaban acercársele. No sé si amaba algo. Se contaba que de joven había amado al hermoso Félix Lichnowski que murió en Francfort, en crueles circunstancias. En efecto, después de su muerte, se encontró un retrato del príncipe, que si no me equivoco, se devolvió a la familia. Quizá, pienso ahora, olvidó, en esta vida retirada y rústica en que se había convertido cada

vez más la vida de Ulsgaard, otro género de existencia más brillante, el que le era propio. Es difícil decir si lo lamentaba. Quizá lo despreciaba por no haber venido, porque a esta vida le había faltado la ocasión de vivirla con talento y habilidad. La señora Margarete Brigge había hundido esto en el fondo de sí misma y lo había recubierto con muchas capas, duras, de brillo un poco metálico, y cuyo contacto despertaba siempre una sensación de frescura y novedad. A veces, sin embargo, su sencilla impaciencia la traicionaba cuando, por ejemplo, no se le prestaba atención suficiente; en mi época, sucedía

entonces de improviso que, en la mesa, tragaba de través de una manera claramente visible y complicada que le aseguraba el interés atento de todos y, por un instante al menos, le hacía parecer tan sensacional y cautivante como hubiese ella querido serlo en grande. Sin embargo, creo que sólo mi padre tomaba en serio estos incidentes demasiado frecuentes. La miraba, cortésmente inclinado hacia adelante, y se leía en su rostro que en cierto modo le ofrecía con el pensamiento y sin reservas su propio gaznate que funcionaba normalmente. Naturalmente, el chambelán había dejado también de

comer; tomaba un traguito de vino y se abstenía de toda observación.

Sólo una vez había mantenido en la mesa su opinión en contra de la de su mujer. Ya hacía tiempo de esto; pero a pesar de ello se repetía siempre esta historia, con malicia y en secreto; casi siempre había alguien que no la había oído. Pretendían que en cierta época la esposa del chambelán podía ofuscarse a causa de una simple mancha de vino en el mantel, y que, cualquiera que fuese la ocasión en que hubiera caído, no dejaba de darse cuenta, y en cierto modo era puesta de manifiesto por la reprensión violenta que lanzaba sobre su autor.

Cosa semejante sucedió un día en que estaban invitados varios personajes de relieve. Algunas inocentes manchas, cuya importancia ella exageró, sirvieron de pretexto a acusaciones sarcásticas, teniendo el abuelo que esforzarse mucho para llamarla al orden con pequeñas señas e interrupciones chistosas; ella continuaba con testarudez, sus reproches que por cierto hubo de interrumpir, un instante después, en mitad de la frase. Sucedió, en efecto, una cosa inaudita y del todo incomprensible. El chambelán había pedido el vino tinto que estaba dando vuelta a la mesa, y en medio de la atención general se preparaba a llenar él

mismo su vaso. Pero, cosa extraña, no dejó de verter, cuando ya hacía tiempo que lo había llenado, y en el silencio creciente, continuó echando lenta y prudentemente, hasta que mamá, que no pudo nunca contenerse, estalló en carcajadas y dio así al asunto un giro jocoso. Pues en seguida todos, aliviados, hicieron coro y el chambelán levantó los ojos y tendió la botella al criado.

Sin embargo, otra manía se apoderó de la abuela. No podía soportar que alguien cayese enfermo en la casa. Un día en que la cocinera se había herido y la vio por casualidad con la mano

vendada, pretendió que toda la casa olía a yodoforme y fue difícil persuadirla de que no se podía por sólo esta razón despedir a la mujer. No quería que algo le recordase que ella podía caer enferma. Si cualquiera tenía la imprudencia de manifestar ante ella alguna pequeña molestia, no era ni más ni menos que una ofensa personal por la que guardaba rencor mucho tiempo.

Este otoño en que murió mamá, la mujer del chambelán se encerró por completo en sus habitaciones con Sofía Oxe y rompió toda relación con nosotros. Ni siquiera su hijo era recibido. Cierto que esta muerte había

venido muy inoportunamente. Las habitaciones estaban frías, las estufas humeaban, los ratones se habían introducido en la casa. En ningún sitio se estaba al abrigo de ellos. Pero no era sólo esto: la señora Margarete Brigge estaba indignada de que mamá hubiese muerto; que hubiese allí a la orden del día un tema del que rehusaba hablar; que la mujer joven le hubiese usurpado su precedencia, a ella que no pensaba morir hasta un plazo aún indeterminado. Pues a menudo pensaba que había que morir. Pero no quería apresurarse. Ciertamente, moriría cuando le placiese, y después podrían morirse todos a su

vez, sin cuidado unos después de otros, si tenían tanta prisa.

Pero no nos perdonó nunca por completo la muerte de mamá. Envejeció por lo demás rápidamente durante el invierno siguiente. Cuando andaba aún era alta, pero en la butaca se desplomaba, y su oído se hacía tardo. Podían sentarse a su lado y mirarla, con los ojos abiertos, durante horas; ella no lo sentía. Estaba hundida en sí misma, en alguna parte; no volvía en sí más que raramente, y por breves momentos, en sus sentidos que estaban vacíos y que ya no habitaba. Entonces decía algunas palabras a la condesa que le enderezaba

su mantilla, y con sus grandes manos, frescamente lavadas, recogía su vestido debajo de sí, como si hubiesen vertido agua, o como si no fuésemos bastante limpios.

Murió cerca ya la primavera, en la ciudad, una noche. Sofía Oxe, cuya puerta estaba abierta, no había oído nada. Cuando encontró a la señora Margarete Brigge a la mañana siguiente, estaba fría como el vidrio.

Después, en seguida comenzó la grande y terrible enfermedad del chambelán. Era como si hubiese estado esperando el fin de su mujer para morir

sin cuidados, con tanta violencia como fuese necesario.

Fue en el año siguiente a la muerte de mamá cuando percibí por primera vez a Abelone. Abelone estaba allí siempre. Precisamente era ésta su falta más grave. Y además, Abelone no era simpática, según había yo observado un día, en otro tiempo, con no sé qué ocasión, sin comprobar nunca seriamente este juicio. En cuanto a pedir una explicación cualquiera tocante a la presencia o a la naturaleza de Abelone, me hubiese parecido hasta entonces casi ridículo. Abelone estaba allí y se servían de ella mal que bien. Pero de pronto me

pregunté: ¿por qué Abelone está aquí? Cada uno de nosotros tiene, sin embargo, una cierta razón para estar aquí, incluso si a primera vista no aparece manifiesta, como por ejemplo la utilidad de la señorita Oxe. Pero ¿por qué Abelone está siempre aquí? En un momento dado me dijeron que ella tenía que distraerse. Después se olvidó de nuevo. Nadie contribuía con nada a la distracción de Abelone. No había la impresión de que ella se divirtiese mucho.

Por lo demás, Abelone tenía una cualidad: cantaba. Es decir, tenía temporadas en las que cantaba. Había en

ella una música fuerte e inmutable. Si es cierto que los ángeles son machos, se puede decir que tenía un acento macho en la voz: una virilidad resplandeciente, celeste. Yo que, ya de niño, era tan desconfiado con respecto a la música (no porque me llevase más violentamente que nada fuera de mí mismo, sino porque había notado que no me depositaba donde me había encontrado, sino más abajo, en lo inacabado) soportaba esta música en la que se podía subir, subir, de pie, derecho, cada vez más arriba, hasta que se pensaba estar cerca del cielo después de un instante. Yo no suponía entonces

que Abelone tuviese que abrirse aún otros cielos.

Al principio nuestras relaciones se limitaron a hablarme de la infancia de mamá. Ella tenía mucho empeño en persuadirme de lo animosa y joven que mamá había sido. De creerle, no había existido nadie capaz de medirse con mamá en la danza y en la equitación. «Ella era la más atrevida de todas e infatigable; y después se casó de pronto», decía Abelone, que después de tres años no había vuelto de su asombro. «¡Esto sucedió de manera tan inesperada! ¡Nadie comprendía nada!».

Yo tenía curiosidad por saber por qué Abelone no se había casado. Me parecía relativamente entrada en años, y no suponía que pudiese casarse aún.

«No había nadie», respondía con sencillez; y al pronunciar estas palabras se embellecía. ¿Es bella Abelone?, me pregunté sorprendido. Después abandoné la casa para ir a la Academia de Nobles, y comenzó un período odioso y áspero. Pero cuando allá en Soro estaba de pie ante la ventana, al margen de los otros que me dejaban un poco en paz, yo miraba al exterior, hacia los árboles, y en tales instantes de la noche, crecía en mí la certidumbre de que

Abelone era bella. Y comencé a escribirle todas esas cartas, largas y breves, muchas cartas secretas en las que creía hablar de Ulsgaard y de mi infortunio. Pero ahora veo bien que debieron ser cartas de amor. Y por fin, vinieron las vacaciones, que antes no querían decidirse a venir, y fue como por un acuerdo previo el que no nos viésemos delante de los demás.

No había nada convenido entre nosotros, pero cuando el coche viró para entrar en el parque no quería llegar en coche como cualquier extraño. Ya estábamos en pleno verano. Tomé uno de los caminos, y corrí hacia un cítiso. Y

Abelone estaba allí. ¡Hermosa, hermosa Abelone!

No olvidaré cómo fue cuando entonces me miraste. Cómo llevabas tu mirada, semejante a una cosa que no estuviese quieta, reteniéndola en tu rostro inclinado hacia atrás.

¡Ah!, ¿no ha cambiado el clima, y no se ha suavizado alrededor de Ulsgaard, con todo nuestro calor? Desde entonces ¿no florecen durante más tiempo ciertas rosas, en el parque, hasta en pleno diciembre?

No quiero contar nada de ti, Abelone. No porque nos engañásemos el

uno al otro: porque, aun en este tiempo, amabas a uno que nunca has olvidado, amante, y yo, a todas las mujeres; sino porque diciendo las cosas sólo se puede hacer daño.

Aquí hay tapicerías, Abelone, tapicerías. Me imagino que estás aquí; hay seis tapicerías; ven, pasemos lentamente ante ellas. Pero primero da un paso hacia atrás y míralas todas a la vez. Qué tranquilas son ¿verdad? Tienen poca variedad. Aquí está siempre esta isla azul y ovalada, flotando sobre el fondo discretamente rojo, florido y habitado por animalitos ocupados de sí mismos. Solamente, en el último tapiz,

la isla sube un poco, como si se hubiese hecho más ligera. Tiene siempre una forma, una mujer con vestidos diferentes, pero siempre la misma. A veces hay a su lado una figura más pequeña, una acompañante, y siempre hay animales heráldicos: grandes, que están en la isla, que forman parte de la acción. A la izquierda un león, y a la derecha, en claro, el unicornio; llevan los mismos estandartes que suben, por encima de ellos: de gules con banda de azur y tres lunas de plata. ¿Has visto? ¿Quieres comenzar por el primero?

Ella alimenta un halcón. ¡Mira su vestido suntuoso! El pájaro está sobre su

mano enguantada, y se mueve. Ella lo mira y al mismo tiempo, para darle algo, mete la mano en una copa que le trae la sirvienta. Abajo, a la derecha, sobre su cola, está un perrito, de pelo sedoso, que levanta la cabeza y espera que se acuerden de él —¿has visto?—, una rosaleda baja encierra la isla por detrás. Los animales se enderezan con un orgullo heráldico. Las armas de su señora se repiten en sus manteletas sostenidas por un hermoso broche. Y flotan.

No se acerca uno, a pesar suyo, más silenciosamente a la otra tapicería hasta que se ha visto la profundamente absorta

que está en sí misma la mujer. Trenza una corona, una coronita redonda de flores. Pensativa, escoge el color del próximo clavel, en la bandeja plana que le tiende la sirvienta, anudando el que le precede. Detrás de ellas, sobre un banco, hay un cesto de rosas que un mono ha descubierto. Pero es inútil: esta vez son claveles lo que hace falta. El león no toma parte; pero a la derecha el unicornio comprende.

¿No sería necesario que hubiese música en este silencio? ¿No está ya secretamente presente? Grave y silenciosamente adornada, la mujer ha avanzado —con qué lentitud, ¿verdad?

— hacia el órgano portátil, y toca de pie. Los tubos la separan de la criada, que, del otro lado del instrumento, hace funcionar los fuelles. Nunca la he visto tan bella. Extraña es su cabellera: reunida delante, en dos trenzas anudadas encima de la cabeza, y se escapa del nudo como un corto penacho. Contrariado, el león soporta los sonidos, a disgusto, conteniendo su deseo de rugir. Pero el unicornio es hermoso como agitado por olas.

La isla se ensancha. Se ha levantado una tienda. Damasco azul flameado de oro. Los animales la abren y, casi sencilla en su vestido principesco, ella

avanza, pues ¿qué son sus perlas a su lado? La criada ha abierto un estuche pequeño, y ahora saca una cadena, una pesada y maravillosa joya que había estado siempre encerrada. El perrito está sentado cerca de ella, subido en un sitio que le han preparado, y mira. ¿Has descubierto el verso encima de la tienda? Puedes leer: «*A mon seul désir*».

¿Qué ha sucedido? ¿Por qué el conejito salta hacia abajo, por qué se ve inmediatamente que salta? ¡Todo está tan turbado! El león no puede hacer nada. Ella misma tiene el estandarte. ¿O es que se agarra a él? Con la otra mano

toca el cuerpo del unicornio. ¿Es un duelo? ¿El duelo puede permanecer así de pie? Y un vestido de luto ¿puede ser tan mudo como este terciopelo negro-verde, ajado por algunos sitios?

Pero ahora viene una fiesta; nadie está invitado. La espera no desempeña ningún papel. Todo está aquí. Todo para siempre. El león se vuelve, casi amenazador; nadie tiene derecho a venir. Nunca la hemos visto fatigada; ¿está fatigada? ¿O solamente está descansando porque lleva un objeto pesado? Se diría una custodia. Pero ella pliega su otro brazo hacia el unicornio y el animal se encabrita, halagado, y sube

y se apoya en su regazo. Lo que ella tiene es un espejo. Ves: muestra su imagen al unicornio.

Abelone, me imagino que estás aquí. ¿Comprendes, Abelone? Pienso que debes comprender.

Mas he aquí que las tapicerías de la dama del unicornio han abandonado, también ellas, el viejo castillo de Boussac. Ha llegado el tiempo en el que todo se va de las casas, y ellas no pueden conservar nada. El peligro ha llegado a ser más seguro que la seguridad misma. Nadie de la estirpe de los Delle Viste va a vuestro lado y lleva su raza en su sangre. Todos han vivido. Nadie pronuncia tu nombre. Pierre d'Aubusson, gran maestro, grande entre los grandes, de una casa muy antigua, por voluntad del cual quizá fueron tejidas estas imágenes que todo lo que muestran lo valoran pero no lo confían.

(Ah, ¿por qué los poetas se han expresado de otro modo sobre las mujeres; más literalmente, según su parecer? Es cierto que no hubiéramos debido saber más que esto.) Y he aquí que el azar, entre los que por azar pasan, nos conduce aquí, y nos aterramos casi de no figurar entre los invitados. Pero hay allí además otros que pasan aún, por lo demás, poco numerosos. Apenas si la gente joven se detiene en ellos, a menos que por casualidad sus estudios les obliguen a haber visto esas cosas, advirtiendo tal o cual detalle.

Sin embargo, a veces se encuentran muchachas. Pues hay en los museos una

multitud de muchachas que han abandonado, aquí y allá, casas que no conservaban ya nada. Se encuentran ante estas tapicerías, y se olvidan durante algún tiempo. Han sentido siempre que esto debe de haber existido en algún sitio: una vida semejante, suavizada en lentos ademanes que nadie ha esclarecido nunca; y recuerdan oscuramente que ellas incluso creyeron durante algún tiempo que así sería su vida. Pero en seguida sacan un cuaderno de cualquier sitio y empiezan a dibujar no importa el qué: una florecita de las tapicerías o un animalito regocijado. No importa lo que sea, les han dicho. Y en

efecto, no importa nada. Lo esencial es dibujar; pues que para esto han salido un día de sus casas, de modo bastante violento. Son de buena familia. Pero cuando levantan los brazos para dibujar, parece que su vestido no está abrochado en la espalda, o por lo menos no lo está por completo. Hay algunos botones sin abrochar. Pues cuando se hizo este vestido no se había pensado aún en que debía ir de prisa, completamente sola. En las familias hay siempre alguien que abrocha los botones. Pero aquí, Dios mío, ¿quién se va a ocupar de eso en una ciudad tan grande? A menos que quizá se tenga una amiga; pero las amigas están

en la misma situación, y habría que terminar entonces por abrocharse los vestidos las unas a las otras. Y esto — ¿verdad?— sería ridículo y os haría pensar en la familia de la que uno no quiere acordarse.

No obstante, es inevitable que a veces se pregunte uno al dibujar si no habría sido posible quedarse en su casa. Si se habría podido ser piadosa, francamente piadosa, ya acomodándose a la marcha de los demás. ¡Pero parece tan absurdo intentar lo común! El camino, no sé cómo, se ha estrechado: las familias no pueden ya ir a Dios. No quedan, pues, más que otros dominios

que pueden repartirse como se necesite. Pero por muy honradamente que se hiciera, quedaría tan poco para cada uno por separado que sería vergonzoso. Y si se trata de engañar a los otros, entonces surgen disputas. No, en verdad, mejor es dibujar cualquier cosa. Con el tiempo, la semejanza aparecerá por sí misma. Y el arte, cuando se adquiere así, poco a poco, es en resumen, un bien muy envidiable.

Y mientras tienen la atención ocupada en su trabajo, estas muchachas no piensan en levantar más los ojos. No se dan cuenta de que a pesar de su esfuerzo para dibujar, no hacen sin

embargo más que ahogar en ellas la vida inmutable que se abre ante sí en las imágenes tejidas, resplandeciente e inefable. No quieren creerlo. Ahora que tantas cosas se transforman, también ellas quieren cambiar. No están lejos de realizar el abandono de sí mismas, y de pensar de sí, poco más o menos como lo que los hombres piensan de ellas cuando no están presentes. Y eso les parece un progreso. Están ya casi convencidas de que se busca un goce y después otro y después otro, más fuerte aún; que la vida consiste en esto, si no se quiere perder estúpidamente. Ya han empezado a volverse, a buscar. Ellas cuya fuerza

había consistido hasta ahora en esto: en que había que encontrarlas.

Eso proviene, pienso, de que están fatigadas. Durante siglos han llevado a cabo todo el amor, han desempeñado las dos partes del diálogo. Pues el hombre no hacía más que repetir la lección y mal. Y les hacía difícil su esfuerzo de enseñar, por su distracción, por su negligencia, por su celos, que eran en sí mismos una manera de negligencia. Y sin embargo ellas han perseverado día y noche, y han crecido en amor y en miseria. Y de entre ellas han surgido, bajo la presión de angustias sin fin, esas amantes inauditas, que mientras que le

llamaban, superaban al hombre. Que crecían y se elevaban más alto que él, cuando él no volvía, como Gaspara Stampa o como la Portuguesa, y que no lo abandonaban hasta que su tortura se había cambiado en un esplendor amargo, helado, que ya nadie podía detener. Sabemos de ésta y de aquélla, porque hay cartas que se han conservado como por milagro, o libros de poemas dolorosos o acusadores, o retratos que, en alguna galería, nos miran a través de un deseo de llorar, y que el pintor ha logrado porque no sabía de qué se trataba. Pero han sido muchas más, innumerables; aquellas cuyas cartas han

sido quemadas y las otras que no han tenido fuerza para escribirlas. Ancianas que se han endurecido, ocultando en sí un tuétano de delicias. Mujeres informes, que hechas fuertes por agotamiento, se van dejando convertir poco a poco en semejantes a sus maridos, y cuyo interior era, sin embargo, por completo diferente, allí donde el amor había trabajado en la oscuridad. Mujeres encintas que no querían estarlo, y que cuando morían, por fin, después del octavo nacimiento, tenían todavía los gestos y la ligereza de muchachas que se alegran de conocer el amor. Y aquellas que permanecían al

lado de dementes y de borrachos porque habían encontrado el medio de estar, en ellas mismas, más lejos de ellos que en ningún otro sitio; y cuando se encontraban entre las gentes, no podían esconderse, y resplandecían como si no hubiesen vivido más que con afortunados. ¿Quién dirá cuántas y cuáles fueron? Es como si ellas hubiesen destruido anteriormente las palabras con que se las pudiera captar.

Pero ahora que todo se hace diferente, ¿no ha llegado la ocasión de transformarnos? ¿No podríamos tratar de desarrollarnos algo y tomar poco a poco sobre nosotros nuestra parte de

esfuerzo en el amor? Nos han evitado toda su pena, y así es como se ha deslizado hasta nosotros entre las distracciones, como a veces cae en el cajón de un niño un trozo de encaje fino, y le gusta, y deja de gustarle, y queda allí entre cosas rotas y deshechas, peor que todo lo demás. Estamos corrompidos por el goce superficial, como todos los *dilettanti*, y rastreamos tras el dominio. Pero ¿qué sucedería si despreciásemos nuestro éxito? ¿Qué, si comenzásemos desde el principio a aprender el trabajo del amor que ha estado siempre hecho para nosotros? ¿Qué si regresásemos y fuésemos

principiantes, ahora que tantas cosas se disponen a cambiar?

Ya sé nuevamente lo que sucedía cuando mamá desenrollaba las piecitas de encajes. Para estas necesidades había ocupado todo un cajón del *secrétaire* de Ingeborg.

«¿Vamos a verlo, Malte?», decía, y se regocijaba como si fuesen a regalarle todo lo que contenía el pequeño estante de laca amarilla. Y después no podía, tanta era su impaciencia, desdoblar el papel de seda. Todas las veces tenía yo que ocupar su puesto. Pero yo también estaba muy agitado cuando aparecían los

encajes. Estaban enrollados en un cilindro de madera que el espesor del encaje impedía ver. Y ahora los deshacíamos con lentitud y mirábamos los dibujos desenrollarse y nos asustábamos un poco cada vez que alguno terminaba. ¡Se detenían tan repentinamente!

Primero había bandas de trabajo italiano, piezas coriáceas con hilos estirados, en las que todo se repetía sin cesar, con una clara evidencia como un jardín aldeano. Y después, de pronto, una larga serie de miradas nuestras quedaba enrejada en el encaje de aguja veneciana, como si fuésemos claustros,

o más bien prisiones. Pero el espacio se hacía libre y se veía lejos, en el fondo de jardines que se hacían cada vez más artificiales, hasta que todo ante los ojos se volvía frondoso y tibio, como en un invernadero: plantas fastuosas que no conocíamos desplegaban hojas inmensas, lianas extendían sus brazos unas hacia otras como si un vértigo las hubiese amenazado, y las grandes flores abiertas de punto de Alençon turbaban todo con su polen extendido. De pronto, agotado y turbado, uno estaba fuera y hacía pie en la larga pista de las Valenciennes, y era invierno, de madrugada, y había escarcha. Y se

lanzaba a través de las frondas cubiertas de nieve de los Binche, y llegaba a lugares en los que aún no había andado nadie; ¡las ramas se inclinaban tan extremadamente hacia el suelo!; quizá había una tumba allá debajo, pero nos lo ocultábamos el uno al otro. El frío se estrechaba cada vez más contra nosotros, y mamá terminaba diciendo cuando llegaba el fino encaje de bolillos: «¡Oh!, ahora nos vienen cristales de hielo a los ojos», y era cierto, pues dentro de nosotros hacía mucho calor.

Suspirábamos los dos de pena por tener que enrollar de nuevo los encajes.

Era un trabajo largo, pero que no queríamos confiar a nadie.

«¡Piensa, si hubiésemos tenido que hacerlos nosotros!», decía más; y yo tenía un aire verdaderamente aterrado. Y en efecto, yo no me lo figuraba. Me sorprendía pensando en animalitos que hilan siempre y que en cambio los dejan en reposo. Pero no; naturalmente, eran mujeres.

«Seguro que han ido al cielo las que han hecho esto», decía yo, penetrado de admiración. Recuerdo, pues esto me extrañó, que desde hacía tiempo yo no había preguntado nada sobre el cielo.

Mamá suspiró cuando los encajes estuvieron reunidos de nuevo.

Después de un instante, cuando yo había olvidado ya lo que acababa de decir, pronunció con lentitud: «¿Al cielo? Creo que están enteras aquí dentro. Cuando se mira así, esto podría ser una beatitud eterna. ¡Se sabe tan poco de todo esto!».

A menudo, cuando había visitas en casa, se hablaba de que los Schulin estaban reduciéndose. La gran casa solariega había ardidado hacía algunos años, y ahora habitaban las dos alas laterales, y se reducían. Pero tenían en la sangre la

costumbre de recibir invitados. Y no podían renunciar a ello. Cuando alguno venía a nuestra casa de modo inesperado, venía probablemente de casa de los Schulin; y si alguno miraba de pronto su reloj y se iba con aire asustado, era seguramente porque le esperaban en Lystager.

En verdad mamá no iba ya a ningún sitio, pero esto no podían comprenderlo los Schulin; no había solución, había que ir un día u otro. Era en diciembre, después de algunas tempranas nevadas; el trineo estaba pedido para las tres, y yo tenía que formar parte del paseo. Pero nunca se salía de casa a la hora

justa. Mamá, a quien no le gustaba que anunciaran el coche, descendía casi siempre demasiado temprano, y cuando no encontraba a nadie se acordaba siempre de alguna cosa que debería haber hecho hacía tiempo, y comenzaba a buscar o arreglar no sé qué, en lo más alto de la casa, aun cuando ya no tuviera remedio la cosa. Por último, estábamos todos allí de pie, y esperábamos. Y cuando, por fin, estaba sentada y envuelta, aún se descubría que se había olvidado algo y había que ir a buscar a Sieversen; pues solamente Sieversen sabía dónde se encontraba. Pero después echábamos a andar bruscamente, antes

incluso de que Sieversen hubiese vuelto.

Este día no había llegado a aclarar. Los árboles estaban allí como sin poder avanzar en la niebla, y era una testarudez querer penetrar allí. La nieve comenzaba a caer de nuevo en silencio, y ahora era como si todo, hasta el último rasgo, hubiese sido borrado, como si marchásemos a través de una página en blanco. No había más que el sonido de los cascabeles, y no podría exactamente decirse dónde estaban. Llegó incluso un instante en que también cesó, como si se hubiese gastado el último cascabel. Pero en seguida el tintineo se reunió de nuevo, y sonó acorde, y de nuevo se

extendió ampliamente. El campamento a la izquierda, podía ser imaginado. Pero el contorno del parque apareció de pronto, allá arriba, casi encima de nosotros, y nos encontramos en la larga avenida. Los cascabeles no se desprendían ya por completo; era como si estuviesen enganchados, en racimos, a derecha e izquierda, en los árboles. Después viramos, y dimos vuelta alrededor de algo, a la derecha, y nos detuvimos en el medio.

Georg había olvidado completamente que la casa no estaba ya allí, y para todos nosotros estaba allí en aquel instante. Subimos la escalinata que

conducía a la antigua terraza y quedamos todos asombrados de que fuese tan sombría. De pronto se abrió una puerta a la izquierda, detrás de nosotros, y alguien dijo: «Por aquí» levantando y agitando una luz amortiguada. Mi padre rió: «Erramos por aquí como fantasmas», y nos ayudó a descender las escaleras.

«Pero hasta hace un instante había aquí una casa», dijo mamá. No podía habituarse tan de prisa a Wjera Schulin, que acababa de acudir, animada y riendo. Y había que entrar en seguida, y no había que pensar más en la casa. Recogían los abrigos en un vestíbulo

estrecho, y de pronto se estaba en medio de lámparas y frente al calor.

Estos Schulín eran una poderosa familia de mujeres autónomas. No sé si hubo alguna vez hijos en ella. Sólo recuerdo tres hermanas; la mayor casada con un marqués napolitano, del que, proceso tras proceso, no terminaba de divorciarse. Después venía Zoé, de la que se decía que no había nada en el mundo que ignorase. Y sobre todo estaba Wjera, esta ardiente, Wjera: Dios sabe qué habrá sido de ella. La condesa, una Narischkin, era en realidad la cuarta hermana, y en cierto aspecto, la más joven. Ella no sabía nada, y sus hijos

tenían que informarle continuamente. Y el bravo Conde Schulin se *creía* casi casado con todas estas mujeres; iba, venía y las besaba, un poco al azar.

Rio primero muy fuerte, y nos saludó con una atención minuciosa. Las mujeres me hacían circular de mano en mano, me agarraban y me interrogaban. Pero yo estaba resuelto a escaparme en seguida, de cualquier modo, y ponerme a escudriñar la casa. Estaba convencido de que ella estaba hoy allí. No me era muy difícil abandonar la habitación. Entre tantos vestidos me podía deslizar por abajo, como un perro, y la puerta del vestíbulo no estaba más que entornada.

Pero afuera la puerta exterior no quiso ceder. Había allí muchos mecanismos, cadenas y cerrojos, que en mi apresuramiento manejaba con torpeza. Súbitamente terminó por abrirse, pero haciendo mucho ruido, y antes de estar fuera, sentí que me sujetaban y llevaban hacia atrás.

«¡Alto, aquí no se escurre uno!», dijo Wjera Schulin con aire divertido. Se inclinó hacia mí, y yo estaba decidido a no traicionarme con esta animada y riente persona. Pero como yo no decía nada, ella supuso sin más que una necesidad natural me había empujado a la puerta; tomó mi mano

andando, y con un aire en el que había familiaridad y altivez, quiso arrastrarme no sé adónde. Este equívoco íntimo me hirió en forma desmedida. Me solté y la miré con aire colérico:

—Lo que quiero ver es la casa — dije orgullosamente. Ella no comprendió —. La casa grande, fuera, cerca de la escalera.

—Tontito —dijo intentando atraparme—, ya no hay casa allá.

Yo insistí.

—Iremos otra vez, de día —propuso conciliadora—. Ahora no se puede ir. Hay agujeros, y detrás están los

criaderos de peces de papá, que no tienen que helarse. Te caerías en el agua y te convertirías en pez.

Al mismo tiempo me empujaba ante ella, hacia las habitaciones iluminadas. Allí estaban todos sentados, y los miré uno tras otro: «Sólo se entienden cuando ella no está —pensé despectivamente—. Si mamá y yo viviésemos aquí, ella estaría siempre aquí». Mamá parecía distraída, mientras que los demás hablaban todos a un tiempo. Ella seguramente pensaba en la casa.

Zoé se sentó a mi lado y me hizo preguntas. Tenía un rostro bien

ordenado, en el que la inteligencia se renovaba de vez en cuando como si siempre comprendiera nuevas cosas. Mi padre estaba sentado, el cuerpo ligeramente inclinado hacia la derecha, y escuchaba a la marquesa que reía. El conde Schulin estaba de pie entre mamá y su mujer, y contaba algo. Pero vi a la condesa interrumpirse en mitad de una frase.

—No, querida, ego es que te lo imaginas —dijo bonachonamente el conde, pero él también puso de pronto un rostro inquieto que adelantaba por encima de las dos señoras. Sin embargo no se podía hacer renunciar tan

fácilmente a la condesa a esa idea. Parecía en tensión, como alguien que no quiere ser molestado. Hacía pequeñas señales de defensa, con sus blandas manos ensortijadas. Alguien hizo «Sst», y de pronto sobrevino un silencio.

Detrás de los hombres, los grandes objetos de la antigua casa se amontonaban demasiado próximos. El pesado servicio de plata de familia brillaba y se abombaba, como visto a través de una lupa. Mi padre se volvió, sorprendido.

«Mamá huele algo», dijo Wjera Schulin detrás de él; «callémonos todos,

huele con sus oídos». Incluso ella arqueaba las cejas, atenta, y no era más que nariz.

A este respecto los Schulin se habían vuelto raros después del incendio. En las habitaciones estrechas y recalentadas podía haber un olor en cualquier momento, y entonces se analizaba, y cada uno daba su opinión. Zoé se ocupaba de la estufa, práctica y concienzuda; el conde iba y venía, se detenía un instante en cada rincón, y esperaba. «No es aquí», decía entonces. La condesa se había levantado sin saber dónde tenía que buscar. Mi padre giró sobre sí mismo como si tuviese el olor a

la espalda. La marquesa, que había supuesto en seguida que debía ser un mal olor, mantenía su pañuelo en la boca, y miraba a unos y otros para saber si ya hacía pasado. «¡Aquí, aquí!», decía Wjera, de vez en cuando, como si ya lo tuviese. Y en torno de cada palabra se hacía un silencio extraño. En lo que me concierne, de acuerdo con los demás, había ejercitado valientemente mi olfato. Pero de pronto (¿era por el calor de las habitaciones o por tanta luz cerca?) me sentí sobrecogido, por primera vez en mi vida, con algo así como miedo a los fantasmas. Se me representó claramente que todas estas personas mayores tan

evidentes, que un momento antes aún hablaban y reían, andaban encorvadas y estaban ocupadas en no sé que invisible; que estaban obligados a admitir la presencia de algo que ellas no veían. Y era horrible pensar que este algo fuese más fuerte que ellos.

Mi miedo aumentó. Me parecía que lo que buscaban podía brotar de mí como una erupción, y entonces lo verían y tenderían el dedo hacia mí. Desesperado, dirigí mi vista a mamá. Estaba sentada singularmente tiesa, y me parecía que esperaba algo. Apenas estuve a su lado sentí que temblaba por dentro, supe que la casa comenzaba a

fundirse de nuevo.

«Malte, miedoso», rieron por algún lado. Era la voz de Wjera. Pero no nos abandonamos, y sufrimos juntos el mismo mal, y permanecemos así, mamá y yo, hasta que la casa se hubo desvanecido de nuevo.

Pero los días de cumpleaños eran, de todos modos, los más ricos en experiencias casi inaprehensibles. Claro es, ya sabía uno que la vida se complacía en no hacer diferencias; sin embargo, para ese día se levantaba uno con la conciencia de un derecho a la alegría, que no podía ser puesto en duda.

Es probable que el sentimiento de ese derecho se hubiera desarrollado muy temprano, en la época en que se abarca todo, y todo se recoge, y se elevan los objetos que, por caso, tiene uno en las manos con una fuerza de imaginación indesviable hasta la intensidad y el color fundamental de lo que se anhela.

Pero luego vienen de golpe esos singulares días de cumpleaños en que, en la segura y plena conciencia de ese derecho consolidado, se ve cómo los otros se hacen inciertos. Quisiera uno que le vistieran como antes, y así todo lo demás. Pero apenas uno se despierta, siempre hay quien grite que aún no ha

llegado la tarta; o bien, se oye romperse algo al tiempo que, en la habitación inmediata, preparan la mesa adornada de regalos; o bien alguien entra y deja abierta la puerta, y se ve todo antes de lo que hubiera querido verse. En tal instante se realiza en uno algo así como una operación. Una irrupción breve y terriblemente dolorosa. Pero la mano que la ejecuta es firme y diestra, Todo acaba pronto. Y apenas superada, ya no se piensa más en sí mismo; hay que salvar el cumpleaños, observar a los otros; prevenir sus faltas, robustecer su ilusión de que se desenvuelven perfectamente. No le facilitan a uno la

tarea. Parece que son de una torpeza sin ejemplo, casi estúpidos. Encuentran siempre el camino para entrar con paquetes que están destinados a otras personas. Uno corre a su encuentro, y hay que fingir en seguida que se vuelve a la habitación por gusto de moverse y sin ninguna finalidad precisa. Quieren sorprenderle a uno, y con una curiosidad y una expectativa sólo superficialmente fingidas levantan la cubierta interior de cajas de juguetes que no contienen más que viruta; y entonces hay que ayudarles a superar su embarazo. O si no, cuando se trata de un juguete mecánico, ellos mismos saltan el resorte de su regalo al

primer tirón. Es cosa buena, cuando uno está previamente ejercitado, poder empujar con el pie, sin que se note, un ratón o cosa análoga al que se le ha soltado la cuerda; de este modo se consigue engañarles y evitarles la vergüenza.

Por lo demás, esto lo hacía uno a voluntad, incluso sin poseer especiales dotes. Cuando se necesitaba talento era cuando alguien se había molestado y traía —desbordante de impaciencia y jovialidad— una alegría, y se veía ya desde lejos que esta alegría lo hubiera sido para otra persona distinta, que era una alegría por completo extraña; tan

extraña, que ni siquiera se sabía a quién le hubiera podido convenir.

El que se contasen cosas, que se contase de verdad, no debía haber sucedido sino mucho antes de mi época. Yo nunca he oído contar a nadie. En otro tiempo, cuando Abelone me hablaba de la juventud de mamá, resultó que no sabía contar. Se pretendía que el viejo conde Brahe, todavía, él sí sabía contar. Quiero escribir aquí lo que ella me dijo sobre esto.

Abelone, una muchacha aún muy tierna, debía haber tenido una sensibilidad amplia y peculiar. Los

Brahe habitaban entonces en la ciudad, en la Bretgade, y llevaban una vida bastante mundana. Cuando, al final de la velada, ella subía a su cuarto, creía estar fatigada como los demás. Pero entonces, de golpe, percibía la ventana, y, si yo entendí bien, podía permanecer así durante horas, de pie ante la noche, pensando: esto me afecta. «Era allí semejante a una prisionera, decía, y las estrellas eran la libertad». No podía acostarse sin llegar antes al estado de pesadez. La expresión «caerse de sueño» no tenía nada que hacer en este año de muchacha. El sueño era algo que subía con uno y de vez en cuando se

tenían los ojos abiertos, y uno estaba tendido sobre una nueva superficie que todavía no era la más elevada. Y después, se estaba en pie antes del día: incluso en invierno, cuando los demás llegaban al desayuno, ya tardío, dormidos y retrasados. A la tarde, al caer la noche, no había nunca sino luces para todos, luces comunes. Pero estas dos candelas, encendidas muy temprano en una oscuridad nueva, con las que todo volvían a comenzar, éstas le pertenecían a uno. Estaban plantadas en el candelabro bajo dos brazos, y parecían arder tranquilamente, apareciendo a través de las pantallas ovaladas de tul

en que había rosas pintadas, y que de vez en cuando era preciso bajar un poco. Esta necesidad no tenía nada de molesta. En primer lugar, no había prisa ninguna, y luego, ocurría con frecuencia que había que levantar los ojos y reflexionar al escribir una carta o alguna página de ese diario que se había comenzado en otro tiempo con una letra distinta, aplicada y bella.

El conde Brahe vivía con mucha independencia respecto de sus hijas. Consideraba ilusoria la pretensión de algunos que suponen compartir su vida con otras personas. («Sí, sí, compartir», decía.) Pero no le disgustaba que las

gentes le hablasen de vez en cuando de sus hijas. Escuchaba con atención, como si ellas habitaran en otra ciudad.

Por eso no fue una gran sorpresa cuando un día, después del desayuno, hizo señas a Abelone de que se acercara.

«Tenemos las mismas costumbres, me parece. Yo también escribo por la mañana muy temprana. Tú puedes ayudarme...».

Abelone se acordaba todavía como si hubiese sido ayer.

Desde el día siguiente por la mañana se le dio acceso a la sala de trabajo de

su padre, cuya entrada parecía prohibida. No tuvo tiempo de posar la mirada sobre todo lo que la rodeaba, pues hubo de sentarse en seguida frente al conde, ante la mesa que le pareció una vasta llanura donde los libros y legajos representaban aldeas.

El conde dictó. Los que afirmaban que el conde redactaba sus memorias no estaban por entero descaminados. Pero no se trataba ni de recuerdos políticos, ni de recuerdos militares que se esperaban de él con impaciencia. «Yo olvido esas cosas», respondía brevemente el viejo cuando le interrogaban sobre hechos tales. Lo que

no quería olvidar era su infancia. Era muy especialmente afecto a ella. Le parecía normal que esos tiempos tan lejanos tomasen en él el primer plano y que, al dirigir la mirada dentro de sí, los encontrase como en una clara noche de estío de los países nórdicos, extasiada y sin sueño.

Algunas veces se sobresaltaba y hablaba sobre las candelas cuyas llamas vacilaban. O bien creía necesario tachar frases enteras, y en seguida recorría la pieza, arriba y abajo con vehemencia, haciendo ondear los paños de su gran bata de seda verde-nilo. Mientras que se desarrollaban estas escenas, había

todavía otra persona allí: Sten, el viejo ayuda de cámara, jutlandés, del conde, cuyo deber era, cuando mi abuelo se levantaba de improviso, poner en seguida las manos sobre las hojas sueltas que, cubiertas de notas se hallaban extendidas sobre la mesa. Su Gracia tenía la idea de que el papel de hoy ya no valía nada, que era demasiado ligero y se volaba al menor soplo. Y Sten, de quien sólo se veía medio cuerpo, participaba de esta desconfianza y parecía, apoyado en las palmas de las manos, ciego a la luz y serio como un ave nocturna.

Este Sten pasaba sus tardes de

domingo leyendo a Swedenborg, y ninguno de los criados osaba entrar en su cuarto, porque se decía que evocaba a los espíritus. La familia de Sten había tenido siempre relación con los espíritus, y Sten parecía predestinado para cultivar este género de amistades. Su madre había tenido una aparición la noche en que le daba a luz. Los ojos de él eran grandes y redondos, y el otro extremo de su mirada parecía fijarse siempre detrás de la persona que miraba. El padre de Abelone preguntaba con frecuencia por los espíritus de igual manera que se pregunta a uno por la salud de sus familiares: «Pero, ¿es que

vienen, Sten? —se informaba con benevolencia—. Tanto mejor entonces, tanto mejor».

El dictado continuó así durante varias mañanas. Pero un día Abelone no supo escribir la palabra Eckernforde. Era un nombre propio, y ella no lo había oído nunca. El conde que, en verdad, buscaba hacía tiempo un pretexto para renunciar a escribir, porque la pluma iba más despacio que sus recuerdos, se mostró irritado.

«Ella no sabe escribirlo —dijo con tono cortante— y otros no sabrán leerlo. ¿Verán siquiera lo que quiero decir?»,

continuó en cólera creciente, sin dejar de mirar a Abelone.

«¿Le verán a este Saint-Germain? — exclamó, vuelto hacia ella—. ¿Hemos dicho Saint-Germain? Táchalo. Escribe: el marqués de Belmare».

Abelone tachó y escribió. Pero el conde continuó hablando tan de prisa que se hacía imposible seguirle.

«No podía soportar a los niños este excelente Belmare, pero, siendo yo muy pequeño, me tomó en sus rodillas, y yo tuve la idea de morder sus botones de diamante. Esto le agradó. Rió, y me levantó el mentón hasta mirarnos el uno

en los ojos del otro: “Tienes buenos dientes, dijo, tienes dientes verdaderamente emprendedores...”. He tratado, sin embargo, de retener el recuerdo de sus ojos. He rodado por acá y por allá después de eso. He visto ojos de todas clases, puedes creerme; pero no he vuelto a ver otros semejantes. Para esos ojos hubieran valido más que nada existiera, pues contenían todo en sí. ¿Has oído hablar de Venecia? Bien. Yo te digo que estos ojos hubieran traído Venecia a esta habitación, y la hubieran hecho tan presente como esta mesa. Un día estaba yo sentado en un ángulo de la pieza y le oía hablarle a mi padre de

Persia: a veces me parece que mis manos guardan todavía el olor a ella. Mi padre le estimaba, y Su Alteza el Landgrave era un poco discípulo suyo. Pero naturalmente, había muchas gentes que le reprochaban no creer en el pasado sino cuando el pasado estaba en él. No podían comprender que este artilugio no tiene sentido sino cuando se ha nacido con él.

»Los libros están vacíos, exclamaba con un gesto furioso hacia las paredes; lo que importa es la sangre, y eso es lo que hay que saber leer. La sangre de Belmare contenía historias singulares e imágenes extrañas. Se abriera por donde

se abriera, siempre contenía alguna cosa. Ninguna página de su sangre había quedado en blanco. Y cuando, de vez en vez, se encerraba para hojearla a solas, llegaba, por ejemplo, a los pasajes sobre la alquimia, sobre las piedras y sobre los colores. ¿Por qué no habían de figurar allí todas esas cosas? En algún sitio tenían que figurar.

»Hubiera podido vivir a gusto con una sola verdad, este hombre, si hubiera estado solo. Pero no era una pequeñez estar solo con tal compañía. Por otra parte no tenía tan mal gusto como para invitar a las gentes a ir a verle cuando estaba en compañía de su verdad; no

quería que ella anduviera en habladurías; era demasiado oriental para esto. «*Adieu, Madame* —decía muy sinceramente—, hasta otra vez. Quizá dentro de mil años seremos más fuertes e imperturbables. Su belleza se encuentra en crecimiento. *Madame*» —decía, y no era por simple cortesía. Después se iba y creaba fuera, para las gentes, su parque zoológico, una especie de *Jardín d'Aclimatation* para las grandes especies de mentiras aún desconocidas en nuestros parajes, y un palmeral de exageraciones, y una pequeña higuera de falsos secretos. Entonces venían de todas partes, y él iba

acá y allá los zapatos adornados con hebillas de diamantes, y solamente estaba allí para sus invitados.

»¿Una existencia superficial? Por lo menos, testimonió en el fondo un corazón caballeresco respecto de su dama, y se conservó bien para llevar tal vida».

Desde hacía algún tiempo el anciano no se dirigía ya a Abelone, a la que había olvidado. Iba y venía como un loco, lanzando miradas provocadoras a Sten como si Sten fuese de un momento a otro a transformarse en el objeto de su pensamiento. Pero Sten no se

transformaba aún.

«Sería necesario verlo —continuaba el conde Brahe con encarnizamiento—. Desde hacía algún tiempo era perceptible que en algunas ciudades las cartas que recibía no iban dirigidas a nadie: el sobre no llevaba más que el nombre de la ciudad, nada más. Sin embargo yo lo he visto».

«No era hermoso». El conde rió con una especie de prisa extraña. «Ni siquiera eso que las gentes llaman: importante o distinguido. Había siempre a su lado hombres más distinguidos. Era rico, pero, por su parte, esto era sólo

una casualidad a la que no concedía importancia. Estaba bien conformado, aunque otros se mantuviesen más derechos que él. Naturalmente yo no podía juzgar si era espiritual, si era esto o aquello, a lo que comúnmente se da precio, pero *era*». Temblando, el conde se enderezó e hizo un movimiento, como si hubiese empujado en el espacio un objeto que permaneciese inmóvil.

En este instante se dio cuenta de nuevo de la presencia de Abelone.

«¿Le ves?», la interpeló con un tono imperioso. Y de pronto tomó un candelabro de plata, y cegándola

iluminó el rostro de Abelone.

Ella recordó haberle visto.

Los días siguientes Abelone fue llamada con regularidad, y después de este incidente, el dictado continuó con más calma. El conde reconstituyó mediante toda clase de manuscritos sus más antiguos recuerdos sobre los allegados de Bernstorff, cerca del cual su padre había desempeñado un cierto papel. Abelone estaba ahora tan habituada a las particularidades de su trabajo que cualquiera que hubiese visto su colaboración afanosa hubiese creído fácilmente que se trataba de una

confianza verdadera. Un día en que Abelone quiso ya retirarse, el conde se dirigió hacia ella y fue como si tuviese una sorpresa en sus manos puestas a la espalda: «Mañana escribiremos acerca de Julia Reventlow», dijo y se le vio experimentar regocijo al pronunciar estas palabras: «Fue una santa».

Sin duda, Abelone le miró con aire incrédulo.

«Sí, sí, sostuvo él con voz imperiosa, aún hay santas, hay de todo, condesa Abel».

Tomó las manos de Abelone y las separó como se abre un libro.

«Tenía estigmas, dijo, aquí y aquí» y con su frío dedo tocó dura y rápidamente las dos palmas de la joven.

Abelone no conocía la palabra: estigmas. Veremos, pensó. Estaba impaciente por oír hablar de la santa que su padre había alcanzado a conocer. Pero no la llamaron ya ni, al día siguiente ni en adelante...

«Con frecuencia se habló en nuestra casa de la condesa Reventlow», terminaba brevemente Abelone, cuando le pedía que me contase más. Parecía cansada. Pretendía haber olvidado la mayoría de estos acontecimientos. «Pero

a veces siento aún las dos marcas», añadía sonriendo —y no podía evitar el mirarse casi con curiosidad sus palmas vacías.

Ya antes de la muerte de mi padre todo se había transformado. Ulsgaard no nos pertenecía ya. Mi padre murió en la ciudad, en una casa de pisos donde yo me encontraba desorientado, en una atmósfera casi hostil. Ya entonces estaba yo en el extranjero, y llegué demasiado tarde. Lo habían puesto en el féretro, entre dos filas de altos cirios, en una habitación que daba al patio. El olor de las flores era ininteligible, como demasiadas voces que resuenan a la vez.

Su hermoso rostro, cuyos ojos habían cerrado, tenía la expresión de una persona que por cortesía quiere recordar. Estaba vestido con el uniforme de capitán de cazadores, pero, no sé por qué, le habían puesto el lazo blanco en lugar del azul. Sus manos no estaban juntas, sino cruzadas al bies: su posición parecía imitada y desprovista de sentido. Me contaron muy de prisa que había sufrido mucho; no lo parecía ya. Sus rasgos estaban ordenados como los muebles de un salón de visitas que alguien acaba de abandonar. Me parecía haberle visto muerto varias veces ya, tal aire conocido tenía todo esto.

Sólo el medio era nuevo y me afectó penosamente. Nueva era esta habitación desoladora frente a la que había dos ventanas —sin duda, ventanas de otras gentes—. Era nuevo que Sieversen entrase de vez en cuando y no hiciese nada. Sieversen había envejecido. Después tuve que desayunarme. Varias veces fue anunciado el desayuno. Pero yo no tenía ninguna gana de desayunarme ese día. No me di cuenta de que querían hacerme salir; por fin, como yo no me iba, Sieversen dejó oír, no sé cómo, que los médicos estaban allí. No comprendí por qué. Hay aún algo que hacer aquí, dijo Sieversen, y sus ojos enrojecidos

me miraban con insistencia. Después entraron con un poco de precipitación dos señores: eran los médicos. El primero con un movimiento brusco inclinó la cabeza —como si hubiese tenido cuernos y quisiera arremeter— para mirarnos por encima de los cristales de sus lentes: primero a Sieversen, después a mí.

Se inclinó con la corrección afectada y ceremoniosa de un estudiante. «El señor capitán de cazadores tenía aún un deseo», dijo con tono exactamente igual a su modo de entrar, y daba la sensación de que su prisa le iba a hacer derrumbarse hacia adelante. Le obligué,

no sé cómo, a hacer pasar su mirada por los cristales de sus lentes. Su colega era un hombre rubio, entrado en carnes, bajo un piel delicada. Pensé de pronto que sería fácil hacerle enrojecer. Después hizo una pausa. Me parecía singular que el capitán de cazadores tuviese aún deseos.

A pesar mío miré de nuevo el hermoso rostro regular. Y supe entonces que quería tener la certeza. En el fondo, él había sido siempre una certeza. Ahora iba a recibir satisfacción.

«¿Han venido para la punción del corazón? Háganlo, háganlo».

Me incliné y di un paso atrás. Los dos médicos saludaron y empezaron en seguida a ponerse de acuerdo sobre su trabajo. Alguien separaba ya los cirios. Pero el de más edad insinuó aún algunos pasos hacia mi. Llegado a cierta distancia, se plegó hacia adelante para ahorrarse el resto del camino y me lanzó una mirada irritada.

«No es necesario, dijo; es decir, yo pienso que sería mejor que usted...».

Me pareció descuidado y gastado en su actitud, tan poco pródiga de sí y tan apresurada. Me incliné aún una vez. Las circunstancias querían que yo me

volviera a inclinar ahora.

«Gracias, dije apenas, no les molestaré».

Yo sabía que podría soportar eso y que no había razón para sustraerme a ello. Era inevitable. Quizá esto contenía el sentido de todo lo demás. Y por otra parte, yo no había visto nunca perforar el pecho de nadie. Me parecía muy razonable que yo no eludiese una experiencia tan rara, puesto que la ocasión se presentaba fácilmente y sin buscarla.

En ese tiempo no creía ya en las decepciones; no había pues nada que

temer.

No, no, no hay nada en el mundo que se pueda imaginar, ni la menor cosa. Todo se compone de tantos y tantos detalles únicos, que no se puede nada prever. Al imaginar se pasa sobre ellos, y con tal rapidez que no se da cuenta uno de que faltara. Pero las realidades son lentas e indescritiblemente circunstanciadas.

¿Quién, por ejemplo, hubiese imaginado esta resistencia? Apenas el ancho y alto pecho quedó desnudo y ya el hombrecillo apresurado había encontrado el lugar de que se trataba.

Pero el instrumento, cuando fue aplicado, no penetró. Tuve la sensación de que el tiempo, súbitamente, estaba fuera de la habitación. Estábamos como en una estampa. Pero en seguida el tiempo nos alcanzó con una velocidad creciente y un ligero deslizamiento: hubo de pronto más del que podía ser empleado. De repente golpearon en algún sitio. Nunca había yo oído golpear así: era un ruido cálido, cerrado y doble. Mi oído lo transmitió y al mismo tiempo vi que el médico había llegado al fondo. Pero pasó un instante antes de que las dos impresiones se juntasen en mí. Vamos, vamos, pensé, de modo que

ya está. El latido —o por lo menos su ritmo— resonó casi con una alegría maligna y triunfante.

Miré al individuo que ahora conocía ya desde hacía mucho tiempo. No, se dominaba por completo: era un señor que trabajaba de prisa y bien, que se iba a marchar en seguida. No había en su actitud el menor rastro de alegría o satisfacción. Sobre su cien izquierda solamente, no sé qué antiguo instinto había enderezado algunos cabellos. Retiró el instrumento con precaución, y hubo algo parecido a una boca, de donde dos veces seguidas se escapó sangre, como si esta boca hubiese pronunciado

una palabra de dos sílabas. El joven médico rubio, con un gesto elegante, la recogió en seguida con un poco de algodón. Y después la herida permaneció tranquila, como un ojo cerrado.

Hay que admitir que me incliné de nuevo, sin darme esta vez cuenta exacta de mis gestos. Por lo menos me extrañé de encontrarme solo. Alguien había puesto en orden el uniforme, y el lazo blanco estaba colocado allí, como hacía un momento. Pero ahora el capitán de cazadores estaba muerto, y no solamente lo estaba él. Ahora el corazón estaba traspasado, nuestro corazón, el corazón

de nuestra estirpe. Ahora estaba consumado. Esto era la ruptura del yelmo:

«Hoy Brigge, y ya nunca más», decía en mí una voz.

No pensé en mi corazón. Y cuando más tarde lo pensé, supe por primera vez con certeza que no se trataba de él. Era un corazón particular. Estaba dispuesto a comenzar desde el principio.

Sé que me figuré que no podría en seguida emprender el viaje. Primero es necesario, me repetía, que todo esté puesto en orden. Pero no veía muy claramente lo que había que poner en

orden. No había nada que hacer. Iba y venía por la ciudad, y noté que se había transformado. Me era agradable, al salir del hotel donde me había hospedado, descubrir que era ahora una ciudad para personas mayores, que hacía alarde de todos sus recursos, casi como ante los ojos de un extraño. Todo se había hecho un poco pequeño, y yo bajaba por la Langelinie hasta el faro, y luego volvía sobre mis pasos. Cuando me acerqué a la Ameliangade, ocurrió sin embargo que, yo no sé de dónde, surgió cierta influencia acatada durante años y que de nuevo trataba de ejercer ahora su poder. Había allí ciertas ventanas de esquinas o

ciertos porches, o ciertas farolas, que sabían mucho de uno y que le amenazaban con ello. Yo las miraba de frente y les hacía saber que habitaba en el hotel Fénix y que en cualquier momento podía emprender de nuevo el viaje. Pero mi conciencia no se quedaba tranquila. Se formaba en mí la sospecha de que todavía no había conseguido dominar todas esas influencias y vinculaciones. Las había abandonado un día en secreto, inconclusas como estaban. También la infancia estaría, según esto, en cierto modo por hacer, si no se la quería considerar como definitivamente perdida. Y mientras que

comprendía de qué manera la había perdido, sentía al mismo tiempo que ya nunca poseería nada en que pudiera apoyarme.

Todos los días pasaba algunas horas en la Dronningens Tvaergade, en esas habitaciones estrechas que tenían un aire ofendido, como todos los departamentos donde ha muerto alguien. Iba y venía entre la mesa de escritorio y la gran estufa de mampostería, y quemaba los papeles del capitán de cazadores. Había comenzado por echar al fuego los atados enteros de cartas, tal como las había encontrado, pero los pequeños paquetes estaban demasiado bien atados y sólo se

carbonizaba el reborde. Tuve que superar una cierta repugnancia a desanudarlos. La mayor parte tenían un olor fuerte y penetrante que me asaltaba como si también quisiera despertar recuerdos en mí. Yo no los tenía. Ocurrió que se escaparon fotografías, más pesadas que todo lo demás; y estas fotografías ardían con una lentitud increíble. No sé cómo se produjo esto, pero de repente me imaginé que el retrato de Ingeborg pudiera encontrarse entre ellas. Pero cada vez que miraba, veía mujeres maduras, magníficas, y de una belleza demasiado evidente, que me sugerían pensamientos por completo

distintos. Pues se comprobaba ahora que yo no estaba enteramente desprovisto de recuerdos. Precisamente tales ojos eran los que yo encontraba a veces cuando, en la época en que comenzaba a crecer, cruzaba la calle al lado de mi padre. Entonces, desde el fondo del coche, ellas podían envolverme con una mirada a la que era difícil escapar. Yo sabía ahora que ellas me comparaban con él y que la comparación no me era favorable. No, es verdad, el capitán de cazadores no tenía que temer ninguna comparación.

Es posible que ahora sepa yo algo que él ha tenido. Quiero revelar lo que me ha conducido a esta suposición. En

el fondo de su cartera se encontraba un papel que llevaba mucho tiempo doblado y estaba blando y roto en los pliegues. Lo leí antes de quemarlo. Estaba escrito con todo el cuidado de su mano, escrito de modo seguro y regular, pero yo noté en seguida que sólo se trataba de una copia.

«Tres horas antes de su muerte», así comenzaba, y se refería a Cristian IV. Claro está que no puedo repetir literalmente el contenido. Tres horas antes de su muerte pidió levantarse. El médico y el ayuda de cámara Wormius le ayudaron a incorporarse. Estaba de pie, un poco inseguro, pero de pie, y le

vistieron con su bata respunteada. Después se sentó en el borde de la cama de golpe y dijo algo. No había manera de entenderle. El médico mantenía siempre allí su mano izquierda para que el rey no se volviera a caer sobre la cama. Permanecieron así sentados, y el rey decía de tiempo en tiempo con dificultad y turbación lo ininteligible. Por fin el médico comenzó a animarle y hablarle; esperaba adivinar poco a poco lo que el rey quería decir. Al cabo de un instante, el rey le interrumpió y dijo de pronto y muy claramente: «Oh, doctor, doctor ¿cómo se llama?». Al médico le costó trabajo caer en la cuenta.

«Sperling, Señor».

Pero esto no era lo que importaba. El rey, tan pronto como oyó que le entendían abrió el ojo derecho, que conservaba, y dijo con todo su rostro, la palabra que desde hacía horas formaba su lengua, la única que tenía: «Doden, dijo, Doden»^[4].

No había más en la hoja que encontré. La releí varias veces antes de quemarla. Y me acordé que mi padre había sufrido mucho en los últimos tiempos. Por lo demás, me lo habían contado.

A partir de entonces he reflexionado

mucho sobre el miedo a la muerte, no sin hacer entrar en estas consideraciones ciertas experiencias personales. Creo poder decir lo que he sentido. Se apoderó de mí en plena ciudad, en medio de las gentes, con frecuencia sin razón alguna. Otras veces, por el contrario, las razones se multiplicaban, por ejemplo, cuando alguien se abandonaba sobre un banco y todos estaban de pie a su alrededor y le miraban, y él había sobrepasado su miedo: entonces era yo quien experimentaba su miedo. O bien, en una ocasión en Nápoles: aquella persona joven estaba sentada frente a mí en el

tranvía, y murió. Primero se creyó que era un desvanecimiento, y aún continuamos marchando un rato. Pero pronto no hubo duda posible de que teníamos que detenernos. Y detrás de nosotros se estacionaban los coches y se hacían cada vez más numerosos, como si ya no se pudiera marchar nunca en esa dirección. La muchacha pálida y gorda hubiera podido morir tranquilamente apoyada así sobre su vecina. Pero su madre no lo permitió. Le creó todas las dificultades posibles. Le desordenó las ropas y le echó algo en la boca que ya no retenía nada. Frotó sobre su frente un líquido que alguien le había procurado,

y cuando los ojos se volvieron un poco, comenzó a sacudirla para que la mirada viniera otra vez adelante. Gritaba en sus ojos que no oían, tiraba y empujaba el todo de derecha a izquierda como si fuera una muñeca, y por fin, tomó impulso y golpeó con todas sus fuerzas esta cara gruesa para que no muriera. Entonces yo tuve a mi vez miedo.

Pero antes de eso había tenido ya miedo. Por ejemplo cuando murió mi perro. Éste que me acusó de una vez para siempre. Estaba muy enfermo. Todo el día me lo pasé arrodillado cerca de él, y de repente me enderezó un ladrido breve y cortado tal como los que lañaba

cuando entraba en la habitación un extraño. Esta especie de ladrido había sido convenido en algún modo entre nosotros dos para tal caso, y maquinalmente me volví hacia la puerta. Pero la cosa estaba ya con él. Inquieto, busqué su mirada, y él buscó la mía. No para despedirse de mí, sin embargo. Me miraba con dureza y distancia. Me reprochaba haber dejado entrar. Estaba convencido de que hubiera podido impedirlo. Ahora se demostraba que había sobreestimado mi poder. Y ya no era tiempo de explicarle. Me miró con distancia y soledad, hasta que todo hubo terminado.

O también tuve miedo cuando en otoño, después de las primeras heladas, venían las moscas a las habitaciones y todavía se reanimaban con el calor. Estaban muy desecadas y se asustaban de su propio zumbido; se veía que ni ellas sabían ya lo que hacían. Permanecían inmóviles durante horas y se dejaban estar, hasta que caían en la cuenta de que vivían aún; entonces se arrojaban de modo ciego a cualquier parte y no comprendían lo que querían y se las oía volver a caer más lejos, en un sitio y en otro. Y por fin se arrastraban por todas partes y cubrían lentamente con su muerte toda la habitación.

E incluso, estando solo, ocurrió que yo tuviera miedo. Para qué había de fingir que no han existido esas noches en que me erguía el miedo mortal, y me hacía aterrarme a la idea de que, al menos, el estar sentado era algo vivo; pues los muertos no están sentados. Era siempre en uno de esos cuartos adventicios, que me desamparaban tan pronto como me sentía mal, como si temieran verse comprometidos y mezclados a mis penalidades. Estaba sentado, y sin duda mi aspecto era tan asustante que ninguna cosa tenía el valor de reconocerme. La luz misma, a la que yo acababa de hacer el favor de

encenderla, no quería saber nada de mí. Ardía para sí misma, como en una habitación, vacía. Entonces, mi última esperanza era, como siempre, la ventana. Me figuraba que podría haber todavía allá fuera alguna cosa que me perteneciera, incluso ahora, en esta repentina pobreza del morir. Pero apenas había mirado hacia allá, deseaba que la ventana hubiera estado condenada, cerrada, como el muro. Pues ahora sabía que allí todo continuaba con la misma indiferencia y que tampoco fuera existía nada distinto de mi soledad. La soledad que yo había hecho a mi alrededor, y cuya grandeza no

estaba ya en proporción a mi corazón. Me acordaba de las personas que había yo dejado una vez, y no comprendía cómo puede dejarse alguna vez a las personas.

Dios mío, Dios mío, si aún me aguardan noches semejantes, déjame al menos uno de esos pensamientos que a veces podía continuar. No está demasiado fuera de razón el pedir eso; pues sé que nacía precisamente del miedo, porque mi miedo era tan grande. Siendo todavía un niño, me pegaban en la cara y me decían que era cobarde. Es porque yo no sabía aún tener miedo. Pero después he aprendido a tener

miedo con un miedo verdadero, que sólo crece cuando crece la fuerza que lo produce. No podemos imaginarnos esa fuerza sino por nuestro miedo. Pues es tan inconcebible, tan por completo dirigida contra nosotros, que nuestro cerebro se descompone en el lugar en que nos esforzamos por pensarla. Y sin embargo, desde hace un tiempo creo que es nuestra fuerza propia, toda nuestra fuerza, que es aún demasiado grande para nosotros. Verdad que no la conocemos, pero, ¿no es aquello que nos es más propio lo que menos conocemos? Pienso a veces, cómo ha surgido el cielo, y cómo la muerte: hemos

acostumbrado a bienes menores, no conocemos los porque teñíamos todavía muchas otras cosas que hacer antes, y porque, tan atareados, no estaban seguros con nosotros. Ahora ya ha pasado el tiempo, y nos hemos acostumbrado a bienes menores, no conocemos ya nuestro bien, y nos asustamos de su extrema magnitud. ¿No es posible eso?

Por lo demás comprendo perfectamente que se conserve en el fondo de la cartera durante años y años la descripción de una agonía. Ni siquiera haría falta que fuera particularmente escogida; todas ellas tienen algo de casi singular. ¿No se

puede, por ejemplo, imaginar a alguien que copiara la narración de la muerte de Félix Arvers? Estaba en el hospital. Murió de un modo suave y abandonado, y la monja pensó quizá que estaba más adelantado de lo que en realidad estaba. Ella gritó muy fuerte una orden hacia fuera, indicando dónde se encontraba tal o cual cosa. Era una monja bastante iletrada; no había visto nunca escrita la palabra «corredor» que en ese momento tenía que emplear; así pudo darse el caso de que dijera «coledor» creyendo que así es pronunciada. Entonces Arvers empujó a la muerte. Le pareció necesario poner eso en claro. Se puso

enteramente lúcido y le explicó que había que decir corredor. Y murió. Era un poeta y odiaba lo «poco más o menos»; o quizá sólo le importaba la verdad; o tal vez le molestaba llevarse como última impresión la de que el mundo continuaba siendo tan negligente. Ya no es posible saberlo. Pero que no se crea que obró por pedantería. En tal caso, el mismo reproche habría que hacerle a San Jean de Dieu, que en plena agonía saltó y llegó justo a tiempo de cortar la cuerda del que acababa de ahorcarse en el jardín, y cuyo acto había penetrado de modo maravilloso en la tensión interna de su agonía. También a

él lo único que le importaba era la verdad.

Existe un ser que es por completo inofensivo. Cuando pasa bajo tu mirada, apenas lo has visto cuando ya lo has olvidado. Pero, invisible, llega de algún modo a tus oídos, se desarrolla en seguida allí, brota, por así decirlo, y se han visto casos en que penetra en el cerebro y crece asolando ese órgano, de modo semejante a los pneumococos del perro, que penetran por la nariz.

Este ser es el vecino.

Pues bien, desde que merodeo solitario he tenido incontables vecinos;

de arriba y de abajo, de derecha y de izquierda, y a veces de las cuatro clases al mismo tiempo. Podría simplemente escribir la historia de mis vecinos: valdría como obra de una vida. Verdad es que sería más bien la historia de los síntomas de enfermedades que ellos me han producido. Pero comparten con todos los seres de su especie la peculiaridad de que sólo se puede probar su presencia por las perturbaciones que causan en ciertos tejidos.

He conocido vecinos cuyos actos eran imprevisibles, y otros que eran muy regulares. He permanecido sentado

mucho tiempo intentando hallar la ley de los primeros; pues era claro que alguna debían de tener. Y cuando los vecinos puntuales una vez faltaban por la noche, me preguntaba qué habría podido pasarles y mantenía encendida mi luz y me inquietaba como una recién casada. He tenido vecinos que odiaban, y vecinos que eran presa de un vivo amor; o he vivido el instante en que lo uno se transformaba en lo otro en medio de las noches y entonces no había que pensar en dormir. De una manera general podía observarse que el sueño no es tan frecuente como se piensa. Mis dos vecinos de San Petersburgo, por

ejemplo, hacían muy poco caso del sueño. Uno se mantenía de pie y tocaba el violín, y estoy seguro de que al mismo tiempo miraba a las casas vecinas, despiertas, que no cesaban de estar iluminadas en las inverosímiles noches de agosto. En cuanto a mi vecino de la derecha, es verdad que estaba acostado; en mi época no se levantaba ya. Había incluso cerrado los ojos, pero no se podría decir que dormía. Estaba acostado y declamaba unos poemas, poemas de Pushkin y de Nekrasov, en el tono de melopea con que los niños recitan poemas cuando se les exige. Y a pesar de la música de mi vecino de

izquierda, era éste el que con sus poemas se metamorfoseaba en mi cabeza y sabe Dios qué hubiera salido de esta crisálida si el estudiante que a veces le visitaba no se hubiera equivocado un día de cuarto. Me contó la historia de su amigo. Y resultó que en cierto modo era tranquilizadora. Por lo menos era una historia literal, inequívoca, con la que se fueron a pique todos los gusanos de mis suposiciones.

Este pequeño funcionario que habitaba junto a mí había tenido un domingo la idea de resolver un singular problema. Supuso que viviría todavía mucho tiempo, digamos cincuenta años

más. La magnanimidad que se demostró a sí mismo le puso de un excelente humor. Pero ahora quería aun sobrepasarse. Reflexionó que estos años podían ser cambiados en días; en horas, en minutos e incluso, si ello se soportaba, en segundos; calculó una y otra vez, y obtuvo un total que no había visto. Tuvo vértigo y necesitó descansar un poco. El tiempo es oro, había oído decir siempre, y se asombró de que no se velase por un hombre que poseía semejante cantidad de tiempo. ¡Con lo fácil que hubiera sido robárselo! Pero en seguida volvió a su buen humor, un buen humor casi exuberante. Se volvió a

poner su pelliza, para parecer más ancho de hombros y más imponente, y se regaló a sí mismo todo el fabuloso capital, dirigiéndose la palabra con un poco de condescendencia:

«Nikolaj Kusmitch», dijo benévolo, y se imaginó a sí mismo todavía sin pelliza, delgado y miserable, sobre el sofá relleno de crin de caballo. «Nikolaj Kusmitch, dijo, espero que no se pondrá usted vanidoso con su riqueza. Piense siempre que esto no es lo esencial y que hay gentes pobres que son por completo respetables. Incluso hay gente noble e hijos de generales caídos en la indigencia, que van y vienen por la calle

y venden no se sabe qué». Y el benefactor invocó otros ejemplos de todas clases, muy conocidos en toda la ciudad.

El otro Nikolaj Kusmitch que estaba en el sofá relleno de crin de caballo no tenía en modo alguno aire pretencioso. Se podía admitir que era razonable. De hecho, nada cambiaba en su manera de vivir, modesta y regular, y ahora pasaba sus domingos en poner sus cuentas al día. Pero al cabo de algunas semanas quedó sorprendido de la increíble rapidez de sus gastos. Voy a restringirme, pensó. Se levantaba más temprano, se lavaba menos

escrupulosamente, bebía su té de pie, iba corriendo a su oficina y llegaba con muchísima anticipación. Ahorraba un poco de tiempo de cada sitio. Pero el domingo no le quedaba nada de lo que había ahorrado... Comprendía entonces que había sido engañado. No hubiera yo debido cambiar, se dijo. ¿Qué no se podía hacer con todo un año? Pero esta infame moneda suelta se va sin saber cómo. Y vino una fea tarde que pasó en una esquina del sofá esperando al señor de pelliza al que quería pedir la devolución de su tiempo. Echaría el cerrojo a la puerta y no la dejaría partir hasta que no hubiera desembolsado. «En

billetes, diría, y que sean de diez años». Cuatro billetes de diez años y uno de cinco, y al diablo con el resto. Sí, Nikolaj Kusmitch estaba dispuesto a renunciar al resto con tal que no hubiera dificultades. Exasperado, estaba sentado en su sofá relleno de crin de caballo, y esperaba; pero el señor no venía. Y él, Nikolaj Kusmitch que, algunas semanas antes, se había visto sentarse ahí tan cómodo, no alcanzaba, ahora que estaba sentado de veras, a representarse al otro Nikolaj Kusmitch, el hombre de la pelliza, el hombre generoso. Sabe Dios lo que habría sido de él. Quizás hubieran descubierto sus estafas y quizás

le hubieran recluido en cualquier parte. Sin duda no había hecho sólo esta víctima. Tales aventureros trabajan en grande, siempre.

Pero ¿no habría —se preguntó Nikolaj Kusmitch— un servicio del Estado, una especie de Banco del Tiempo, donde al menos pudiera cambiar una parte de sus miserables segundos? Después de todo, ¿no eran buenos? No había oído nunca hablar de una tal institución, pero en un anuario se debía encontrar fácilmente, en la letra B, o, por ejemplo, en la T. Acaso hubiera que mirar también en la I, pues bien podía tratarse de un Banco Imperial;

ello correspondía a su importancia.

Más tarde Nikolaj Kusmitch seguía asegurando que no había bebido nada aquel domingo por la noche, aun cuando, naturalmente, se encontraba en un estado de ánimo muy deprimido. Estaba, pues, completamente sereno cuando sucedió lo que sigue, si es que puede afirmarse que sucedió. Quizás se durmió en su rincón, es fácil de imaginar. Este pequeño sueño comenzó por aliviarle. Me he metido en cuentas —se dijo—. Bueno, yo no entiendo nada de número. Pero es evidente que no se les debe conceder una importancia demasiado grande, pues ellos mismos no son otra cosa que una

organización del Estado creada por amor al orden. ¿Había visto alguien cifras, si no es en el papel? Imposible encontrar en sociedad por ejemplo un siete, o un veinticinco. No existen sencillamente. Y él había incurrido en esta pequeña confusión por pura inadvertencia: el tiempo y el dinero, como si fuera posible separar ambas cosas. Nikolaj Kusmitch casi estalló en risa. Era bueno descubrir sus propios yerros, descubrirlos a tiempo: a tiempo, sí, eso era lo esencial. Ahora todo cambiaría, en verdad, era una cosa embarazosa. Pero, ¿no se descomponía en segundos también para ellos, para

todos los que lo ignoraban?

Nikolaj Kusmitch estaba por completo exento de una alegría maligna: «Que vaya siempre...» se disponía a pensar cuando sobrevino un singular acontecimiento. Sintió de repente un soplo en su rostro, como viento alrededor de sus oídos; lo sintió en sus manos; y abrió mucho los ojos. La ventana estaba bien cerrada. Y como él estaba sentado allí, con los ojos de par en par, en la habitación oscura, comenzó a comprender que el tiempo que sentía ahora era el tiempo verdadero que pasaba sobre él. Reconocía literalmente todos estos pequeños segundos,

igualmente tibios, uno igual al otro, pero rápidos, rápidos. Dios sabe qué se propondrían hacer aún. ¡Y que esta aventura le sucediera a él, precisamente a él, para quien toda corriente de aire era casi como una ofensa! Ahora uno estará sentado, y la corriente continuará pasando a lo largo de todo una vida. Preveía todas las neuralgias que le aguardaban, y estaba fuera de sí de rabia. Se levantó de un salto, pero las sorpresas no habían terminado. Bajo sus pies había también algo que parecía un movimiento, no un movimiento, varios movimientos que oscilaban de modo singular el uno y en contra el otro: se

quedó helado de terror. ¿Era la tierra? Ciertamente, era la tierra. Sí, la tierra se puede mover. En la escuela le habían hablado de eso, habían pasado muy por encima sobre ello, y luego, todavía, lo escamotearon de buena gana; no consideraban agradable el tema. Pero ahora que la cosa se había hecho sensible, lo experimentaba. ¿Lo experimentaban también los otros? Quizás no lo dejaran ver. Los marinos, probablemente no se sentirían incómodos. Pero Nikolaj Kusmitch era precisamente algo delicado en esto, incluso evitaba tomar el tranvía. Vacilaba en su habitación como en el

punte de un barco y tenía que sostenerse a derecha y a izquierda. Para colmo, se acordó entonces vagamente de haber oído hablar de la posición oblicua del eje de la tierra. No, no podía soportar todos estos movimientos, se sentía mareado. Permanecer acostado y tranquilo —había leído alguna vez en algún sitio—. Y desde entonces Nikolaj Kusmitch estaba acostado.

Estaba acostado y tenía los ojos cerrados. Y había períodos de días en cierto modo menos movidos en los que la vida era bastante soportable. Y además tuvo esta idea de los poemas. Es indecible lo que ayudaba esto. Cuando

se recita así, lentamente, un poema con la entonación monótona de las rimas, entonces hay en cierto modo una cosa estable que se puede mirar fijamente, por dentro quiero decir. Una suerte, que supiese de memoria todos estos poemas. Pero se había interesado siempre de manera especial por la literatura. No se lamentaba de su estado, según me aseguró el estudiante que le conocía desde hacía tiempo. A la larga, sin embargo, había comenzado a concebir una admiración exagerada por los que, como el estudiante, iban y venían y soportaban el movimiento de la tierra.

Me acuerdo muy bien de esta

historia, porque me tranquilizó mucho. Puedo decir, incluso, que no he tenido nunca vecino tan agradable como este Nikolaj Kusmitch, que seguramente me hubiese admirado, a mí también.

Después de esta experiencia decidí irme derechamente a los hechos en casos tales. Me di cuenta de lo sencillos y tranquilizadores que eran, en contra de las suposiciones. Como sí no hubiese sabido que todos nuestros conocimientos son sólo adicionales, que son balances, y nada más. A continuación de ellos comienza una nueva página, que tiene un tema completamente distinto, sin saldo anterior. ¿En qué pueden, por ejemplo,

en las presentes circunstancias, ayudarme algunos hechos, más que para establecer un juego de niños? Voy a enumerarlos en cuanto haya dicho qué es lo que me ocupa en este momento: que más bien han contribuido a agravar mi situación, que (ahora lo reconozco) era ya bastante difícil.

Diré en honor mío que he escrito mucho en estos días; he escrito con un ardor convulsivo. Sin duda, al salir, no pensaba con gusto en el regreso. Incluso di unas vueltas y perdí así una media hora, durante la cual podría haber escrito. Concedo que fue una debilidad. Pero en cuanto estuve en mi habitación,

no tuve nada que reprocharme. Escribía, tenía *mi vida*, y lo que estaba al lado era otra vida, con la que yo no compartía nada: la vida de un estudiante de medicina que prepara su examen. Yo no tenía nada semejante en perspectiva, ya era ésta una diferencia esencial. Y todavía en otros aspectos las circunstancias de nuestras vidas eran lo más diferente posible. Todo eso me saltaba a la vista. Hasta el momento en que supe que esto debía llegar; entonces olvidé que no había entre nosotros nada de común. Escuché de tal modo que mi corazón latió de pronto muy perceptiblemente. Interrumpí todo y

escuché. Y entonces llegó esto: no me había equivocado.

Casi todo el mundo conoce el ruido que hace un objeto pequeño, redondo, cualquiera, de hojalata, digamos por ejemplo, la tapa de una caja, cuando se os escapa. Generalmente no llega con demasiado ruido al término de su viaje, cae brevemente, continúa rodando con el borde y no llega a producir una sensación desagradable hasta que, llegada casi al final de su impulso, zozobra por todos lados, con vértigo, antes de quedar tumbada. Bien, pues: esto es todo, este objeto de hojalata cayó en la habitación vecina, rodó,

quedó caído, y de vez en cuando, a intervalos regulares, se oía vacilar. Como todos los ruidos que se imponen, a fuerza de repetirse, éste también se había organizado interiormente; se matizaba, no era nunca exactamente el mismo. Pero esto era justamente lo que le hacía parecer más auténtico. Podía ser violento, o suavizado, o melancólico; podía transcurrir con una prisa en cierto modo irreflexiva, o deslizarse durante un tiempo indefinido, antes de encontrar reposo. Y la última oscilación era siempre sorprendente. Por lo contrario, el tambaleo que le acompañaba parecía casi mecánico.

Pero cortaba el ruido de un modo cada vez diferente: parecía que era éste su papel. Ahora dominó mucho mejor todos estos detalles; la habitación vecina está ahora vacía. Él se fue a su casa, en provincias. Tenía que descansar. Yo habito el último piso de la casa. A mi derecha hay otra casa; bajo mi habitación, nadie ha alquilado todavía: estoy sin vecino.

En esta situación casi me asombro de no haber tomado estos acontecimientos con más ligereza. Aunque una sensación íntima me ha advertido siempre primero; hubiera debido aprovecharme de esto. No te

asustes, debería haberme dicho, ya viene aquello. ¿No sabía que no me equivoco nunca? Pero mi emoción se agarra a los hechos, que me han enseñado; desde que sabía me había hecho más asustadizo. Me venía el pensamiento con la extrañeza de un fantasma, de que lo que provocaba ese ruido era el pequeño movimiento lento y silencioso con que su párpado se bajaba y caía sobre su ojo derecho, cuando leía. Esto era lo esencial de su historia, una trivialidad. Varias veces había dejado pasar exámenes, su ambición se había hecho susceptible, y las gentes de su casa le hostigaban, sin duda, siempre que le

escribían. ¿Qué podía hacer más que intentar un último esfuerzo? Pero, algunos meses antes de la fecha decisiva sobrevino esta debilidad; esta pequeña fatiga inadmisibile, que parecía tan ridícula como una cortina que no quisiese permanecer fija en lo alto de la ventana. Estoy seguro de que durante semanas pensó que iba a poder dominarlo. Si no, no me habría venido la idea de ofrecerle mi propia voluntad. Un día comprendí, en efecto, que había llegado al límite de la suya. Y desde entonces, cuando yo sentía acercarse el incidente, estuve allí, de pie por el lado de mi pared, y le pedí que la utilizase. Y

poco a poco comprendí que había aceptado. Quizá no lo confesara sobre todo pensando que, en definitiva, yo no le ayudaba en nada. Aun suponiendo incluso que llegásemos a crear un ligero retraso, era dudoso, sin embargo, que estuviese verdaderamente en disposición de emplear los instantes que ganásemos así. Y no obstante, comencé a resentirme de mis dispendios. Sé que me preguntaba a mí mismo si esto podría continuar así, precisamente la tarde en que alguien llegó a nuestro piso. Esto producía siempre mucha agitación en el hotel, a causa de la estrechez de la escalera. Un instante después, me

pareció que entraban en la habitación de mi vecino. Nuestras puertas eran las últimas del pasillo, la suya, situada en chaflán al lado de la mía. Pero yo sabía que recibía a veces amigos en su habitación, y como digo, no me interesaban sus condiciones de vida. Es posible que su puerta se abriese aún varias veces, que en el exterior fuesen y viniesen. De esto yo no era en realidad responsable.

Pero esta tarde fue peor que nunca. No era todavía muy tarde, pero cansado, iba a acostarme; creí que probablemente podría dormir. De pronto, me sobresalté como si me hubiesen tocado. En seguida

comenzó aquello. Aquello saltó, rodó y chocó contra algo, cabeceó y golpeó. El titubeo era asustante. En los intervalos, daban bastonazos desde abajo, cada vez más graves, distintos e irritados contra el techo. El nuevo inquilino estaba también, claro es, incomodado. Ahora, debía ser su puerta. Estaba tan despierto que creí oír su puerta, aunque debía manejarla con precauciones asombrosas. Me pareció que se acercaba. Seguramente quería saber de que habitación venía el ruido. Lo que me extrañaba, eran las precauciones verdaderamente exageradas que tomaba. Sin embargo, debía haber notado en

seguida que en esta casa nadie pensaba que se pudiera hacer el silencio. ¿Por qué ahogaba así sus pasos? Por un instante le creí ante mi puerta, y después oí —no cabía duda— que entraba en la habitación vecina. Entró sin más.

Y ahora (sí, ¿cómo describirlo?); ahora, hubo un silencio. Un silencio como cuando cesa un dolor. Un silencio singularmente sensible, y que os picaba como una herida cuando sana. Hubiera podido dominarme en seguida; pude haber tomado aliento y dormirme. Sólo mi sorpresa me mantuvo despierto. Alguien hablaba al lado, pero esto también formaba parte del silencio. Hay

que haber vivido esta calma, pues no podría reproducirse. También fuera estaba todo como aplanado. Me incorporé, escuché, era como en el campo. Dios mío, pensé, está aquí su madre. Estaba sentada al lado de la lámpara; ella le hablaba, quizá había apoyado ligeramente la cabeza sobre su hombro. Un momento después, ella iba a colocarle en la cama. Ahora comprendí ese paso tan ligero, un momento antes, en el pasillo. ¡Ah!, ¡qué existiera esto, que hubiese un ser tal ante quien las puertas ceden de modo distinto que ante nosotros!... Sí, ahora podíamos dormir.

Casi había olvidado nuevamente a mi

vecino. Me doy cuenta de que no tenía por él una verdadera simpatía. Abajo pregunto de vez en cuando al pasar si han recibido noticias de él, y cuales. Y me alegro cuando son buenas. Pero exagero. En realidad no necesito saber. Y no se relaciona con él el súbito cosquilleo que a veces siento ganas de entrar al lado. No hay más que un paso de su puerta a la mía, y la habitación no está cerrada. Me gustaría saber cómo está hecha esta habitación. Se puede imaginar fácilmente una habitación cualquiera, y a menudo vuestro pensamiento corresponde más o menos a la realidad. Pero sólo la habitación que

se tiene al lado es siempre diferente de como se pensaba.

Me digo que me tienta por esa razón. Pero sé perfectamente que es cierto objeto de hojalata lo que me espera. He supuesto que se trataba con certeza de una tapa de caja, aunque es claro que puedo equivocarme. Esto no me inquieta. Mi disposición de espíritu es tal que estoy tentado de atribuir todo a una tapa de caja. Pienso que no se la ha llevado. Sin duda han arreglado la habitación, y han colocado la tapa sobre la caja, como debe ser. Y forman, ahora, unidos el concepto: caja redonda más exactamente, un concepto sencillo y muy

extendido. Me parece como si recordara que estuvieran sobre la chimenea estas dos partes que componen la caja. Sí, están, incluso, ante el espejo, de modo que se forma una segunda caja que se parece a la primera hasta equivocarse, pero que es imaginaria. Una caja a la que no atribuimos ningún valor, pero de la que un mono, por ejemplo, querría apoderarse. Es cierto: serian incluso dos monos, pues el mono también sería doble, en cuanto llegase al reborde de la chimenea. Bien, es la tapa de esta caja lo que me domina.

Pongámonos de acuerdo sobre este punto: la tapa de una caja sana cuyo

borde no estaría abollado, una tapa así no debería tener otro deseo que encontrarse sobre su caja. Esto sería la situación más lejana capaz de imaginar, y que implicaría una satisfacción imposible de aventajar, la satisfacción de todos sus deseos. ¿No es casi un ideal el de descansar así, por igual, paciente y suavemente cubierto sobre una pequeña hinchazón y sentir en sí mismo el saliente que avanza, elástico y menos agudo que vuestro propio borde, cuando se está suelto y al lado? Pero ¡qué pocas tapaderas saben apreciar esto! Aquí se ve claramente cómo las relaciones de los hombres con los

objetos han provocado perturbaciones en estos últimos. Pues los hombres, si se puede compararlos de pasado con estas tapaderas, no están sentados cerca de sus ocupaciones más que contra su voluntad y de mal humor. Sea porque en su prisa no hayan encontrado la buena función, sea porque en la cólera la hayan colocado de través, sea porque los rebordes que tienen que apoyarse unos en otros están deformados cada uno a su modo. Digámoslo, pues, con franqueza: en el fondo de ellos mismos no dejan de pensar, cuantas veces se presenta ocasión, en rodar y en sonar a hueco. ¿De dónde vendrían, sin esto, las

pretendidas distracciones, el ruido que hacen?

Pues los objetos asisten a este espectáculo desde hace siglos. No es extraño que estén corrompidos, que pierdan el gusto de su fin natural y sencillo, que quieran aprovecharse de la existencia como ven que se aprovechan de ella a su alrededor. Tratan de sustraerse a sus empleos, se hacen descontentos y negligentes. Y la gente no se extraña de cogerlos en flagrante delito de desorden. Pues todos se conocen a sí mismos bajo este aspecto. Se enfadan porque son los más fuertes, porque piensan tener más derecho al

cambio, porque se sienten imitados; pero dejan hacer como ellos mismos se han dejado hacer. También cuando alguno reúne sus fuerzas, un solitario, por ejemplo, que quisiera reposar en sí con toda amplitud, día y noche, provoca verdaderamente la contradicción, las burlas y el odio de los objetos degenerados, que conscientes de su decadencia, no pueden soportar que algo se contenga y busque su propio sentido. Entonces se alían para turbaros, para asustaros, para perturbaros, y saben que pueden hacerlo. Entonces, haciéndose señas maliciosas, comienzan su seducción, que crece poco a poco hasta

el infinito y arrastra con ella a todos los seres, y a Dios mismo, contra el solitario que quizá triunfará: el Santo.

Cómo comprendo ahora estas estampas maravillosas en las que objetos de usos limitados y regulares se estiran y se prueban, curiosos y avaros, los unos sobre los otros, palpitando en la lujuria vaga de la distracción. Esas marmitas que giran y hierven, esas botellitas que se ponen reflexivas, y los embudos inútiles que se hunden en un agujero por puro placer. Y allí están también ya, suscitados por la nada celosa, y entre ellos, extremidades y miembros y rostros que vomitan sus chorros

calientes, y grupas macilentas, que se muestran complacientes.

Y el santo se retuerce y contrae, pero en sus ojos hay aún una mirada que suponía posible todo esto: lo ha entrevisto. Y ya sus sentidos forman un precipitado en la solución clara de su alma. Ya su oración se deshoja y endereza fuera de su boca como un arbolito muerto. Su corazón se ha trastornado, y se ha derramado hacia la turbación. Su látigo apenas le toca como una cola que espanta a las moscas. Su sexo está siempre en el mismo sitio, y cuando una mujer avanza, derecha, a través de este hormigueo, el pecho

abierto pleno de senos, la señala como un dedo levantado.

Hubo un tiempo en que consideraba envejecidas estas estampas. No porque dudase de su realidad. Imaginaba muy bien que esto podía suceder a los Santos, a estos hombres llenos de celo y demasiado presurosos, que quieren en seguida y a toda costa abordar a Dios. Hoy nos asignamos una tarea más modesta. Adivinamos que él sería demasiado difícil para nosotros, que debemos aplazarlos para hacer poco a poco el largo trabajo que nos separa de Él. Pero ahora sí que este trabajo lleva a luchas tan peligrosas como la santidad;

que esto sucede a todos los que son solitarios por amor a esta obra, de igual manera que, en otro tiempo, se formaba alrededor de los solitarios de Dios, en sus grutas y en sus albergues.

Cuando se habla de solitarios se supone conocer demasiadas cosas. Se cree que las gentes saben de qué se trata. No, no lo saben. No han visto nunca un solitario, solamente le han odiado sin conocerle. Han sido sus vecinos quienes les gastaban, y la voz de la habitación vecina, la que le tentaba. Han excitado los objetos contra él para hacerlos ruidosos y que gritasen más fuerte que él, Los niños se asociaron contra él

porque era tierno y niño; y a medida que crecía creció contra los mayores. Le seguían la pista en su escondrijo como a un animal cuya casa estuviese abierta, y durante su larga juventud la caza contra él no se cerró jamás. Y cuando no se dejaba abrumar y se escapaba, desacreditaban lo que provenía de él y le encontraban feo y sospechoso. Y cuando no los oía se hacían más claros y le quitaban la comida de la boca, y le respiraban su aire, y escupían en su pobreza para que se le hiciese odiosa. Y le difamaban como a un ser contagioso, y le arrojaban la piedra para que se fuese más de prisa. Y su viejo instinto

no les engañaba: porque en verdad era su enemigo.

Pero después, cuando no levantaba siempre los ojos, reflexionaron. Sospecharon que hasta entonces no habían obrado más que según su voluntad, que le fortificaban en su soledad y que le ayudaban a separarse de ellos para siempre. Y entonces cambiaron de actitud y emplearon el último recurso, la otra resistencia: la gloria. Y con este ruido la mayoría levantaban los ojos y se dejaban distraer.

De nuevo esta noche he recordado el

librito verde que debí poseer en otro tiempo, cuando era niño; y no sé por qué me imagino que debía provenir de Matilde Brahe. No me interesó cuando lo recibí, no lo he leído hasta varios años más tarde, creo, durante mis vacaciones en Ulsgaard. Pero desde el primer instante tuvo para mí importancia. Estaba lleno de referencias, incluso considerado desde el exterior. El color verde de la encuadernación tenía un sentido, y se comprendía en seguida que por dentro debía ser tal como era. Como si hubiese estado concertado de antemano, aparecía primero la página de guarda,

lisa y con visos blancos sobre blanco; después la página del título, que se consideraba misteriosa. Tuvo, sin duda, estampas, según podía inferirse; pero ya no las tenía, y de buen o mal grado, había que conceder que ello estaba aún dentro del orden de las cosas. En cierto modo compensaba de esta decepción el encontrar un registro delgado que, deleznable y puesto un poco al bies, conmovedor en su confiada ilusión de ser aún rosa, había quedado, Dios sabe desde cuándo, entre las mismas páginas. Quizá no lo habían utilizado nunca, y el encuadernador lo había plegado con un cuidado presuroso, incluso sin mirarlo

de cerca. Quizá también no era por casualidad. Podía ser que alguien hubiese dejado de leer en este sitio, que ya no leyera más; que el destino hubiese llamado en tal instante a su puerta para ocuparle, y que fuese llevado lejos de todos los libros, que, en resumen, no son, a pesar de todo, la vida. No se puede decir si el libro había sido leído después. También cabía suponer que se trataba simplemente de abrirlo siempre de nuevo por esta página, y que así hubiese sucedido a veces, incluso muy tarde, de noche. Sea lo que fuere, me daban miedo estas dos páginas como un objeto ante el que está en pie una

persona. No las he leído nunca, incluso no sé si he leído el libro entero. No era muy grueso, pero se encontraban muchas historias, sobre todo por la tarde. Siempre había una que no se conocía aún.

Sólo recuerdo dos. Quiero decir cuáles: el fin de Gricha Otrepjev y la caída de Carlos el Temerario.

Dios sabe qué impresión entonces me hicieron. Aún ahora, después de tantos años, recuerdo una descripción: cómo el falso zar había sido arrojado entre la muchedumbre, y quedó tendido durante tres días, despedazado y

acribillado, y con una máscara en el rostro.

Evidentemente no tengo ninguna probabilidad de encontrar este librito. Pero ese pasaje debe de haber sido singular. Me hubiese gustado también volver a leer el relato del encuentro con la madre. Debía sentirse muy seguro de ella, para hacerla venir a Moscú; incluso estoy convencido de que en esa época tenía en sí mismo una fe tan fuerte que pensó en efecto convocar a su madre. Y esta María Nagoi que, en etapas rápidas vino desde su claustro indigente ¿no podía ganarlo todo si asentía? Pero ¿no comenzó la

incertidumbre de Otrepšov cuando esta extraña le hubo reconocido? No estoy lejos de creer que la fuerza de su transformación consistió en no ser ya el hijo de nadie.

(Ésta es, en definitiva, la fuerza de todos los jóvenes que se van.)^[5]

El pueblo que le deseaba, sin imaginar nada concreto sólo hizo más y más libres y más infinitas sus posibilidades. Pero la declaración de la madre, incluso con engaño consciente, tenía aún el poder de disminuirle; ella le elevó a la plenitud de su invención; le condenó a una imitación fatigante; ella le

rebajó al nivel del ser que no era: ella hizo de él un impostor. Y además vino aún esta Marina Mniczek, suavemente disolvente que le negaba a su modo, creyendo, como se vio más tarde, no en él, sino en cada cual. No puedo, naturalmente, garantizar en qué proporción se tenía en cuenta todo esto en tal historia. Me parece que todo esto habría habido que contarlo.

Pero, aun prescindiendo de ello, este acontecimiento no habría envejecido en manera alguna. Se podría ahora imaginar un narrador que consagrarse mucha atención a los últimos instantes; tendría razón. Contienen una multitud de cosas:

cómo, arrancado del sueño más interno, salta a la ventana y, a través de ella, al patio, entre la guardia. No puede levantarse solo. Tienen que ayudarle. Sin duda se ha roto la pierna. Sostenido por dos de sus hombres, siente que aún creen en él: los demás también creen en él. Casi tiene piedad de ellos, estos *strelitss* gigantescos; ¡a qué punto han llegado las cosas! Han conocido a Iván Grosnij en toda su realidad, y creen en él. Está casi inclinado a sacarles de su error, pero abrir la boca sería gritar. El dolor punza en su pie con furor y hace tan poco caso de él, en este momento, que sólo sabe del dolor. Y después, no

hay tiempo, se acercan a él empujándole, ve a Schuiskij y, detrás de él, a los demás. Pronto habrá pasado todo. Pero entonces sus guardias se reúnen a su alrededor. No le abandonan. Y se hace un milagro. La fe de estos hombres viejos se propaga; de pronto nadie quiere avanzar. Schuiskij cerca de él llama desesperadamente hacia una ventana de arriba. El falso zar no se vuelve. Sabe quién está de pie allá arriba. Comprende que se haga el silencio, un silencio súbito, sin transición. Ahora va a venir la voz, esta voz que conoce de otras veces, esta alta voz falsa que se fuerza. Y entonces oye a

la zarina madre que reniega de él.

Hasta aquí las cosas van por si mismas, pero ahora, os pido por favor un narrador, pues de las pocas líneas que quedan por escribir debe brotar una fuerza que sobrepase todas las contradicciones. Que se haya dicho o no, se debe poder jurar que entre el sonido de la voz y el ruido del pistoletazo, hubo aún en él, infinitamente comprimidos, la voluntad y el poder de ser todo. Si no, no se comprendería el resplandor magnífico de esta consecuencia: que hayan traspasado su vestidura de noche y la hayan pinchado por todas partes como para alcanzar el núcleo duro de

una persona. Y que aún en la muerte haya llevado, durante tres días, la máscara a la que casi había ya renunciado.

Cuando lo pienso ahora, me parece singular que en este mismo libro se contase el fin de aquel que durante toda su vida fue uno, el mismo, duro e inmutable como granito, y que cada vez pesaba más sobre los que le soportaban. Hay un retrato suyo en Dijon. Pero sin esto, se sabe que fue rechoncho, fornido, testarudo y desesperado. Quizás sólo sea en las manos en lo que no se ha pensado. Son manos demasiado calientes que querrían siempre

refrescarse y que se posan involuntariamente sobre objetos fríos, las falanges separadas, con aire entre todos los dedos. En esas manos, podía precipitarse la sangre como cuando a uno se le sube a la cabeza. Y al formar el puño eran, en verdad, como cabezas de locos, delirantes de extravagancia.

Eran necesarias increíbles precauciones para vivir de acuerdo con esta sangre. El duque estaba encerrado con ella y a veces tenía miedo, cuando la sentía revolverse en él, rastrera y sombría. A él mismo le parecía terriblemente extraña esta sangre rápida, semiportuguesa, que apenas conocía. A

menudo tenía miedo de que su sangre le atacase durante el sueño y le destrozase. Hacía como que la domaba, pero estaba siempre de pie en su miedo. No se atrevía a amar a una mujer para que su sangre no se pusiese celosa, y el curso era tan violento que jamás ningún vino franqueó los labios del duque; en vez de beber la apaciguaba con dulce de rosas. Sin embargo bebió un día, en el campo de Lausanne, cuando se perdió Granson; entonces estaba enfermo y abandonado y bebió mucho vino puro Pero entonces su sangre dormía. Durante sus últimos años vacíos de sentido su sangre caía a veces en este pesado sueño bestial. Entonces

se vio cómo el duque se hallaba en poder de su sangre, pues cuando ésta dormía el duque no era nada. Entonces nadie de su séquito tenía derecho a aproximarse; no comprendía lo que decían. A los diplomáticos extranjeros no podía mostrarse tal como estaba, vacío y melancólico. Entonces se sentaba y esperaba que su sangre despertase. Y lo más frecuente era que su sangre se sobresaltase de pronto, se escapase de su corazón, y aullara.

Por amor a esta sangre arrastraba consigo muchos objetos de los que no hacía ningún caso. Los tres grandes diamantes y todas las piedras preciosas;

los encajes flamencos y los tapices de Arras a montones. Su tienda de seda con los cordones de hilo de oro, y cuatrocientas tiendas para su séquito. E imágenes pintadas en madera, y los doce apóstoles de plata maciza. Y el príncipe de Tarante, y el duque de Cléve, y Philippe de Badén, y los señores de Château-Guyon. Pues quería persuadir a su sangre de que era emperador y que no había nada por encima de él; y eso con el fin de intimidarla. Pero su sangre no le creía a pesar de todas las pruebas que el duque le proporcionaba; era una sangre desconfiada. Quizá la mantuvo en duda durante algún tiempo. Pero los

cuernos de Uri traicionaron al duque. Desde entonces su sangre sabía que habitaba un hombre perdido: y quería salir.

Ahora lo veo así, pero entonces lo que me hizo más impresión fue leer cómo le buscaron el día de los Tres Reyes.

El joven príncipe lorenés, que había entrado la víspera, después de esa batalla singularmente precipitada, en su mísera ciudad de Nancy, había despertado muy temprano a su séquito y pedido ver al duque. Se envió un mensajero tras otro, y él mismo aparecía

de vez en cuando en la ventana, inquieto y solícito. No reconocía siempre a quien transportaba allí, en sus carros y parihuelas; veía solamente que no era el duque. Y entre los heridos tampoco estaba, y de los prisioneros que traían ninguno le había visto. Pero los fugitivos llevaban por todos lados noticias diferentes; estaban turbados y espantados como si tuviesen miedo de correr a su encuentro. La noche caía ya y no había oído nada de él. La noticia de que había desaparecido tuvo tiempo de dar la vuelta en esta larga noche de invierno. Y dondequiera que llegaba daba a todos la certeza brusca y

exagerada de que aún vivía. Nunca quizá como en esta noche había estado viviente el duque en todas las imaginaciones. No había casa en la que no se velase, donde no se la esperase o donde no se figurasen que iba a llamar. Y si no venía, es porque ya había pasado.

Heló esta noche y fue como si también se helase el pensamiento de que aún existía; tanta era su dureza. Y pasaron años antes de que se deshiciese. Todos estos hombres, sin saberlo bien, querían ahora con obstinación que existiese. El destino que les había traído no era soportable más que con su

presencia. Les había dolido mucho aprender que existía; pero ahora que lo sabían de memoria, descubrían que era fácil de retener y que no lo olvidarían nunca.

Pero a la mañana del día siguiente, séptimo de enero, un martes, se pusieron de nuevo a buscarle. Y esta vez había un guía. Era un paje del duque, del que se decía que había visto caer desde lejos a su señor. Ahora había que señalar el lugar. Él mismo no había contado nada; el conde Campobasso le había llevado y había hablado por él. Ahora iba delante y los demás marchaban detrás. Cualquiera que lo viese así,

extrañamente disfrazado y dudoso, creería con dificultad que era verdaderamente Gian-Battista Colonna, hermoso como una muchacha y fino de tobillos. Temblaba de frío; el aire estaba rígido con el hielo nocturno, se oía como un rechinamiento de dientes bajo los pasos. Por lo demás, todos tenían frío. Sólo el loco del duque, apodado Luis XI, se movía. Jugaba al perro, corría adelantándose, volvía y trotaba un instante a cuatro patas, al lado del paje. Pero cuando veía a lo lejos un cadáver, se inclinaba y le exhortaba a hacer un esfuerzo y ser aquel que buscaban. Le dejaba un poco de tiempo para

reflexionar, y después volvía hasta los otros, de mal humor, y amenazaba y juraba y se lamentaba de la testarudez, de la pereza de los muertos. Y andaban siempre, y esto no tenían fin. La ciudad ya casi no era visible; pues en el intervalo el tiempo se había cerrado, a pesar del frío, y se había hecho gris y opaco. La tierra estaba tendida, plana e indiferente, y el pequeño grupo de hombres parecía siempre más extraviado, a medida que se alejaba más. Nadie hablaba. Sólo una vieja que había corrido detrás de ellos rumiaba algo sacudiendo la cabeza; quizá rezaba.

De pronto, el primero de la pequeña

tropa se detuvo y miró a su alrededor. Después se volvió brevemente hacia Lupi, el médico portugués del duque, y mostró algo ante sí. Unos pasos más adelante había una extensión de hielo, una especie de pantano o estanque, y había allí medio hundidos, diez o doce cadáveres. Estaban casi por completo desvestidos y despojados. Lupi fue, inclinado y pensativo, de uno a otro. Y recogieron a Olivier de Lamarche, y al sacerdote, mientras que iban y venían a su alrededor; pero ya la vieja estaba arrodillada en la nieve, y gemía, y se inclinaba sobre una ancha mano en que los dedos, separados, estaban tendidos

hacia ella. Todos corrieron Lupi, con algunos criados, trató de dar vuelta al cadáver, pues estaba tendido de espaldas. Pero el rostro estaba helado y cuando le retiraron, una de las mejillas se peló seca y delgada, y pareció que la otra hubiese sido arrancada por perros o lobos, y el todo se hallaba henchido por una gran herida que comenzaba en la oreja, de modo que casi no se podía hablar de rostro. Uno tras otro se volvieron. Cada uno creía encontrar detrás de sí al Romano. Pero no veían más que al loco que había llegado, malvado y sangriento. Sostenía un abrigo lejos de sí y lo sacudía como si

quisiera hacer caer algo; pero el abrigo estaba vacío. Empezaron, pues, a buscar señas particulares y encontraron algunas. Habían hecho fuego y lavaron el cuerpo con agua perneaba como si le hiciesen cosquillas y gritaba: «¡Ah!, señales de dos grandes abscesos. El médico no dudó más. Pero aún se comparó otra cosa. Luis XI había encontrado unos pasos más allá el cadáver del gran caballo negro Moreau que el duque había montado el día de Nancy. Se montó en él y dejó colgar sus piernas cortas. La sangre corría de sus narices a su boca, y se veía que la saboreaba. Uno de los criados recordó

desde el otro lado que una uña del pie izquierdo del duque se había encarnado. Ahora todos buscaban esa uña. Pero el loco perneaba como si le hiciesen cosquillas y gritaba: “¡Ah, monseñor!, perdónales por descubrir así tus defectos más groseros, los imbéciles, que no quieren reconocerte por mi largo rostro en el que resplandecen todas tus virtudes».

(El loco del duque fue también el primero que entró cuando el cadáver fue colocado sobre el lecho. Era en la casa de cierto Jorge Marquis, nadie habría sabido decir por qué. No había sido extendido aún el lienzo mortuario, y así

tuvo la impresión completa. El blanco del sudario y el carmesí del manto contrastaban duramente con los negros del baldaquino y de la cubierta. Delante, las botas con largas cañas escarlata apuntaban, con grandes espuelas doradas. Y que aquello allá arriba fuese una cabeza, no se podía dudar viendo la corona. Era una gran corona ducal, con no sé qué piedras. Luis XI iba y venía y examinaba todo de cerca. Incluso palpó el satén aunque no entendiase gran cosa. Debía ser un satén de buena calidad, quizá un poco demasiado barato para la casa de Borgoña. Retrocedió aún algo para juzgar del conjunto. Los colores

eran singularmente discontinuos, a la luz reflejada por la nieve. Grabó cada uno separadamente en su memoria. «Bien vestido, reconoció por fin, quizá un poco demasiado pronunciado». La muerte se le apareció como un manipulador de marionetas que tiene necesidad apremiante de un duque.)^[6]

Hacen bien en limitarse a tomar nota de ciertas cosas que no pueden cambiarse, sin deplorar los hechos ni siquiera juzgarlos. Así fue como me representé claramente que yo no sería jamás un verdadero lector. Cuando era niño consideraba la lectura como una profesión que era necesario asumir, más

tarde, un día, cuando llegara el turno de las profesiones. A decir verdad, yo no me representaba exactamente cuándo llegaría esto. Pensaba que se manifestaría una época en la que la vida se abatiría de cierto modo y no vendría más que desde fuera, así como antes venía de dentro. Me imaginaba que entonces se haría inteligible, fácil de interpretar, e inequívoca. Quizá, no sencilla, sino por el contrario muy exigente, complicada y difícil, es cierto; pero, sin embargo, visible. Esta ilimitación tan singular de la infancia, esa falta de relatividad, ese no abarcar con la vista, eso, por lo menos, quedaría

entonces sobrepasado. Por supuesto que no se veía cómo. En verdad esto crecía cada vez más, y se cerraba por todas partes, y cuanto más se miraba al exterior, más cosas se agitaban en su fondo: ¡Sabe Dios de dónde venía ello! Pero quizá crecía hasta un cierto grado máximo, y se quebraba de golpe. Era fácil observar que las personas mayores estaban muy poco inquietas; iban y venían, juzgaban y se agitaban, y cuando tropezaban con dificultades, éstas no se referían más que a las circunstancias exteriores.

En la época de estas transformaciones es donde situaba yo

también la lectura. Entonces se trataría a los libros como amigos, se tendría un tiempo reservado para ellos, un cierto tiempo que se deslizaría regular y dócilmente, no más largo que el que se les quisiera consagrar. Naturalmente ciertos libros tocarían más de cerca y no está dicho que se estuviera siempre seguro de no perder de vez en cuando media hora destinada a un paseo, a una cita, a un estreno teatral, o a una carta urgente. Pero que el cabello quedara aplastado o enmarañado como si se hubiese estado apoyado en él, o las orejas se pusieran ardientes, o las manos frías como el metal, y una larga candela

terminase de consumirse junto a uno, hasta el candelero, todo esto, gracias a Dios, quedaría definitivamente excluido.

Cito estos síntomas porque yo mismo hice la experiencia de modo bastante profundo, durante esas vacaciones en Ulsgaard, durante las que caí tan de repente en la lectura. Parecía entonces que no sabía leer. Sin duda había empezado antes de la época que yo asignaba a esa ocupación. Pero este año, en Soro, en medio de tantos de la misma edad, desconfiaba de tales cálculos. Allí habían sobrevenido experiencias súbitas e inesperadas, y era evidente que me habían tratado como a

una persona mayor. Eran experiencia de tamaño natural, que pesaban sobre mí con todo su peso. Pero en la medida misma en que yo comprendía su realidad, mis ojos se abrieron también sobre la realidad infinita de mi infancia. Sabía que la una no cesaría ya, que la otra no comenzaba ahora. Me dije que cada uno, naturalmente, era libre de hacer separaciones: pero eran inventadas. Y sucedió que resultaba demasiado torpe imaginando para mi propio uso. Cada vez que lo intentaba, la vida me hacía comprender que no sabía nada de eso. Y si persistía en imaginar que mi infancia había pasado, en ese

instante también todo el porvenir se había desvanecido, y no me quedaba exactamente más de lo que un soldado de plomo tiene bajo los pies para sostenerse.

Este descubrimiento me alejaba mucho más aún de los demás. Me absorbía en mí mismo y me llenaba de una especie de alegría definitiva que yo tomaba por tristeza, porque sobrepasaba en mucho mi edad. En lo que yo alcanzo a recordar, estaba también inquieto porque ahora que nada estaba previsto para una época determinada, podrían ser por completo descuidadas muchas cosas. Y cuando volví con este estado

de ánimo a Ulsgaard, y vi todos los libros, me arrojé sobre ellos, de prisa, casi con un sentimiento de culpabilidad.

Lo que a menudo he experimentado más tarde, lo presentí entonces en cierto modo: que no se tiene derecho a abrir un libro si no se compromete uno a leerlos todos. En cada línea se sondeaba el mundo. Antes de los libros estaba salvo, y quizá se le encontraba entero después. Pero ¿cómo iba yo, que no podía leer, a absorberlos todos? Los había allí, incluso en aquella modesta biblioteca, en gran número, y formaban conjunto. Testarudo y desesperado, me arrojé de libro en libro y me abrí paso a través de

las páginas, como alguien que tuviese que rendir un trabajo desproporcionado a sus fuerzas. Leí entonces a Schiller y Baggegesen, a Ohlenschlager y Schack-Staffeldt, todo lo que había allí de Walter Scott y de Calderón. Muchas de las cosas que caían entre mis manos deberían en cierto modo haber sido ya leídas; para otras, al contrario, era demasiado temprano; casi nada estaba maduro para mi presente de entonces. Y a pesar de esto, leí.

Años después, me ocurría a veces de noche despertarme y las estrellas eran tan verdaderas, y avanzaban de manera tan convincente, y yo no comprendía que

podiese uno llegar a tener que perder tal cantidad de mundo. Eso era, creo, lo que experimentaba cuando levantaba los ojos y miraba al exterior, donde estaba el verano, donde Abelone me llamaba. Nos parecía muy sorprendente que ella tuviese que llamarme y yo no respondiese. Esto acaecía en nuestra época más dichosa. Pero como esta fiebre se había apoderado de mi, me agarraba febrilmente a mi lectura, me hurtaba, importante y testarudo, a nuestros días de fiesta cotidianos. Torpe como era para aprovechar las numerosas, pero con frecuencia apagadas ocasiones de una felicidad

natural, me complacía en hacerme prometer de nuestra discusión creciente reconciliaciones futuras, tanto más deliciosas cuanto más se las retrasaba.

Por lo demás, mi sueño de lectura terminó un día tan bruscamente como había comenzado; y entonces nos enfadamos de veras. Pues Abelone no me evitaba ninguna broma desdeñosa, y luego cuando la encontraba bajo el cenador, pretendía estar leyendo. Cierta domingo por la mañana, el libro estaba con seguridad cerrado a su lado, pero parecía más que nunca ocupada por las grosellas, de las que separaba con un tenedor los granos. Debía ser una de

esas horas matinales, nuevas y reposadas que se dan en julio, y durante las que no suceden más que cosas alegres e irreflexivas. Millones de pequeños movimientos irreprimibles componían un mosaico de la vida más convincente; las cosas vibran las unas en las otras, y arriba en la atmósfera; su frescura hace claras las sombras, presta al sol un brillo ligero y espiritual. No hay entonces en el jardín nada esencial; todo está por todas partes y sería necesario estar en todo a la vez para no perder nada.

En el pequeño gesto de Abelone, el todo estaba también incluido. Era tan

felizmente hallado hacer justamente eso y precisamente así como ella lo hizo... Sus manos, claras en lo sombreado, trabajaban con una inteligencia tan ligera, combinadas; y saltaban ante el tenedor, como con placer, las bayas redondas en la copa guarnecida de hojas de viña húmedas de rocío, donde ya se amontonaban otras bayas, rojas y rubias, iluminadas con sus puntos de luz, con granos sanos en la pulpa ácida. Tampoco yo deseaba sino mirar, pero como era probable que me lo impidieran, para contenerme, tomé el libro, me senté al otro lado de la mesa, y sin hojearlo mucho tiempo, me sumergí no sé en

donde.

«Si por lo menos leyese en voz alta, escudriñador», dijo Abelone al cabo de un instante. El sonido de estas palabras no era ni mucho menos hostil, y como ya era tiempo, me parecía, de reconciliarnos, leí en seguida, en alta voz, sin descanso, hasta el próximo punto y aparte, y más lejos aún, hasta el próximo título: A Bettine.

«Las respuestas, no», me interrumpió Abelone, y como agotada, dejó de pronto el tenedorcito. En seguida después se rio de la cara con que la miraba.

«Dios mío, qué mal has leído. Malte».

Tuve que convenir en que no había pensado un solo instante en lo que hacía. «No leía más que para ser interrumpido», confesé, y sentí de pronto calor y hojeé el libro hacia atrás para encontrar la página del título. Sólo entonces supe qué libro era. «¿Por qué no las respuestas?», pregunté curioso.

Fue como si Abelone no me hubiese oído. Estaba sentada, allí, con su vestido claro, como si por todas partes, en el interior, se hubiese vuelto sombría toda ella, tal estaban ahora sus ojos.

«Dame», dijo repentinamente, como con cólera, y tomó el libro en su mano, y lo abrió en la página que quería. Y entonces ella leyó una de las cartas de Bettine.

No sé qué es lo que comprendí de todo ello, pero era como si me hubiesen prometido solemnemente que un día lo interpretaría todo. Y mientras que se elevaba su voz, y se parecía casi a la que yo conocía por su canto, tuve vergüenza de pronto de haberme representado nuestra reconciliación de una manera tan vulgar. Pues comprendí bien que estaba en vías de llevarse a cabo. Pero ahora había tenido lugar en

grande, en alguna parte, lejos, encima de mí, donde yo no alcanzaba.

Esta promesa sigue cumpliéndose: por casualidad el mismo libro se encuentra de nuevo entre los míos, entre los escasos libros de los que no me separo. Ahora, también para mí, se abre en los pasajes en los que precisamente pienso, y mientras los leo, no sé con seguridad si pienso en Bettine o en Abelone.

No. Bettine se ha hecho más viva en mí. Abelone, la que he conocido, no ha hecho más que preparar a la otra, y ha florecido en Bettine como en su ser propio e inconsciente. Pues esta extraña

Bettine ha creado, mediante todas sus cartas, espacio y como un mundo de dimensiones ensanchadas. Desde el comienzo se ha extendido por todo como si ya hubiese rebasado su muerte. Por todas partes ella se había instalado profundamente en el ser, formaba parte de él, y cuanto lo sucedía, estaba desde toda la eternidad contenido en la naturaleza; allí ella se reconocía, se separaba casi dolorosamente; se adivinaba poco a poco, como remontándose a tradiciones, se evocaba como un espíritu y se desafiaba.

Hace un instante, Bettine, estabas aún; yo te comprendo. ¿No está caliente

de ti la tierra, y no dejan los pájaros el espacio por tu voz? El rocío es otro, pero las estrellas son aún las estrellas de tus noches. ¿O no es tuyo el mundo entero? Pues tantas veces lo has incendiado con tu amor, y lo has visto flamear y consumirse, y lo has reemplazado, en secreto, por otro mundo, mientras que todos dormían. Tú te sientes de acuerdo con Dios, cuando todas las mañanas le pides una nueva tierra, para que tengan su turno todos aquellos que él ha creado. Te parece poco digno no gastarlos y recuperarlos, y tú avanzas tus manos hacia un mundo siempre nuevo. Pues tu amor todo lo

igual.

¿Cómo es posible que no hablen todos aún de tu amor? ¿Qué ha sucedido después más memorable? ¿Qué es lo que les ocupa? Tú misma conocías el valor de tu amor, tú lo decías en alta voz a tu poeta más grande, a fin de hacerle humano; pues aún era elemento. Pero el poeta ha disuadido a los hombres al escribirte. Todos han leído sus respuestas y las creen más bien, porque el poeta les es más inteligible que la naturaleza. Pero quizá se comprenda un día que aquí estaba el límite de su grandeza. Esta amante le era impuesta, y no la ha soportado. ¿Qué significa decir

que no pudo responderle? Un amor semejante no tiene necesidad de respuesta, contiene el reclamo y la respuesta; se otorga a sí mismo. Pero el poeta tenía que humillarse ante ella, en toda su magnificencia, y lo que ella dictaba, escribirlo a dos manos, como Juan de Pathmos, de rodillas. No había elección posible en presencia de esta voz, que «llenaba la función de los ángeles», que había venido para envolverle y arrastrarle hacia lo eterno. Aquello era el carro de su ascensión inflamada. Era allí donde estaba preparado para su muerte el mito oscuro que dejó vacío.

Al destino le gusta inventar dibujos y figuras. Su dificultad está en lo complicado. Pero la vida es difícil por su simplicidad. No tiene más que algunos elementos de una grandeza que nos sobrepasa. El santo, declinado el destino, escoge éstos por amor de Dios. Pero que la mujer, conforme a su naturaleza, tenga que hacer la misma elección con relación al hombre, esto es lo que evoca la fatalidad de todos los amores: resuelta y sin destino, como una eterna, está en pie a su lado mientras él se transforma. Siempre la amante supera al amado, porque la vida es más grande que el destino. El don de sí misma puede

ser infinito; ésa es su felicidad. Pero la miseria sin nombre de su amor ha sido siempre ésta: que se le ha pedido limitar este don.

Ninguna otra queja ha sido expresada jamás por mujeres. Las dos primeras cartas de Eloísa no contienen sino esto, y cinco siglos más tarde, vuelve a surgir aún de las cartas de la Portuguesa; se la reconoce como una llamada de pájaro. Y de pronto el claro espacio de este conocimiento está atravesado por la forma más lejana de Safo, que los siglos no encuentran porque la han buscado en el destino.

No me he atrevido nunca a comprarle un periódico. No estoy seguro de que lleve siempre algunos números consigo, cuando en el exterior del jardín de Luxembourg se desliza lentamente, hacia atrás y hacia delante, durante toda la noche. Vuelve la espalda a la verja y su mano roza el zócalo de piedra en el que se levantan los barrotes. Se hace tan delgado que todos los días pasan muchas gentes que no le han visto nunca. Sin duda tiene aún un resto de voz que recuerda su existencia; pero no es más que un rumor en una lámpara, o en la estufa, o el gotear de una ruta a intervalos regulares. Y el mundo está

hecho de tal modo que hay hombres que, toda su vida, pasan precisamente durante la pausa en que, más silencioso que todo lo que se mueve, avanza como la manilla de un reloj, como la sombra de una aguja, como el tiempo.

¡Qué poca razón tenía en no mirarle más que de mala gana! Me da vergüenza escribir que a menudo al acercarme a él, tomaba el paso de los otros, como si ignorase que estaba allí. Entonces le oía decir: «La Presse», e inmediatamente después aún una vez, y una tercera, a intervalos rápidos. Y, a mi lado las gentes se volvían y buscaban la voz. Solamente yo me daba prisa, más que

los demás, como si nada me hubiese chocado, como si estuviese sumamente absorto.

Y lo estaba en efecto. Estaba ocupado en representármelo, me entretenía en imaginármelo, y este esfuerzo me cubría de sudor. Pues yo debía crearle como se crea un muerto, en apoyo del cual no había más pruebas, y del que no es posible encontrar los componentes; un muerto que es necesario realizar por completo dentro de uno. Sé ahora que encuentro un poco de ayuda pensando en los numerosos cristos de marfil estriado que andan por todos los anticuarios. El pensamiento de

no sé qué *pietà* surgió y se desvaneció —todo esto sin duda sólo para evocar cierta inclinación de su largo rostro, y la desolación de una barba que crecía poco a poco, a la sombra de las mejillas, y esta ceguera definitivamente dolorosa de su expresión cerrada, que estaba dirigida de través hacia arriba—. Pero había además tantas cosas que le pertenecían... Pues comprendí desde entonces que nada le era accesorio: ni el modo como la chaqueta y el abrigo, bostezando hacia atrás, dejaban ver el cuello por todos lados —este cuello bajo, que se levantaba formando un gran arco alrededor de la nuca tendida y

cóncava— sin tocarla; ni la corbata, de un negro verdoso, flojamente anudada alrededor; ni, sobre todo, el sombrero de fieltro, rígido, bombeado, que llevaba como todos los ciegos llevan sus sombreros: sin relación con los rasgos del rostro, sin la posibilidad de formar, con este objeto suplementario y consigo mismo una nueva unidad exterior; no más que cualquier objeto extraño.

En mi cobarde obstinación de no mirarle, terminé por llegar a ese punto en que la imagen del hombre se condensó en mí, sin razón, con una fuerza dolorosa, en una miseria tan dura

que, hostigado por ella, decidí forzar y suprimir la precisión creciente de mi representación sustituyéndola por la realidad exterior. Era de noche. Decidí pasar en seguida cerca de él, mirándole con atención.

Ahora es necesario que sepáis; se acercaba la primavera. Había cesado el viento del día; las calles eran largas y satisfechas; en sus puertas, las casas lucían, nuevas, como roturas recientes de un metal blanco. Pero era un metal que os sorprendía por su ligereza. En las calles anchas, de corriente ininterrumpida, muchas gentes pasaban unas entre otras, casi sin temor a los

coches, que eran escasos. Debía ser un domingo. Las terrazas de las torres de Saint-Sulpice se mostraban alegres y de una altura inesperada, en el aire tranquilo, y por las calles estrechas, casi romanas, se gozaba voluntariamente en la estación del año. En el jardín, y ante él, había tanto movimiento de hombres que no le vi en seguida. O ¿es que no le reconocí en seguida a través de la multitud?

Supe primero que la representación que tenía de él carecía de valor. La resignación de su miseria que no estaba limitada por ninguna precaución ni ningún disimulo, rebasaba mis medios.

Yo no había comprendido ni el ángulo de inclinación de su actitud, ni el espanto que parecía llenar por completo el interior de sus párpados. No había pensado nunca en su boca, que parecía estrechada como el desagüe de canalón. Quizá tenía recuerdo; pero ahora ya no se añadía a su alma nada más que, a diario, la sensación amorfa del reborde de la piedra detrás de él, en el que su mano se desgastaba poco a poco. Yo me había quedado de pie, y mientras que veía todo esto, casi al mismo tiempo, sentí que tenía otro sombrero, y una corbata, que era sin duda una corbata de domingo; era un tablero de ajedrez

amarillo y violeta y, en cuanto al sombrero, era un sombrero de paja barato, con una cinta verde. Los colores, naturalmente, poco importan, y es incluso mezquino por mi parte recordarlo. Sólo quiero decir que estaba sobre él como el pulmón más tierno en el vientre de un pájaro. Él no sacaba ningún gusto de ello, y ¿quién de todas esas gentes —miré a mi alrededor— hubiese podido suponer que se había arreglado para ellos?

Dios mío, recordé con súbita vehemencia *¿eres*, pues, así? Hay pruebas de tu existencia. Las he olvidado todas, no he pedido nunca

ninguna, pues ¡qué formidable obligación estaría contenida en esta certidumbre! Y sin embargo, me la han demostrado ahora. He aquí tu gusto, he aquí tu placer. Aprender a soportar todo y a no juzgar. ¿Qué cosas son las que condenas, cuáles las que te agradan? Tú solo lo sabes.

Cuando llegue de nuevo el invierno y tenga necesidad de un abrigo nuevo, concédeme que lo lleve así, mientras que esté nuevo.

No es que quiera distinguirme de ellos cuando me paseo con trajes mejores y que me han pertenecido desde el

principio, y cuando reparo en que tengo habitación en algún sitio. No, sencillamente no he llegado a esto. No tengo corazón para vivir su vida. Si mi brazo se encanijase, estoy seguro de que lo ocultaría. Pero ella (no sé, por lo demás, quién era ella), ella aparecía todos los días ante las terrazas de los cafés, y aunque le era muy difícil quitarse su abrigo y librarse de sus vestidos y de su ropa interior confusa, no evitaba este trabajo y se desvestía tan largamente que apenas podía uno tener paciencia. Y entonces ella estaba de pie, ante nosotros, modesta, con su muñón seco y resorbido, y se podía ver que era

raro.

No, no es que quiera distinguirme de ellos, pero me sobrestimaría si pretendiera ser semejante a ellos. No lo soy, no tendré ni su fuerza, ni sus proporciones. Yo me alimento y, de comida en comida, existo, pues, sin que ningún milagro intervenga, mientras que ellos subsisten casi como eternos. Están de pie en sus esquinas, como todos los días, incluso en noviembre y el invierno no les hace gritar. La niebla viene y los hace confusos e inciertos: pero a pesar de esto, están. Salí de viaje, caí enfermo, muchas cosas se desarrollaron en mi: pero ellos no han muerto.

(No sé, incluso, como es posible que los colegiales se levanten en las habitaciones grises de olor de frío. Qué anima a estos pequeños esqueletos apresurados, para que se precipiten, afuera, en la ciudad adulta, en este fin turbio de la noche, en este día de clase eterna, siempre aún pequeños, siempre llenos de presentimientos, siempre retrasados. No tengo idea de la cantidad de socorros que se desperdicia de continuo.)^[7]

Esta ciudad está llena de hombres que se deslizan lentamente entre ellos. La mayoría comienza por resistir; pero además hay esas rameritas casi viejas,

descoloridas, y que no cesan de abandonarse sin luchar, que en lo más profundo de ellas, no han servido nunca, no han sido nunca amadas. Quizá pienses, Dios mío, que debo renunciar a todo y amarlas. O, si no, ¿por qué me cuesta tanto no seguirlas cuando me adelantan? ¿Por qué invento de pronto las palabras más dulces, las más nocturnas, y por qué mi voz se queda tiernamente entre mi garganta y mi corazón? ¿Y por qué me imagino cómo, con infinitas precauciones, las sostendría en mi respiración, a esas muñecas con las que la vida ha jugado abriendo sus brazos de primavera en

primavera, para nada, hasta que las articulaciones de los hombres se hayan aflojado? No han caído nunca desde una esperanza muy alta, no se han roto, pues; pero se han ajado, y la vida ya no las quiere. Sólo los gatos perdidos vienen por la noche a sus habitaciones, y las arañas en secreto, y se tumban sobre ellas. A veces he seguido a alguna de ellas a través de las calles. Bordean las casas siempre vienen hombres que las tapan; ellas desaparecen detrás, anuladas.

Y sin embargo, sé que si uno solo tratase de amarlas, se harían pesadas contra él como alguien que se ha alejado

demasiado y deja de andar. Creo que sólo Jesús las soportaría, que tiene aún la resurrección en todos sus miembros; pero poco le importan a él. Sólo las que aman le seducen, y no aquellas que esperan con poca disposición ser amadas, como con una lámpara fría.

Sé que si estuviese destinado para lo peor, de nada me serviría disfrazarme con mis mejores trajes. ¿No resbaló él desde el centro de su realeza hasta los últimos? Él, que en vez de elevarse, cayó hasta tocar fondo. Es cierto, he creído a veces en los otros reyes, aunque los parques no prueban nada. Pero es de noche, invierno, me hielo,

creo en él. Pues el poder no dura más que un instante, y no hemos visto nada más largo que la miseria. Pero el rey debe durar.

¿Éste, no es el único que se conserva bajo su locura como las flores de cera bajo un fanal? Para los demás imploran en las iglesias una larga vida; pero para él, el canciller Jean Charlier Gerson exigía que fuese eterna, y esto cuando era ya el más pobre de todos, a pesar de su corona.

Era en el tiempo en que hombres extraños, de rostro ennegrecido, le atacaban a veces en su lecho, para

arrancarle la camisa podrida por las úlceras, que desde hacía ya tiempo creía era parte de su cuerpo. Estaba oscura la habitación y bajo sus brazos rígidos desgarraron los jirones blandos, tal como los agarraban. Después, uno de ellos encendió luz, y sólo entonces descubrieron la herida purulenta sobre el pecho, en la que el amuleto de hierro se había clavado, porque todas las noches lo apretaba contra sí con la gran fuerza de su fervor. Ahora estaba clavado con él, profundo, terriblemente precioso, con una orilla de perlas de pus, como un despojo milagroso en el hueco de un relicario. Habían escogido

ayudantes de corazón duro, pero rio estaban acorazados contra la repugnancia, cuando los gusanos, al molestarlos, se enderezaban fuera de la felpa flamenca y caían de los pliegues, y subían acá y allá a lo largo de las mangas. No era dudoso que su estado había empeorado desde el día de la *parva regina*; pues ella al menos todavía quería acostarse junto a él, joven y clara como era: después había muerto. Y más tarde nadie había osado emparejar una compañera de cama con esta carroña. La reina no había dejado tras de sí las palabras y ternuras con que sabía dulcificar al rey. Tampoco penetró

nadie a través de la maleza de su espíritu; nadie le ayudó a escapar de los torrentes de su alma; nadie le comprendió cuando de repente salió de sí mismo con la mirada redonda de un animal que va a pastar. Y cuando reconocía entonces el rostro preocupado de Juvenal, se acordaba del imperio como lo había dejado. Y quería volver a apoderarse de lo que había sido abandonado.

Pero los acontecimientos de estas ocasiones tenían de curioso que no se podían conocer poco a poco. Allí donde ocurría algo, el acontecimiento se producía con todo su peso, y cuando lo

decían era como un solo trozo. ¿Habría podido atenuarse de algún modo el hecho de que su hermano hubiera sido asesinado? ¿Y el de que ayer Valentina Visconti, a quien él llamaba su querida hermana, se le hubiera arrodillado delante, no resaltando sino el velo negro de su viudedad, de su cara desfigurada por la queja y por la acusación? Y hoy, durante horas, un abogado tenaz y charlatán estaba allí, y probaba el buen derecho del magnicida, hasta que el crimen se hizo transparente como si fuese a ascender, luminoso, hasta el cielo. Y ser justo era dar la razón a todos, pues Valentina de Orleáns murió

de aflicción, aunque le había prometido la venganza. Y ¿para qué servía perdonar una vez y otra al duque borgoñón?; el ardor sombrío de la desesperación se había apoderado de él, de manera que, desde hacía semanas, habitaba una tienda al fondo del bosque de Argilly y pretendía que, en la noche, necesitaba oír bramar a los ciervos para su consuelo.

Cuando se había pensado en todo esto, siempre de nuevo, desde el principio hasta el fin —y no era muy largo—, el pueblo pedía veros y os veía perplejo. Pero el pueblo se regocijaba con el espectáculo; comprendía que

aquello era el rey: ese silencio, ese paciente que estaba allí para permitir que Dios obrase por encima de él, en su impaciencia tardía. En estos momentos más claros, sobre el balcón de su hotel de Saint-Paul, el rey presentía quizás sus progresos secretos; recordaba aquel día de Roosbecke, en el que su tío de feerry le había cogido de la mano, para conducirlo, ante su primera victoria terminada; entonces había dominado con la mirada, en esta jornada singularmente prolongada de noviembre, las masas de ganteses, tal como se habían estrangulado por su propia estrechez, cuando habían cabalgado sobre ellos

por todos lados. Enrollados unos en otros, como un inmenso cerebro, estaban tendidos allí, a montones, tal como ellos mismos se habían anudado juntos, para mantenerse cerca. Se perdía la respiración cuando se les veía, aquí y allá, con sus rostros ahogados; no se podía evitar el pensar que el aire había sido rechazado lejos de esos cadáveres, cuyo cúmulo había mantenido en pie, por la fuga repentina de tantas almas desesperadas.

Esto lo habían grabado en la memoria del rey como el comienzo de su gloria. Y él lo había retenido. Pero si aquello había sido, entonces, el triunfo

de la muerte, ahora, de pie, a la vista de todos, sobre sus piernas flaqueantes, esto era el misterio del amor. Había visto en los ojos de los otros que se podía comprender aquel campo de batalla, por inmenso que fuera. Pero esto no quería ser comprendido; era tan maravilloso, como antiguamente el ciervo con collar de oro del bosque de Senlis. Salvo que ahora era él la aparición, y los otros estaban sumergidos en la contemplación. Y no dudaba que ellos estuvieran sin aliento y llenos de la misma expectación amplia que le había sorprendido aquel día de su adolescencia, estando de caza, cuando la

aparición silenciosa surgió de entre las ramas mirándole. El misterio de su visibilidad se expandió sobre toda su forma suavizada. No se movía por miedo a fundirse; la leve sonrisa sobre su ancho rostro simple adquiría una duración natural, como en los santos de piedra, y no se esforzaba. Así era como se tenía, y fue uno de esos instantes que son la eternidad en abreviatura. La multitud apenas lo soportaba. Fortificada, nutrida de un consuelo infinitamente multiplicado, rompía el silencio con el grito de la alegría. Pero arriba, en el balcón, no estaba sino Juvenal des Ursins, y gritaba a la

primera ola de calma que el rey vendría
rué Saint-Denis, de la cofradía de la
Pasión, para ver los Misterios.

En tales días el rey estaba lleno de
una dulce conciencia. Si un pintor de esa
época hubiese buscado alguna
indicación sobre la vida en el paraíso,
no hubiera podido encontrar modelo más
perfecto que la figura tranquila del rey,
tal como aparecía en una de las altas
ventanas del Louvre, en el abandono de
sus hombros. Hojeaba un librito de
Christine de Pisan, titulado el «Camino
del largo aprendizaje» y dedicado a él.
No leía las doctas polémicas de este
parlamento alegórico que se había

propuesto encontrar el príncipe digno de reinar sobre el mundo entero. Ante él se abría siempre el libro por los pasajes más simples: allí donde se trataba de ese corazón que durante trece años, como una retorta sobre el fuego del dolor, no había servido sino para destilar por los ojos el agua de la amargura. Comprendía que el verdadero consuelo no comenzaba sino cuando la dicha estaba pasada y cumplida para siempre. Nada tan cerca de él como este consuelo. Y mientras que su mirada parecía abrazar el puente, allá fuera, le gustaba mirar el mundo a través del corazón de Christine, porque estaba

práctico en los caminos extraordinarios, en el éxtasis de la gran Cumeana —el mundo de entonces: esos mares aventurados, esas ciudades de torres extrañas sostenidas por la presión de las lejanías; la soledad extática de las montañas reunidas y los cielos explorados en una duda temerosa, esos cielos que entonces comenzaban a cerrarse como el cráneo de un lactante.

Pero cuando entraba alguien, el rey se asustaba y, poco a poco, se empañaba su espíritu. Accedía a que le llevarsen de la ventana y le ocupasen. Le habían creado la costumbre de permanecer durante horas viendo estampas, y él

estaba contento de eso. Sólo una cosa le enfadaba, y es que al volver las páginas no podía mantener nunca ante sí varias imágenes a la vez, y que al estar fijas en el infolio no se las podía mezclar unas con otras. Entonces, alguien se había acordado de una baraja que estaba completamente caída en el olvido y el rey concedió su favor al que se la trajo; tan en el corazón tenía estas cartulinas, policromas y cada una separada y llena de cosas. Y mientras que los juegos de cartas se ponían de moda entre los cortesanos, el rey estaba sentado en su biblioteca y jugaba solo. De la misma manera que levantaba en este momento

dos reyes juntos, igual le había puesto recientemente Dios junto al rey Wenceslao; a veces moría una reina, y entonces ponía sobre ella un as de corazón que era como una lápida. No se asombraba de que en este juego hubiera varios papas; instalaba Roma allá, al borde de la mesa, y hacia su derecha estaba Avignon. Roma le era indiferente; quién sabe por qué se la representaba redonda y no insistía más. Pero conocía Avignon. Y apenas pensaba en ella, su memoria reproducía el alto palacio hermético y se esforzaba hacia él. Cerraba los ojos, y tenía que tomar aliento hondamente. Temía tener malos

sueños en la noche próxima.

En suma, era verdaderamente una distracción descansada, y habían acertado al sugerírsela. Horas tales le confirmaban en la idea de que era el rey, el rey Carlos VI. Esto no quiere decir que exagerara su propia importancia; estaba lejos de creerse más que una de estas hojas de papel, pero se confirmaba su certeza de que también era una carta determinada, quizá una carta mala, una carta echada con cólera, y que perdía siempre: pero siempre la misma, nunca otra distinta. Y sin embargo, cuando había pasado una semana en esta confirmación regular de su propia

existencia comenzó a sentirse estrecho en sí. La piel se estiraba alrededor de la frente y de la nuca, como si sintiese su contorno demasiado preciso. Nadie supo a qué tentación cedía cuando preguntó por los misterios, y no podía esperar que comenzaran. Y cuando por fin llegaron, habitaba más en la rué Saint-Denis que en su hotel de Saint-Paul. La fatalidad de esos poemas representados era el completarse y ensancharse cada vez más y crecer hasta contar decenas de millares de versos, de manera que el tiempo era en ellos el tiempo verdadero; corrió si se hubiese hecho un globo del tamaño natural de la tierra. El estrado

hueco bajo el que se encontraba el infierno y sobre el cual el andamiaje sin barrera de un balcón fijado a una pilastra representaba el nivel del paraíso, contribuían aún a atenuar el artificio. Pues este siglo había hecho en realidad terrenales el cielo y el infierno. Se nutría de estas dos fuerzas, para sobrevivirse a sí mismo.

Eran los días de esta cristiandad aviñonesa que una generación antes se había apretado alrededor de Juan XXII en una afluencia tan incoercible que, en el lugar de su pontificado, había surgido en seguida detrás de él la masa de este palacio cerrado y pesado como un

último cuerpo de refugio para el alma desahuciada de todos. Pero él mismo, el pequeño, ligero y espiritual anciano vivía al descubierto. Mientras que, apenas llegado, sin retraso, comenzó a obrar rápido y apresurado, ya estaban sobre su mesa las escudillas sazonadas con veneno; el contenido del primer vaso debía ser derramado siempre, pues el trozo de unicornio estaba descolorido cuando el copero lo retiraba. Inquieto, no sabiendo dónde esconderlas, el septuagenario llevaba consigo las figuras de cera que habían hecho de él para perderle; y se arañaba con las largas agujas de que estaban

atravesadas. Se las podía fundir. Pero estos simulacros secretos le habían llenado de tal espanto que muchas veces, pese a su fuerza de voluntad, se formó en él la idea de que podría darse a sí mismo un golpe mortal y desvanecerse como la cera cerca del fuego. Su encogido cuerpo se hacía más seco de terror y más resistente. Pero ahora osaban atacar, incluso, al cuerpo de su imperio; desde Granada, los judíos habían sido incitados a destruir a todos los cristianos, y esta vez habían adquirido ejecutores más terribles. Nadie dudó, en seguida, apenas se escucharon los primeros rumores, de la

confabulación de los leprosos; ya algunos les habían visto arrojando a los pozos los paquetes de jirones horribles de su descomposición. No fue a causa de una credulidad demasiado fácil por lo que se tuvo en seguida como posible esto; al contrario: la fe se había hecho tan pesada que escapó a las manos temblorosas y cayó hasta el fondo de los pozos. Y de nuevo el ardiente anciano hubo de alejar el veneno de la sangre. En la época de sus veleidades supersticiosas había ordenado, para él y para los que le rodeaban, el ángelus contra los demonios del crepúsculo; y ahora, en el mundo agitado por completo

sonaba todas las tardes esta plegaria sedante. Por lo demás, sin embargo, todas las bulas y las cartas que emanaban de él parecían antes un vino de especias que una tisana. El imperio no se había confiado a su tratamiento, pero él no se cansaba de colmarle con las pruebas de que estaba enfermo; y ya venían las gentes desde el más lejano oriente para consultar a este médico imperioso.

Pero entonces ocurrió lo increíble. El día de todos los Santos había predicado más larga y ardientemente que de costumbre; con una necesidad súbita y como para volver a verla él mismo,

había mostrado su fe; la había sacado fuera de ese tabernáculo octogenario, y levantándola poco a poco con todas sus fuerzas, la había puesto en el altar: y entonces le gritaron a la cara. Toda Europa gritó: esa fe era mala.

Entonces desapareció el papa. Durante muchos días no emanó de él ninguna acción; permanecía de rodillas en su oratorio y exploró el misterio de los que actúan y hacen mal a su alma. Al fin reapareció agotado por el pesado recogimiento, y se retractó. Se retractó de una cosa tras otra. Retractarse llegó a ser la pasión senil de su espíritu. Llegó al extremo de hacer despertar por la

noche a los cardenales para hablarles de su arrepentimiento. Y quizá lo que hacía durar su vida más allá del límite ordinario no era, en último término, sino la esperanza de humillarse todavía ante Napoleón Orsini, que le odiaba y que no quería venir.

Jacobo de Cahors se había retractado. Y podría creerse que el mismo Dios hubiera querido probar su error dejando surgir tan poco tiempo después al hijo del conde Ligny, que no parecía esperar sobre la tierra sino a la edad de su mayoría para participar virilmente en las voluptuosidades del alma, que el cielo le reservaba. Vivían

muchas gentes que aún recordaban a este claro muchacho en la época de su cardenalato, y cómo, en el alba de su adolescencia, había llegado a ser obispo, y cómo, a los diez y ocho años apenas, había muerto en el éxtasis de la perfección. Se enfrentaban dos muertos vivos: pues alrededor de su tumba el aire en el que había vida pura y libertada obró todavía durante mucho tiempo sobre los cadáveres. Pero ¿no había algo de inesperado incluso en esta santidad prematura? ¿No era una injusticia para todos que el tejido puro de esta alma no hubiera sido sino apenas teñido a través de la vida, como si sólo

se tratase de hacerla luminosa en la tinta escarlata de la época? ¿No se experimentaba como un contragolpe cuando este joven príncipe se elevó desde la tierra en su ascensión apasionada? ¿Por qué los luminosos no permanecen entre los que apenas pueden encender bujías? ¿No era esta oscuridad la que había llevado a Juan XXII a afirmar que antes del juicio final no habría felicidad entera, ni siquiera entre los bienaventurados? Y en efecto, qué terquedad y qué ruda tenacidad no hacían falta para imaginarse que, mientras que aquí todo era un caos tan espeso, pudiera haber en alguna parte

rostros que estaban ya en la luz de Dios, reposando en los ángeles y colmados de su vista inagotable.

Aquí estoy en esta noche fría, y escribo, y sé todo esto. Tal vez lo sé porque hube de encontrar a aquel hombre, entonces, cuando era yo pequeño. Él era muy alto e incluso creo que su estatura resultaba chocante.

Aun cuando parezca inverosímil, había conseguido, hacia la noche, ya no sé cómo salir solo de la casa. Corrí, volví la esquina de una calle, y en el mismo instante me tropecé con él. No puedo comprender cómo hubo de

desarrollarse en cinco segundos poco más o menos lo que sucedió entonces. Por muy estractado que se cuente, dura mucho más tiempo. Yo me había hecho daño tropezando con él; era pequeño y me parece que incluso fue ya gran cosa el no llorar; de modo que, involuntariamente, esperaba ser consolado. Como él no se decidía a ello le creí tímido. Supuse que su espíritu no le inspiraba la broma que debía de servir de desenlace al asunto. Ya me satisfacía en poderle ayudar, pero para eso tenía que mirarle la cara. He dicho que era alto. Sin embargo, no estaba inclinado hacia mí como hubiera sido lo

natural, de suerte que se encontraba a una altura para la que yo no estaba preparado. No había ante mí sino el olor y la peculiar dureza de su traje, que yo había percibido. De pronto vino su rostro. ¿Cómo era? No lo sé, no quiero saberlo. Era el rostro de un enemigo, y al lado de este rostro, inmediato, a la altura de sus ojos terribles, estaba como una segunda cabeza, su puño. Antes de que hubiera tenido tiempo de sustraer el rostro, ya estaba yo corriendo; huía a su izquierda, y corría derecho por una calle vacía y terrible, una calle de una ciudad extraña, una ciudad donde no se perdona nada.

Entonces viví, lo que ahora ya comprendo; ese tiempo pesado, macizo, desesperado. El tiempo en que el beso de dos hombres que se reconcilian no era sino una señal para los asesinos que estaban por allí. Bebían en el mismo vaso, montaban ante todos los ojos la misma cabalgadura y se decía que dormían por la noche en la misma cama: y todos estos contactos hacían tan apremiante la aversión del uno hacia el otro que cada vez que veía las venas latientes del contrario se encabritaba en él un asco enfermizo, como a la vista de un sapo. El tiempo en que un hermano asaltaba al otro por su herencia más

cuantiosa. Verdad es que el rey intervino por la víctima y le procuró la libertad y que le fuesen restituidos sus bienes. Ocupado en otros destinos más lejanos, el mayor concedió la paz y expresó en sus cartas el sentimiento por su injusticia. Pero todos estos acontecimientos impedían al hermano libertado reponerse. El siglo le muestra yendo de iglesia en iglesia, con traje de peregrino, inventando promesas cada vez más extrañas. Cargado de amuletos, cuchichea sus temores a los monjes de Saint-Denis, y permanece inscrito mucho tiempo en los registros el cirio de cien libras que le pareció bien consagrar a

Saint Louis. No llegó a realizar su propia vida; hasta su fin sintió la envidia y la cólera hacia su hermano, como una constelación gesticulante sobre su corazón. Y este conde Foix, Gaston Febus, que excitaba la admiración de todos ¿no mató abiertamente a su primo Ernault, el capitán del rey de Inglaterra, en Lourdes? ¿Y qué fue este homicidio manifiesto al lado del horrible azar de que el conde no hubiese depuesto el cuchillito de uña aguzada, cuando en un reproche crispado, rayó con su mano, cuya belleza era famosa, el cuello desnudo de su hijo tendido? La habitación estaba oscura; tuvieron que

encender para ver la sangre que venía de tan lejos y que abandonaba ahora para siempre una raza admirable, escapándose dulcemente de la estrecha herida de este niño agotado.

¿Quién podía ser fuerte y abstenerse del asesinato? ¿Quién, en este tiempo, no sabía que lo peor era inevitable? Un presentimiento singular invadía aquí y allá a aquél cuya mirada había encontrado durante la jornada la mirada casi voluptuosa de su asesino. Se retiraba, se encerraba, escribía sus últimas voluntades, y para terminar encargaba las parihuelas de mimbre, la sotana de los Celestinos y que le

derramasen ceniza. Menestrales extranjeros aparecían ante su castillo, y él les hacía dones reales por amor de su voz que estaba de acuerdo con sus vagos presentimientos. En la mirada levantada de los perros había una duda, y se hacían menos seguros en los movimientos que se les ordenaba. De la divisa que había tenido importancia toda la vida se desprendía poco a poco un nuevo sentido, paralelo y abierto. Muchas largas costumbres le parecen a uno anticuadas, pero es como si no formasen otras nuevas para reemplazarlas. Si surgiesen proyectos, se les trataría por encima, sin creer

verdaderamente en ellos; por el contrario, ciertos recuerdos toman un carácter singularmente definitivo. Por la noche, cerca del fuego, uno cree abandonarse a ellos. Pero la noche, fuera, que ya no se conoce, se hace de pronto singularmente fuerte al tímpano. El oído, habituado a tantas noches libres y peligrosas, distingue los trozos distintos del silencio. Y sin embargo, esta vez era diferente. No era la noche entre ayer y hoy: una noche. Noche. Beau Sire, Dieu, y después la resurrección. Apenas en estas horas se alcanzaba el canto consagrado; a una se habían hecho mujer amada: estaban

todas ellas escondidas en las alboradas y en las cántigas de amor, ininteligibles bajo nombres fastuosos como largas colas. Todo lo más, en la oscuridad, se las adivina en la mirada que se eleva, plena y femenil, de un hijo bastardo.

Y después, antes de la cena tardía, esta inmovilidad pensativa en las manos sobre la jofaina de plata. ¿Es posible establecer relación entre lo que tocan? Una serie, una continuidad en sus actos de tomar y de dejar. No. Todos los hombres intentan partida y contrapartida. Todos se anulan mutuamente, y no hay acción.

No había acción, salvo entre los hermanos misioneros. El rey, desde que vio sus gestos y su mímica, inventó él mismo para ellos esta carta de franquicia: «Los nombrados como mis queridos hermanos»; nunca nadie había llegado a tanta privanza con él. Se les concedió literalmente el andar entre los seculares con su carácter pleno; pues el rey deseaba que contaminasen a muchos, y que los arrastrasen a su acción fuerte en lo que estaba el orden. En lo que concierne a sí mismo, sentía impaciencia por aprender mucho de ellos. ¿No llevaba, como ellos, los vestidos y los signos de una cierta

significación? Cuando los miraba, podía creer que era posible aprender esto: ir y venir, expresarse y replegarse, de tal modo que no cupiese ninguna duda. Inmensas esperanzas recorrieron su corazón. En esta sala del hospital de la Trinidad, iluminada con una luz inquieta y singularmente indefinida, se sentaba a diario en el mejor sitio, y se enderezaba febril, y se estiraba como un colegial. Otros lloraban; pero él estaba pleno, en su interior, de lágrimas ardientes, y para aguantar esto se oprimía sus manos una contra otra. A veces, cuando un actor, al final de una parrafada, se salía de pronto de su gran mirada, el rey levantaba el

rostro y se asustaba. ¿Desde cuándo estaba allí Él. Monseigneur Sanct Michael, surgido allá arriba, al borde del estrado, con su armadura de plata toda espejeante?

En tales ocasiones se enderezaba. Miraba a su alrededor como antes de una decisión. Estaba muy próximo a comprender la contrapartida de esta acción: la gran pasión angustiada y profana en la que él desempeñaba un papel. Pero de pronto pasaba. Todos se movían de manera desordenada. Antorchas abiertas avanzaban hacia él, y arrojaban a lo alto de la bóveda sombras informes. Hombres que no

conocía, le zamarreaban. Quería representar: pero de su boca no salía nada, sus movimientos no formaban gestos. Las gentes se apretaban tan singularmente a su alrededor que le parecía llevar la cruz. Y quería esperar a que la llevasen ellos. Pero eran más fuertes, y le empujaban lentamente hacia fuera.

Fuera, muchas cosas se han transformado. No sé cómo. Por dentro, ante ti, Dios mío, dentro, ante ti. Espectador: ¿no estamos sin acción? Nos damos bien cuenta de que no sabemos el papel, buscamos un espejo, querríamos despintarnos, renunciar a

toda simulación, y ser sinceros. Pero en alguna parte queda aún sobre nosotros un resto de disfraz que olvidamos. Una huella de exageración permanece en nuestras cejas, no nos damos cuenta de que las comisuras de nuestros labios están replegadas. Y vamos y venimos así, burlones, y siendo nosotros mismos a medias, ni seres reales ni actores.

Fue en el teatro de Orange. Sin levantar bien los ojos, dándome únicamente cuenta de la quebradura rústica que formaba ahora su fachada, entré por la puertecita encristalada del guarda. Me encontré entre los cuerpos de columnas tendidos y pequeños

malvaviscos, que me ocultaron sólo un instante la concha abierta de las gradas, cortada por las sombras de la tarde, como un enorme reloj de sol cóncavo. Avancé rápidamente en esa dirección. Sentí, al subir entre las filas de asientos, cómo disminuía este contorno. Arriba, un poco más arriba, había algunos visitantes, mal distribuidos, en negligente curiosidad; sus trajes eran desagradablemente visibles, pero sus proporciones no valían la pena. Un instante me miraron y se asombraron de mi pequeñez. Lo que hizo que me volviese.

¡Oh!, yo no estaba nada preparado.

Representaban. Un drama inmenso, un drama sobrehumano se desarrollaba: el drama de este poderoso decorado en el que aparecía la estructura vertical, tripartita, resonante de grandeza, casi aplastante, y de repente mesurada en el exceso mismo de su medida.

Cedí al asalto de una felicidad violenta. Lo que se levantaba allí, con sombras dispuestas de modo que fingían un rostro, con la oscuridad concentrada en la boca de su centro, limitada en alto por el peinado de bucles idénticos de la cornisa: era la poderosa máscara antigua que oculta todo y detrás de la que se condensa el universo en un rostro. Aquí,

en este gran hemiciclo de asientos, reinaba una vida de expectativa, vacía y aspirante; todo el porvenir estaba allí, al otro lado: Dioses y Destino. Y de más allá venía (cuando se miraba muy arriba) un poco por encima de la arista del muro, el eterno cortejo de los cielos.

Esta hora, lo comprendo ahora, me excluía para siempre de nuestros teatros. ¿Qué hacer? ¿Qué hacer ante una escena sobre la que este muro (el iconostasis de las iglesias rusas) ha sido derribado?, porque ya no se tiene la fuerza de empujar a través de su dureza la acción que, semejante a un gas, se escapa en gotas de aceite, llenas y pesadas. Ahora

las piezas caen en gruesas migajas a través del colador agujereado de las escenas, y se amontonan y son barridas cuando ya hay bastante. Es esta misma realidad semi-cruda, que se arrastra por las calles y las casas, salvo que allí hay más de lo que se pueda meter aquí en una sola noche.

(Seamos, pues, sinceros; no tenemos un teatro, como no tenemos un Dios: para eso haría falta una comunión. Cada uno tiene sus ideas y sus temores particulares, y no deja ver más que en tanto le son útiles y le gustan. No dejamos de desplegar nuestro entendimiento para que baste a nuestras

necesidades, en lugar de llamar con nuestros gritos en el muro de nuestra miseria común, detrás del que lo inconcebible tendría tiempo de acumularse y ponerse tenso.)^[8]

Si tuviésemos un teatro ¿estarías tú aquí, oh trágica, siempre tan delgada, tan desnuda, sin ningún subterfugio, ante aquellos que contentan su curiosidad apresurada con la exposición de tu dolor? Tú preveías, oh, tú tan conmovedora, la realidad de tus sufrimientos, ya en Verona, cuando casi una niña, representando teatro sostenían ante ti rosas, como un antifaz que te hacía un rostro y que al aumentarte debía

disimularte.

Es cierto que eras hija de actores, y que cuando los tuyos representaban querían ser vistos; pero, tú, tú, degeneraste. Para ti esta profesión debía convertirse en lo que había sido para Mariana Alcoforado, sin que ella lo sospechara, el velo de religiosa: un disfraz, espeso y bastante duradero para que estuviese permitido ser detrás de él desdichada sin límites, con el mismo urgente fervor que hace dichosos a los dichosos invisibles. En todas las ciudades adonde viniste, describieron tus gestos; pero no comprendían cómo, perdiendo cada día la esperanza,

elevabas a diario un poema ante ti para que te ocultara. Mantenías tus cabellos, tus manos u otro objeto espeso, ante los lugares translúcidos; empañabas con tu aliento los que estaban transparentes; te hacías pequeña, te ocultabas como se ocultan los niños, y entonces tenías ese breve grito de dicha, y todo lo más un ángel podría haberte buscado. Pero cuando levantabas prudentemente los ojos, no cabía duda que te hubiesen visto todo el tiempo, en este espacio feo, hondo, con innumerables ojos: a ti, a ti, y nada más que a ti.

Y tú sentías deseos de tender hacia ellos tu brazo plegado, con ese signo de

dedo que conjura el mal de ojo. Tenías ganas de arrancarles tu rostro con el que ellos se alimentaban. Tenías deseo de ser tú misma. Los que te daban la réplica sentían derrumbarse su valor; como si les hubiesen encerrado con una pantera, rampaban a lo largo de los bastidores y no decían más que lo necesario para no irritarte. Pero tú tirabas de ellos, empujabas y te comportabas con ellos como con seres reales. Y esas puertas lacias, esas cortinas engañosas, esos objetos sin revés, te impulsaban a la réplica. Sentías cómo tu corazón se alzaba indefinidamente, hasta una realidad

inmensa, y, asustada, tratabas aún una vez de despegar de ti sus miradas, como los largos hilos de la Virgen.

Pero entonces ellos rompían en aplausos por miedo a lo peor: como para separar de ellos, en el último momento, lo que les habría obligado a cambiar su vida.

Los que son amados llevan una vida difícil y llena de peligros. ¡Ah!, ¿por qué no se sobreponen para amar a su vez? Alrededor de las que aman no hay más que seguridad. Nadie lo sospecha y ellas mismas no son capaces de traicionarse. En ellas el secreto se ha

hecho intangible. Lo clamorean entero como ruiseñores, y no se divide. Su queja no se refiere más que a uno; pero la naturaleza entera junta su voz: es la queja por un ser eterno. Se lanzan en persecución de aquel que han perdido, pero desde los primeros pasos, le han adelantado y no queda ante ellas más que Dios. Su leyenda es la de Byblis, que persiguió a Caunos hasta Lycia. El empuje de su corazón le hizo recorrer países innumerables en pos de las huellas de aquel que ella amaba, y finalmente llegó al cabo de sus energías. Pero era tan fuerte la movilidad de su ser que cuando se abandonó más allá de

su muerte, reapareció como fuente, rápida, como una fuente rápida.

Por otra parte ¿qué le sucedió a la Portuguesa, sino que en su interior se convirtió en fuente? ¿Qué otra cosa a Eloísa? ¿Qué otra cosa, a todas aquellas que amaron, y cuyas quejas han llegado hasta nosotros: Gaspara Stampa; la condesa de Die y Clara d'Anduse: Louise Labbé, Marceline Desbordes, Elisa Mercoeur? Pero tú, pobre Aissé fugitiva, ya dudas, y cedes. ¡Fatigada Julie Lespinasse! Desolada leyenda del parque dichoso: Marianne de Clermont.

Recuerdo aún exactamente que un

día, hace tiempo, encontré en nuestra casa un estuche de joyas: era ancho como dos manos, en forma de abanico, con un reborde de flores incrustadas en el tafilete verde-oscuro. Lo abrí: estaba vacío. Puedo decir esto ahora, después de tantos años. Pero en aquel tiempo, cuando lo hube abierto, vi solamente en qué consistía aquel vacío: en el terciopelo, en una pequeña protuberancia de terciopelo claro un poco ajado; en la ranura de la joya que se perdía, vacía y más clara, con un poco de melancolía. Esto es soportable un instante. Pero para las que han sido amadas y se han quedado atrás, quizá

siempre todo es así.

Hojead vuestro diario retrospectivamente. ¿No ha habido siempre alrededor de la primavera una época en que el año, haciendo irrupción, os alcanza como un reproche? Había en vosotras una disposición para ser dichas, y sin embargo, cuando salíais al vacío espacioso, una extraña duda nacía en el aire, y vuestra marcha se hacía incierta como sobre un barco. El jardín comenzaba; para vosotros esto era: arrastrabais el invierno y el año pasado; para vosotras era, a lo más, una continuación. Mientras que esperabais que vuestra alma participase en la

estación, sentíais de pronto el peso de vuestros miembros, y algo como la posibilidad de caer enfermas penetraba vuestro presentimiento abierto. Lo atribuíais a vuestro vestido demasiado ligero, os echabais el chal sobre los hombros, corríais hasta el final de la avenida; y después estabais allí con el corazón latiendo, en el centro de la ancha glorieta, resueltas a sentiros de acuerdo con todo esto. Pero un pájaro cantaba, y estaba solo, y renegaba de vosotras. ¡Ah!, deberíais haber estado muertas.

Quizá. Quizá sea nuevo que superemos esto: el año y el amor. Las

flores y los frutos están maduros cuando caen. Los animales se huelen, se encuentran entre sí y están contentos. “Pero nosotros, que hemos proyectado a Dios, no podemos terminar de estar dispuestos. Relegamos nuestra naturaleza; aún necesitamos tiempo. ¿Qué es un año para nosotros? ¿Qué son todos los años? Incluso antes de haber comenzado a Dios, ya le rogamos: Haznos sobrevivir esta noche. Y después las enfermedades. Y después el amor.

Que Clémence de Bourges haya tenido que morir en su amanecer. Ella, que no tenía semejante; entre los

instrumentos que sabía tocar como ninguna otra, el más hermoso, tocado de modo inolvidable, incluso en el menor sonido de su voz. Su juventud era tan altamente resuelta que una amorosa llena de impulso pudo dedicar a este corazón naciente el libro de sonetos en el que cada verso era insaciado. Louise Labbé no temía asustar a esta niña con los largos sufrimientos de amor. Le enseñó la subida nocturna del deseo y le prometió el dolor como un universo agrandado; y ella sospechaba que con su dolor lleno de experiencias estaba lejos de alcanzar esa espera oscura que hacía hermosa a esta adolescente.

¡Muchachas de mi país! Que la más bella de vosotras haya encontrado, en verano, por la tarde, en la biblioteca oscura, el librito que Jean des Tournes imprimió en 1556. Que haya llevado el pequeño volumen, liso y refrescante, fuera, al huerto rumoroso, o al otro lado, cerca de Phlox, en cuyo olor demasiado dulce hay como un residuo de azúcar pura. Que lo haya encontrado pronto. En esos días en que sus ojos empiezan a tener conciencia de ella, mientras que la boca, más joven, es aún capaz de morder una manzana en pedazos demasiado grandes y llenarse por completo.

Y si entonces viene el tiempo de las amistades más movidas, que sea vuestro secreto, el llamaros unas a otras, Dika, Anactoria, Gyrinno y Atthis. Que un hombre de más edad, quizá un vecino, que habrá viajado mucho en su juventud y será considerado ya como un original, os revele esos nombres. Que os invite a veces a su casa, en busca de sus célebres damascos, o a causa de las aguafuertes de Ridinger sobre temas de equitación, arriba en el pasillo blanco, de esas aguafuertes tan discutidas que es necesario haberlas visto. Quizá le persuadiréis para que os cuente alguna cosa. Quizá esté entre vosotras la que

sabría decidirle a buscar los viejos cuadernos de su diario de viaje.  Qui n sabe? La misma que un día consiguió hacerse revelar que ciertos fragmentos de la poesía de Safo han llegado hasta nosotros, y que no descansa hasta saber lo que es casi un secreto: que a este hombre retirado le gustaba consagrar sus ocios a la traducción de estos trozos. Tiene que conceder que desde hace mucho tiempo no ha vuelto a pensar en ello, y lo que all  hay, asegura, no vale la pena hablar de ello. Pero ahora se siente dichoso, a pesar de todo, ante sus cándidas amigas, cuando ellas insisten mucho para hacerle decir una estrofa.

Encuentra, incluso, en el fondo de su memoria el texto griego, y lo pronuncia en voz alta, porque la traducción le parece que no lo expresa mejor, y para mostrar a esa juventud, en las bellas rupturas de esta lengua, la materia maciza del poema, plagada en llamas tan fuertes.

Todo esto termina por animar de nuevo su ardor por el trabajo. Llegan para él hermosas tardes casi jóvenes, tardes de otoño, por ejemplo, que tienen ante ellas mucho de noche y de calma. En su gabinete, la luz brilla entonces hasta muy tarde. No está siempre inclinado sobre las hojas: se apoya a

menudo hacia atrás, cierra los ojos sobre tal línea muchas veces releída, cuyo sentido se derrama por sus venas. Nunca ha estado tan seguro de la antigüedad. Casi está tentado de reírse de las generaciones que la han llorado como un espectáculo perdido, en el que con gusto hubiesen desempeñado un papel. Ahora comprende momentáneamente la significación dinámica de esta precoz unidad del mundo, que había como asumido, juntamente y de un modo nuevo, todo el trabajo humano. No se ha apartado de su certeza por el hecho de que esta cultura consecuente, con sus fenómenos

visibles, en cierto modo sin lagunas, pareciera formar un todo para miradas posteriores, y como un espectáculo en su conjunto cumplido. Sin duda, la mitad celeste de la vida estaba adaptada a la copa redonda de la existencia terrestre, como dos hemisferios forman reunidos una bola de oro intacto. Pero apenas se hubo cumplido esto, los espíritus encerrados dentro no experimentaron más esta realización sin resto, sino como una parábola; el astro macizo perdió su peso y subió en el espacio, y en su bóveda dorada se reflejó de lejos la tristeza de todo lo que aún no estaba vencido.

Mientras que piensa esto, el solitario, en su noche (lo piensa y lo comprende) percibe un plato de frutas en él antepecho. Involuntariamente toma una manzana y la coloca ante sí, sobre la mesa. ¡Cómo flota mi vida en torno a este fruto!, piensa. En torno de todo lo que es perfecto, sube y se exalta todo lo que aún está por realizar.

Y entonces de lo inacabado surge, casi demasiado de prisa, esta figurita, tendida por encima del infinito, en la que según el testimonio de Galien, todos pensaban cuando decían: la poetisa. Pues lo mismo que tras las obras de Hércules el mundo se enderezaba y

pedía ser destruido y reconstruido, igualmente se empujaban fuera de las reservas del ser, hacia los actos de su corazón, para ser vividos, las dichas y las desesperaciones con las que se tiene que contentar el tiempo.

Conoce de pronto ese corazón resuelto dispuesto a rendir todo el amor, hasta el fin. No se asombra de que le hayan conocido mal; que solamente hayan visto el exceso de esta amante ya para siempre futura, y no una nueva unidad de medida, de amor y de angustia. Que hayan interpretado el texto de su vida como había sido, por casualidad, admitido en esa época, y

que, en fin, le atribuyan la muerte de aquellas que el Dios excita, solas, a amar fuera de ellas mismas, sin respuesta. Quizá, incluso entre las amigas que ella había formado, las había que no comprendieran cómo, en el colmo de su acción, no se lamentase del que dejó vacíos sus brazos abiertos, sino de aquel, ya imposible, que había sido suficientemente grande para su amor.

Aquí el meditabundo se levanta y va a la ventana.

Las paredes de su habitación elevada están demasiado cercanas;

querría ver las estrellas, si fuese posible. No se equivocaba sobre él mismo. Sabe que este movimiento le anima porque entre las jóvenes de la vecindad está la que le mira. Tiene deseos, no por él, sino por ella; por ella comprende, durante una hora nocturna qué pasa, la exigencia del amor. Se propone no decirle nada. Le parece que todo lo que puede hacer es estar solo y despierto, y pensar a propósito de ella cuánta razón tenía esta amante, cuando sabía que la unión de dos seres no hacía sino aumentar la soledad; cuando sobrepasaba el fin terrestre del sexo con su designio infinito; cuando, en la

oscuridad de los abrazos, no buscaba la satisfacción, sino aun el deseo; cuando despreciaba que de dos seres el uno fuese el amado y el otro el amante, y cuando las débiles amadas que ella llevaba a su lecho, salían fuertes de amor y dispuestas a abandonarla.

En estos supremos adioses volvía en su corazón, a la naturaleza. Por encima del destino ella cantaba a sus más recientes amadas sus epitalamios; magnificaba sus bodas: exageraba los rasgos de su próximo esposo, para que hiciesen un esfuerzo sobre sí mismas, por él como con respecto a un dios, y que ellas sobrepasasen el esplendor del

esposo.

Una vez más, Abelone, en estos últimos años te he sentido y comprendido de modo inesperado, después de mucho tiempo que no había pensado en ti.

Era en Venecia, en otoño, en uno de esos salones en los que los extranjeros se encuentran pasajeraamente en torno de una dueña de casa, extranjera como ellos. Esas gentes están de pie, acá y allá, con sus tazas de té y se sienten encantadas cuando un vecino informado les lleva de prisa y discretamente hasta la puerta para cuchichearles un nombre que tiene un sonido veneciano. Esperan

los nombres más extravagantes, nada puede sorprenderles; pues por ahorrativos que sean de su existencia, se abandonan en esta ciudad con negligencia a las posibilidades más exageradas. En su vida corriente confunden a menudo lo extraordinario con lo prohibido, de modo que la espera de lo maravilloso que ahora se conceden, aparece en sus rostros como una expresión grosera de licencia desarreglada. Lo que no les sucede más que momentáneamente, con ocasión de conciertos, o cuando están a solas con una novela, lo dejan aparecer como un estado de espíritu legítimo en

circunstancias acariciadoras. Igual que de manera inesperada, no comprendiendo ningún peligro, se dejan excitar por las confesiones casi mortales de la música, como por indiscreciones físicas, igualmente se entregan, sin sobrepasar en lo más mínimo la existencia de Venecia, al desmayo fácil y provechoso de las góndolas. Esposos que ya no son jóvenes, que durante todo el viaje no han tenido el uno para el otro más que réplicas odiosas, se ponen de acuerdo en silencio; el marido se siente agradablemente cansado de todos sus ideales, mientras que ella se encuentra joven y hace a los indígenas perezosos

un signo de cabeza alentador, con una sonrisa, como si ella tuviera dientes de azúcar que se deshiciesen constantemente.

Y si, por casualidad, se escucha, se sabe que se marcharán mañana o pasado mañana, o al final de la semana.

Yo estaba, pues, allí, en medio de ellos, y me regocijaba de no tener que marcharme. Pronto haría frío. Esta Venecia muelle y opiada por sus prejuicios y sus necesidades, desaparece con estos extranjeros somnolientos, y una mañana, la otra Venecia está allí, lúcida, real,

quebradiza como el vidrio, no en vano salida de sueños: Esta Venecia querida en la nada sobre bosques hundidos en el fondo, creada por fuerzas y por fin llegada a este grado de existencia. Este cuerpo endurecido, reducido a lo más necesario, a través del cual el arsenal que no duerme jamás expulsa la sangre de su trabajo; y el espíritu insinuante de este cuerpo que sin cesar ensancha su dominio, este espíritu más fuerte que el perfume de países aromáticos. El Estado inventivo que cambia la sal y el vidrio de su pobreza por los tesoros de los pueblos. El hermoso contrapeso del mundo que, hasta en sus ornamentos,

está lleno de energías latentes que se ramifican cada vez más finamente: Venecia. La conciencia de que conocía esta ciudad se apoderaba de mí, y en medio de estas gentes que querían engañarse, me animé con tal necesidad de oposición que levanté los ojos para hablar no sé cómo. ¿Era posible que no hubiese, en aquellas salas, nadie que involuntariamente esperase ser iluminado sobre la esencia de aquel medio? ¿Un joven que comprendiese en seguida que lo que allí se proponía no era un goce, sino un ejemplo de voluntad tan exigente y tan severo como no se podría encontrar en parte alguna? Yo iba

y venía; mi verdad me envolvía inquieto. Como se había apoderado de mí entre tanta gente, traía con ella el deseo de ser expresada, defendida, demostrada. Se formó en mí la grotesca representación de que dentro de un instante iba a reclamar silencio palmoteando, por odio hacia aquel equívoco desleído en todas sus palabras.

En este estado de espíritu ridículo, la vi. Estaba de pie, sola, ante una ventana luminosa, y me observaba: no precisamente con sus ojos, que eran severos y pensativos, sino, se hubiese dicho que con su boca, que imitaba en forma irónica la expresión visiblemente

irritada de mi rostro. Sentí en seguida la tensión impaciente de mis rasgos y adopté un rostro indiferente, después de lo cual su boca se tornó natural y altanera. En seguida, después de un instante de reflexión, al mismo tiempo, nos sonreímos el uno al otro.

Ella recordaba, si se quiere, cierto retrato de juventud de la bella Benedicte de Qualen que desempeñó un papel en la vida de Baggesen. No se podía ver la tranquilidad oscurecida de sus ojos, sin suponer la clara oscuridad de su voz. Por lo demás la trenza de sus cabellos y el descote de su vestido claro eran tan de Copenhague, que estuve decidido a

abordarla en danés. No estaba aún bastante cerca de ella cuando, desde el otro lado, avanzó una corriente; nuestra exuberante condesa misma, en su distracción ardiente y siempre entusiasta, se precipitó hacia la joven con el concurso de sus invitados, para secuestrarla en seguida y pedirle que cantase. Yo estaba seguro de que la joven se excusaría diciendo que nadie de la reunión podía desear oír cantar en danés. Que es lo que dijo, en efecto, cuando le permitieron contestar. La muchedumbre, en torno a la forma clara, se volvía más animada: todos sabían que cantaba también en alemán. «Y en

italiano», añadió riendo una voz, con una convicción maliciosa. Yo no encontraba excusa que pudiese prestarle con el pensamiento. Pero no dudaba de que resistiera. Ya una expresión de sequedad mortificada se extendía por los rostros fatigados con sonrisas demasiado prolongadas; ya la buena condesa, por no rebajarse, retrocedía un paso, con aire de compasión y de dignidad: y entonces —cuando ya no era necesario— fue cuando ella cedió. Me sentí palidecer de decepción; mi mirada se llenó de reproches, pero me volví; era inútil dejarle ver esto. Entonces ella se separó de los demás y estuvo de

pronto a mi lado. Su vestido me iluminó, el olor florido de su carne estaba en torno mío.

«Quiero cantar —dijo en danés a lo largo de mi mejillas—, no porque me lo pidan, no por las apariencias, sino porque tengo verdaderamente la necesidad de cantar».

En estas palabras estallaba la misma intolerancia irritada de la que ella acababa de librarme. Seguí lentamente el grupo con el que ella se alejaba. Pero cerca de una alta puerta, me quedé atrás, y dejé a los hombres desplazarse y colocarse. Me apoyé en el interior negro

y espejeante de la puerta y esperé. Alguien me preguntó qué es lo que se preparaba, y si iban a cantar. Pretendí no saber nada. Mientras que yo mentía, ella cantaba ya.

No podía verla. El espacio se ensanchaba poco a poco en torno de una de esas canciones italianas que los extranjeros tienen por auténticas, porque descansan en un convencionalismo tan aparente. Quien la cantaba no la creía. La levantaba con dificultad, hacia demasiados esfuerzos. Por los aplausos que estallaron delante se podía saber que había acabado. Era triste y vergonzoso. Hubo un pequeño

movimiento y decidí unirme a las primeras personas que se fuesen. Pero entonces hubo de pronto un silencio. Se hizo un silencio que nadie aún había creído posible; duró, se extendió, y ahora se elevaba la voz. (Abelone, pensé; Abelone.) Esta vez la voz era fuerte, llena, y sin embargo no era pesada; de una pieza, sin rotura, sin costura. Era una canción alemana, desconocida. La cantaba con una simplicidad singular, como una cosa necesaria. Cantaba:

*Tú, a quien no digo que por la
noche*

*lloro tendido,
tú, cuyo ser me pone cansado
como una cuna.*

*Tú, que no me dices cuándo
ella vela*

por causa mía:

*¿Cómo podemos soportar en
nosotros*

sin sosegar

esa magnificencia?

(Una breve pausa y vacilando):

Observa a los amantes

*cuando comienzan las
confesiones,
que pronto mienten.*

De nuevo el silencio. Dios sabe lo que hacía. Y después las gentes se movieron, se empujaron unas a otras se pidieron disculpas, tosieron. Iban ya a pasar a un rumor general que borrara todo, cuando de repente rompió la voz resuelta, amplia y penetrante:

*Tú haces mi soledad. Sólo a ti
puedo yo
transformar.*

*Tan pronto eres tú, tan pronto
es tu murmullo,*

o es un perfume perfecto.

*¡Ay!, en mis brazos lo he
perdido todo,*

*y sólo tú naces siempre de
nuevo:*

*te conservo, porque nunca te
he tenido.*

Nadie había esperado esto. Todos estaban como encorvados sobre esta voz. Y al final había en ella una seguridad tan fuerte, que se hubiera dicho que sabía desde hacía años que en este instante tendría que cantar.

A veces me pregunto por qué Abelone

no volvía hacia Dios las calorías de su gran sentimiento. Sé que tendía a quitar de su amor todo carácter transitivo, pero su corazón auténtico ¿podía equivocarse y no sabía ella que Dios no era más que una dirección dada al amor, y no su objeto? ¿No sabía que no había que temer por su parte ninguna respuesta? ¿No conocía la retención de este amante superior que retarda tranquilamente el placer, para permitirnos, a nosotros tan lentos, mostrar y desarrollar nuestro corazón por completo? O bien ¿quería ella evitar al Cristo? ¿Temía ser retenida por él, a mitad de camino, y, a su contacto, convertirse en la amada? ¿Era

por esto por lo que no le gustaba pensar en Julie Reventlow? Yo estaría casi tentado a creerlo, cuando pienso que se puede abandonar a esta súbita felicidad de Dios, una amante tan rencilla como Mechthild, una amante fogosa como Teresa de Avila, una amante herida como la bienaventurada Rosa de Lima. ¡Ah!, aquel que para los débiles era caritativo, era una injusticia bastante fuerte: cuando ya ellas no esperaban nada más que el camino infinito, una vez más en el cielo lleno de espera encuentran una forma palpable que las daña con su acogida y las turba con su virilidad. La lente de su corazón reúne

una vez más los rayos paralelos de sus corazones, y ellas a quienes los ángeles esperaban presentar intactas a Dios, se incendian de pronto y se consumen en la sequedad de su deseo.

(Ser amada quiere decir consumirse en la llama. Amar es brillar con una luz inextinguible. Ser amado es pasar, amar es permanecer.)^[9]

Sin embargo, es posible que Abelone más tarde haya intentado pensar en su corazón para, insensiblemente y sin intermediario, entrar en relación con Dios. Yo podría imaginar que hay cartas de ella que recuerdan la atenta

contemplación interior de la princesa Amalia Galitzin. Pero si estas cartas estaban dirigidas a alguien que fue mucho tiempo su allegado ¡cuánto debe haber sufrido éste con tal transformación! Y ella misma: yo supongo que ella misma no temía nada tanta como esta transformación espectral e ignorada de la que se pierden constantemente las pruebas porque no se las reconoce.

Costará trabajo persuadirme de que la historia del hijo pródigo no sea la leyenda de aquel que no quiso ser amado. Mientras era niño, todos le querían en la casa. Creció, no conocía

otra cosa, y se habituó a su ternura delicada, mientras era niño. Pero cuando fue adolescente quiso librarse de estas costumbres. No habría podido decirlo, pero cuando rodó fuera durante toda la jornada y no quiso incluso tener más a los perros consigo, era porque ellos también le querían; porque sus ojos le observaban, y tomaban parte, esperaban y se inquietaban; porque delante de ellos tampoco se podía hacer nada sin alegrar o herir. Pero lo que deseaba entonces era esta indiferencia íntima de su corazón, que por la mañana temprano, en los campos, le asía con tal fuerza que comenzaba a correr, para no tener ni

tiempo ni aliento, para no ser más que un ligero instante de la mañana que adquiere conciencia de sí.

El secreto de su vida que todavía no había sido, se extendía ante él. Involuntariamente dejó el sendero y corrió más lejos, a través de los campos, los brazos extendidos como si en esta amplitud hubiese podido apoderarse de varias direcciones a un tiempo. Y después, se arrojó no importa dónde, detrás de un matorral, y nadie le concedió valor. Tocó una flauta, lanzó un guijarro contra una alimaña, se inclinó hacia delante, y obligó a un escarabajo a dar la vuelta: todo esto no pertenecía al

destino y los cielos pasaban sobre ello como sobre la naturaleza. Por fin vino la tarde con todas sus invenciones; uno era un bucanero en la isla Tortuga y no había ninguna obligación de serlo; uno sitiaba Campeche, uno tomaba por asalto Veracruz; uno podía ser el ejército entero o un jefe a caballo, o un barco sobre el mar: según el humor que os animaba. Pero os llegaba el deseo de arrodillaros, era en seguida Deodat de Gozon, y había derribado el dragón y uno sabía que este heroísmo era orgullo sin obediencia. Pues no se escatimaba nada de lo que formaba parte del juego. Pero cualquiera que fuese el número de las

imaginaciones que surgiesen, sin embargo siempre quedaba tiempo para ser nada más que un pájaro, no se sabe ciertamente cual. Sólo que después estaba el regreso.

Dios mío ¿de qué hacía falta despojarse y cuántas cosas olvidar? Pues en verdad había que olvidar, era necesario; si no, uno se traicionaría cuando insistieran. Todo era vacilar y volverse, pero con todo el remate de la casa aparecía al fin. La primera ventana, allá arriba, os tenía bajo su vista; quizá habría en ella alguien. Los perros en los que la espera se había aumentado durante todo el día atravesaban los

matorrales y os acercaban al que creían reconocer en vosotros. Y la casa hacía lo demás. Bastaba con entrar ahora en su olor pleno, y ya estaba decidido casi todo. Aún podían modificarse detalles; pero en lo esencial, se era ya aquél por quien venían aquí; aquél al que habían compuesto desde hacía tiempo una existencia hecha con su pequeño pasado y con sus propios deseos; este ser de comunidad que día y noche estaba colocado bajo la sugestión de su amor, entre su esperanza y su sospecha, ante su censura o su aprobación.

A un ser semejante no le sirve de nada subir las escaleras con

precauciones infinitas. Todos estarán en el salón, y basta que se abra la puerta para que miren en su dirección todos. Él permanece en la oscuridad, quiere aguardar sus preguntas. Pero ahora viene lo peor. Le toman de las manos, tiran de él hacia la mesa y todos, tantos como son, se adelantan con curiosidad ante la lámpara. No está mal para ellos: se mantienen a contraluz y sólo sobre él cae con la luz la vergüenza de tener un rostro.

¿Permanecería y fingiría esta vida que le atribuían, y llegaría a parecersele con todo el rostro? ¿Se repartiría entre la veracidad delicada de su voluntad y

el engaño grosero que la corrompe por sí misma? ¿Renunciaría a llegar a ser lo que podría perjudicar a los de su familia, que solamente tienen un corazón débil?

No, se marchará. Por ejemplo, cuando están todos ocupados en prepararle su mesa de cumpleaños, con regalos mal adivinados que tienen que allanar todo una vez más. Marcharse para siempre. Sólo mucho más tarde recuerda con qué firmeza había decidido entonces no amar nunca, para no colocar a nadie en esta situación atroz de ser amado. Años más tarde se acuerda, y como los demás proyectos, éste también

ha sido irrealizable. Pues ha amado y aun ha amado en su soledad; siempre malgastando toda su naturaleza, y con un terrible temor por la libertad del otro. Ha aprendido lentamente a hacer pasar los rayos de su sentimiento a través del objeto amado, en vez de consumirle. Estaba dañado por el encanto de reconocer a través de la forma cada vez más transparente de la amada, las profundidades que se abren ante su voluntad de posesión infinita.

¡Cuánto podía hacerle llorar, durante noches enteras, el deseo de ser él mismo atravesado por tales rayos! Pero una mujer amada que cede, no es todavía una

mujer que ama. ¡Oh, noches sin consuelo, que le entregaban sus dones en trozos pesados de transitoriedad! ¡Cómo pensaba entonces en los trovadores que nada temían más que el ser acogidos! Daba todo el dinero adquirido y multiplicado por no recomenzar ya esta experiencia. Les hería al pagarles groseramente, por un temor cada vez mayor de que fuesen a tratar de responder a su amor. Pues había perdido la esperanza de conocer la amante que le traspasara.

Incluso en los tiempos en que la pobreza le aterraba todos los días con durezas nuevas, en que su cabeza era el

objeto preferido de la miseria y estaba toda gastada por ella, en que en todas las partes de su cuerpo se abrían úlceras como ojos auxiliares contra la negrura de sus tribulaciones, y en que se estremecía de horror ante las inmundicias sobre las que le habían abandonado porque era semejante a ellas: incluso entonces todavía, cuando reflexionaba, su mayor terror era que le hubiesen respondido. ¿Qué eran todas estas oscuridades al lado de la espesa tristeza de esos abrazos en los que se perdía todo? ¿No se despertaba uno con el sentimiento de carecer de futuro? ¿No iba uno de acá para allá sin sentido, sin

tener derecho a ningún peligro? ¿No había tenido uno que prometer cien veces no morirse? Quizá la terquedad de este mal recuerdo que quería conservar un lugar de vuelta a vuelta era lo que hacía durar su vida entre las basuras. Por fin uno se encontraba de nuevo. Y entonces solo, en los años de pastoreo se apaciguó su pasado múltiple.

¿Quién describiría lo que le sucedió entonces? ¿Qué poeta tiene la elocuencia capaz de poner de acuerdo la longitud de sus días de entonces con la brevedad de la vida? ¿Qué arte es bastante amplio para saber evocar al mismo tiempo esta figura delgada, embozada, y toda la

abundancia espacial de sus noches gigantescas?

Era la época en que comenzó a sentirse algo en el universo, y anónimo como un convaleciente que vacila. Él no amaba: lo único que amaba era ser. El bajo amor de sus corderos no le pesaba; como luz que cae a través de las nubes, se desparramaba a su alrededor y brillaba dulcemente sobre los prados. Sobre la huella inocente de su hambre marchaba, silencioso, a través de los pastos del mundo. Gente extranjera le vio sobre la Acrópolis, y tal vez hacía mucho era uno de los pastores en los Baux, y vio el tiempo petrificado

sobrevivir a la alta raza que se esforzó en adquirir tanto de siete y de tres sin triunfar de los dieciséis rayos de su estrella. ¿O debo imaginarle en Orange, apoyado en el rústico arco de triunfo? ¿Debo verle en la sombra familiar a las almas de Allyccamps, mientras que su mirada entre las tumbas, abiertas como tumbas de resucitados, persigue una libélula?

Es igual. Yo veo más que a él, veo su existencia que comenzó entonces el largo camino hacia Dios, el largo trabajo silencioso y sin meta. Pues el que había querido contenerse para siempre, fue dominado una vez más por

la necesidad íntima e incoercible de su corazón. Y esta vez esperaba ser escuchado. Su naturaleza, a la que la larga soledad había prestado un ser perspicaz e indesviable, le prometió que aquél a quien ahora pensaba sabría amar con un amor que irradia y traspasa. Pero mientras que él deseaba ser amado así, con tal maestría, su sentimiento habituado a las largas distancias comprendía el extremo alejamiento de Dios. Vinieron noches en que creyó lanzarse al espacio hacia él; horas llenas de descubrimientos, durante las cuales se sentía bastante fuerte para hundirse en la tierra y elevarla, trasportarla sobre

las altas mareas de su corazón. Era como un hombre que oye una lengua maravillosa y, febrilmente, se propone escribir poesía en esta lengua. Le aguardaba entonces el terror de percibir cuán difícil era: no quería creer, ante todo, que se pudiera emplear una vida entera en forma las estrofas de los primeros ejercicios, carentes de sentido. Se lanzó al aprendizaje como un corredor a la carrera; pero el espesor de lo que tenía que superar le hizo más lento. No se puede imaginar nada más descorazonador que este comienzo. Había encontrado la piedra de la sabiduría y ahora le obligaban a cambiar

en seguida el oro de su dicha rápidamente producido por el plomo grosero de la paciencia. El que se había acostumbrado al espacio horadaba como un gusano tortuosas galerías sin salida y dirección. Ahora que aprendía a amar con tanto trabajo y pena, comprendió cuán negligente y miserable había sido hasta entonces todo el amor que él creía prestar. Y se dio cuenta de que ninguno de sus sentimientos había podido desarrollarse porque no había comenzado a consagrarle el trabajo necesario para realizarlo.

En estos años se operaron en él los grandes cambios. El duro trabajo de

acercarse a Dios le hizo casi olvidar a Dios mismo, y todo lo que esperaba quizá a la larga obtener de él era *sa patience de supporter une âme*. Hacia tiempo que se había desprendido de los azares del destino a los que los hombres están unidos, pero ahora incluso los placeres y el dolor necesarios perdían su regusto sazonado y se hacían para él puros y nutritivos. Desde las raíces de su ser se desenvolvía la planta fuerte y vivaz de una fecunda alegría. Se agotaba asimilando lo que hacía su vida interior, y no quería omitir nada, pues no dudaba de que su amor existiera y creciera en todo. Sí, su tranquilidad de alma iba tan

lejos que decidió readquirir lo más importante de lo que no había sabido realizar antes, de lo que había dejado pasar durante la espera. Pensaba sobre todo en la infancia, y cuanto más reflexionaba con calma, más inconclusa le parecía. Todos sus recuerdos tenían la vaguedad de los presentimientos, y el hecho de que fueran pasados los hacía casi pertenecientes al porvenir. Y para asumir aún, y esta vez de verdad, todo ese pasado, volvió a casa, él que se había hecho extraño. No sabemos si permaneció en ella; sabemos tan sólo que regresó.

Los que han contado esta historia

tratan, al llegar a este punto, de recordarnos la casa tal como era; pues allí no ha transcurrido sino poco tiempo, un poco de tiempo contado, y todos en la casa pueden decir cuánto. Los perros han envejecido, pero viven todavía. Se dice que uno ladró. Toda la labor cotidiana quedó interrumpida. Aparecieron rostros en las ventanas, rostros envejecidos y madurados de un parecido inquietante. Y uno de esos rostros, uno de los más viejos, se puso de repente pálido al reconocer. ¿Reconocer? ¿Sólo reconocer en realidad? —Perdonar. ¿Perdonar qué?— Amor. Dios mío: amor.

Él, el reconocido, él no pensaba ya en eso, de ocupado que estaba: no pensaba siquiera que pudiera haber amor. Es explicable que de todo lo que ocurrió entonces sólo nos haya sido transmitido esto: su ademán, el inaudito que antes nunca se había visto; el de súplica con que se arrojó a sus pies conjurándoles a que no le amaran. Aterrados y vacilantes, le levantaron; interpretaron su impulso a su manera, perdonándole. Él debió sentirse indescriptiblemente tranquilizado al ver que todos se equivocaban, a pesar de la evidencia desesperada de su actitud. Es probable que pudiera quedarse. Pues

cada día reconocía mejor que el amor de que estaban tan vanidosos, y al que se animaban en secreto unos a otros, no se refería a él. Casi tenía ganas de sonreír cuando los veía esforzarse, y se le hacía claro que podían pensar muy poco en él.

¿Qué sabían quién era él? Era ahora terriblemente difícil de amar, y sentía que sólo uno sería capaz de ello. Pero éste aún no quería.



RAINER MARIA RILKE. Nacido en Praga, como Kafka y otros grandes escritores de lengua alemana, en 1875, la vida de Rainer Maria Rilke transcurrió en los más distintos países, habló y hasta escribió en varias lenguas, y su muerte ocurrió en Francia, en 1926. Él mismo se consideraba un escritor europeo, por encima de las

nacionalidades. La subordinación del pensamiento lógico a la intensidad del sentimiento es una de sus características, junto con su preferencia por ciertos motivos, como la muerte, el amor, la naturaleza. La virtuosidad de sus ritmos y de sus rimas recuerda a Heine, pero siempre con un estilo muy personal, que se mantiene a lo largo de toda su obra. Su segundo período está caracterizado por un profundo misticismo. A veces, en sus últimas obras, recuerda a Hölderlin. *Los cuadernos de Malte Laurids Brigge* es sin duda su libro de prosa más importante. En él Rilke evoca la figura del escritor noruego Sigbjörn

Obstfelder, prematuramente fallecido.

Por las agudezas introspectivas y por la visión del mundo circundante, este libro está considerado como una biografía simbólica. Entre las más famosas obras poéticas de Rilke, citemos *El libro de horas*, *El libro de imágenes*, *Las elegías de Duino* y *Sonetos a Orfeo*. Las traducciones que él hizo de diversos autores son numerosas.

Notas

[1] Todas las palabras y frases francesas que tanto abundan en el texto alemán, han sido respetadas también en esta versión, tal como las escribió el autor.

<<

[2] Proyecto de carta. <<

[3] Escrito al margen del manuscrito. <<

[4] Muerte, muerte. <<

[5] Escrito al margen del manuscrito. <<

[6] Escrito al margen del manuscrito. <<

[7] Escrito al margen del manuscrito. <<

[8] Escrito al margen del manuscrito. <<

[9] Escrito al margen del manuscrito. <<